HARLEQUIN

Tentación®

Cuando se apagan las luces

Barbara Daly

Cuando se apagan las luces
Barbara Daly

Cuando se apagan las luces (2005)
Pertenece a la temática En la cama equivocada
Título Original: When the lights go out… (2004)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Tentación 193
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Max Laughton y Blythe Padgett

Argumento:

Cuando se apagan las luces… ¡Comienza la pasión!

A Blythe Padgett no la emocionaba la idea de que su compañera de piso le hubiera preparado una cita a ciegas con un hombre que ni siquiera sabía cómo se llamaba. Por eso cuando se encontró con aquel sexy desconocido en su edificio durante un apagón, dio por hecho que era él. Por suerte, se trataba de un tipo muy guapo, tanto que Blythe decidió deshacerse de todas sus inhibiciones… y de toda su ropa. Pero cuando volvió la luz, descubrió que se había equivocado…

Max Laughton no esperaba conocer así a aquella mujer, pero lo que más le sorprendió fue que la guapísima pelirroja le hiciera una proposición irresistible. Por suerte, a Max siempre le había costado mucho decir que no. Cuando descubrió que no se trataba de la mujer que él creía, no pensó que hubiera ningún problema. Ahora solo tenía que convencerla de lo perfectas que podían ser las cosas entre ellos.

Capítulo 1

—Lo que tienes que hacer es reaccionar de una jodida vez.

—¿De una jodida vez? —preguntó Blythe Padgett, mirando a Candy Jacobsen—. Muy bien, Candy, cada día hablas mejor. El mes pasado habrías dicho «de una puñetera vez». Te has apuntado otro tanto.

—Ya sabes que soy un caso perdido.

Candy Jacobsen era una alta y preciosa rubia sin pelos en la lengua y extremadamente malhablada. Su pasión por los improperios provocaba que sus textos periodísticos necesitaran siempre una corrección, labor a la que Blythe se estaba dedicando en aquel momento. Sin embargo, y a pesar de que la ocasión ofrecía a Candy el momento y el lugar perfecto para meterse en su vida, no le importaba; a fin de cuentas, aquélla mujer era su mejor amiga, su compañera de piso y de trabajo, y su ángel, o más bien su diablo, guardián.

Además, Candy no necesitaba excusas para interferir en la vida de Blythe. Se conocían desde hacía siete años y no dudaba en hacerlo en cualquier momento.

El lugar tampoco era importante. De hecho, se encontraban en la sede del *New York Telegraph*, que ocupaba tres pisos de un enorme y mediocre edificio de Times Square. El editor de la edición local, Bart Klemp, y sus empleados y reporteros, entre los que se encontraban Blythe y Candy, trabajaban en el cuarto piso, que era básicamente una gigantesca sala de techos altos con entarimado desgastado y unas ventanas de grandes y bellas proporciones cuyos cristales no estaban, en general, muy limpios.

En cierta época, la sala había estado llena de mesas colocadas en filas. El sonido de las máquinas de escribir y de los teléfonos que no dejaban de sonar era entonces tan intenso, que hacía que los cristales temblaran; pero en algún momento, alguien había tenido la brillante idea de dividir la sala en los típicos cubículos separados de las grandes empresas. Ahora, el espacio había desaparecido y todos trabajaban en espacios minúsculos hechos con mamparas de algún tipo de material sintético; aunque, al menos, daban sensación de intimidad y reducían el nivel de ruido.

Cuando a otra persona se le ocurrió la idea no menos brillante de sustituir las máquinas de escribir por ordenadores, y los viejos teléfonos por unos aparatitos que sonaban levemente o cuyas luces parpadeaban, el viejo sonido de fondo de la redacción pasó a ser un rumor sordo: el mismo que lo inundaba todo en aquel momento, mientras Blythe intentaba corregir la columna de Candy y Candy pretendía corregir la vida de Blythe.

Absolutamente concentrada en su objetivo, Candy se levantó de la mesa de su amiga, donde había estado sentada, y comenzó a caminar, clavando los tacones, por el diminuto cubículo.

—Si no empiezas a trabajártelo un poco, nunca encontrarás otro… novio.

Blythe no dijo nada, aunque conociéndola, sabía que la palabra que había estado a punto de usar no era precisamente novio, sino una palabrota.

—Hasta que no encuentres a otro hombre, no conseguirás superar lo de Thor —continuó la rubia—. Y no puedes malgastar tu vida pensando que nadie te va a querer solo porque…

—No se llama Thor. Se llama Sven —la interrumpió.

—Thor, Sven, ¿qué importa? Hombres. El problema fue que estaba tan lleno de esteroides que…

—¡Candy! —protestó.

En ese momento, y para vengarse de ella, sustituyó la palabra «catastrófico» por «grave» en el texto. Reducía el tono exagerado del artículo y lo mejoraba bastante.

—Tienes que acostarte con alguien, con cualquiera. Rompe la barrera del miedo y te encontrarás maravillosamente bien —declaró Candy—. ¿Ya has terminado con mi artículo?

Las dos amigas habían conseguido sus empleos en el *New York Telegraph* justo después de salir de la universidad. Tres años después, Candy había ascendido a reportera de sucesos y no dejaba de soñar con conseguir un trabajo en el venerable *Times*; en cuanto a Blythe, todavía era correctora. Bart Klemp, el editor de local, había comentado en cierta ocasión que «Blythe Padgett es una magnífica escritora, pero no sabría nada de periodismo aunque se despertara en la cama con él». En realidad, Blythe tenía la impresión de que todo el mundo esperaba que despertara en la cama con algo o con alguien.

Corregir textos era lo más emocionante que pasaba en su vida. En este caso, el reportaje de Candy trataba sobre un conflicto sobre un asunto de narcotráfico en una calle generalmente tranquila de Greenwich Village. Y Blythe estaba tan harta del mundo que, cuando terminara con él, iba a parecer una típica nota del redactor de obituarios, que se sentaba en el cubículo contiguo.

—Por cierto, tengo el hombre adecuado para ti.

Blythe miró a Candy con asombro.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién?

—Es vecino de mi familia y lo conozco desde hace muchos años, de modo que me consta que no es un psicópata ni un estrangulador.

—Qué bien, qué maravilla. Justo lo que andaba buscando —se

burló—. ¿Lo conozco?

La pregunta de Blythe carecía de ironía. Era huérfana y se podía decir que la familia de Candy la había adoptado, de modo que había pasado muchas vacaciones en su casa.

—No, no lo conoces. Sus padres se mudaron hace tiempo y se marchó con ellos, pero yo he seguido en contacto con él —explicó—. Ahora está viviendo en Boston y no sé… siempre me pareció que tenía algo especial, tal vez porque era como el hermano que no tuve. Es atractivo y sensible; bueno, todo lo sensible que puede ser un hombre. Además, es psiquiatra. Podrías salir unas cuantas veces con él y dejar que la naturaleza haga el resto.

—Mira, Candy…

—De todas formas, la intervención de la naturaleza es cosa hecha —la interrumpió—. En cuanto te ponga los ojos encima y vea lo sexy que eres, se volverá loco.

Candy había empezado a caminar en círculos y en una de las vueltas acarició el cabello rizado y rojo de su amiga, pero Blythe seguía enojada.

—Vamos, Candy. No sé nada de ese amigo tuyo y además es posible que no me guste.

—No es necesario que te guste; solo tienes que acostarte con él. Será una magnífica terapia para ti. Te ayudará a superar tus miedos sexuales.

Candy tomó una galerada y se abanicó con ella. La sede del periódico tenía aire acondicionado, pero el calor de un agosto en Nueva York, y encima a media tarde, era demasiado para el sistema.

—No pienso acostarme con un desconocido, y mucho menos con alguien que no me guste.

—Pues yo perdí mi virginidad de ese modo. Esperé y esperé porque mi madre decía que debía reservarla para el hombre adecuado, pero no llegó —explicó Candy—. El tiempo siguió pasando y un buen día me dije que aquello era absurdo, que debía empezar por algún lado, y solucioné el problema con el futbolista. No se puede decir que fuera un desconocido, pero nunca habíamos cruzado una sola palabra.

Blythe la miró con sorpresa. La facultad de la universidad de Wellesley donde las dos habían estudiado era solo para mujeres, y desde luego no tenía equipo masculino de fútbol.

—¿Cuándo fue eso? ¿Cuántos años tenías?

—Quince.

—¿Quince? —preguntó asombrada—. Supongo que ahora sientes haberte acostado con el…

—¿Sentirlo? Qué estupidez. Esa experiencia me ayudó a

transformarme en la mujer que soy ahora, una mujer con una vida sexual sana —respondió—. Además, todavía me excitó al pensar en el.

La sinceridad de Candy incomodó a Blythe, que no era ni mucho menos tan independiente.

—Bueno, sea como sea, gracias por intentar buscarme un amante.

—Le he hablado de ti.

—Candy, ¿cómo has podido…?

—He podido y lo he hecho.

—¿Y qué has hecho exactamente, si se puede saber?

Blythe se estremeció. La imaginación de Candy y su tendencia a hacer locuras la pusieron muy nerviosa.

—Le he dicho que deberíais conoceros. Y has tenido suerte, porque viene a Nueva York a una conferencia.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—Supongo que estará muy ocupado con esa conferencia, pero tal vez, en algún futuro distante y lejano…

—Será esta tarde, a las siete —puntualizó.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído: tienes una cita con él esta noche. Pero no te preocupes. Yo he quedado con alguien, así que podéis estar solos.

Blythe se levantó de la silla, enfadada. Estaba imprimiendo el artículo de Candy, y tiró de la última página con tanta fuerza que la impresora dejó una marca de tinta en el margen.

—Has ido demasiado lejos, Candy.

—Gracias —dijo ella mientras le quitaba las hojas impresas—. Mira, Blythe, tienes que hacer algo y lo sabes, necesitabas que alguien te diera un empujoncito.

—¡Un empujoncito! ¡Solo un empujoncito! ¡No hacía falta que le contaras mi triste historia a un desconocido! Ahora pensará que estoy desesperada por acostarme con alguien… Además, es demasiado rápido. Primero tendríamos que haber charlado por teléfono, o haber tomado un café, o haber intercambiado mensajes de correo electrónico…

—Blythe, Blythe… —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Eres horriblemente conservadora.

—Supongo que nací así, porque no ha podido ser por influencia de mis padres.

Los padres de Blythe habían muerto en un accidente de tráfico antes de que tuvieran ocasión de influirla en algún sentido. Sin embargo, su pérdida la había marcado profundamente.

—Lo sé, lo sé —dijo Candy con resignación—. En fin, te dejo.

Tengo que marcharme al Bronx a cubrir una noticia.

Blythe observó la indumentaria de su amiga. Llevaba una camiseta de color crema, una falda de lino muy corta y unos zapatos de tacón alto que terminaban en punta.

—¿Estás segura de que quieres ir al Bronx, en metro, con ese aspecto?

Candy se miró y dijo:

—¿Crees que sería mejor que tomara un taxi? No, no, tardaría demasiado.

Candy se marchó y Blythe se volvió a sentar delante del ordenador. Sabía que su amiga había actuado de ese modo porque la quería y se preocupaba por ella. Siempre lo había hecho. Desde el momento en que llegó a la facultad de Wellesley, Candy se había convertido en su ángel guardián. La había cuidado y sobre todo la había ayudado a crecer y a liberarse de sus miedos, a hacer amigos, a ir a fiestas, a ser más desenfadada, a reír. Pero, a pesar de todo, Blythe seguía siendo algo tímida y retraída, y en ocasiones habría preferido que Candy la dejara en paz.

Resignada, tomó un montón de galeradas e intentó concentrarse en ellas. Sin embargo, un segundo más tarde se fue la luz y se apagaron el aire acondicionado y todos los ordenadores.

—¡Qué diablos ha pasado! —gritó alguien.

—¡Acabo de perder mi artículo! —exclamó el redactor de obituarios, en el cubículo contiguo.

Blythe se levantó e intentó animar a su compañero.

—Descuida, seguro que el generador se pone en marcha enseguida. Con un poco de suerte, no habrás perdido todo el artículo.

Todos los periodistas se habían levantado al mismo tiempo y estaban charlando entre ellos, protestando o intentando hablar, sin éxito, por teléfono.

Pero el caos de la redacción cesó súbitamente cuando se abrió la puerta del único despacho de la planta, un despacho de verdad con paredes de verdad, situado en uno de los extremos de la sala. La situación le recordó a una de esas películas en las que un brontosauro aparece en escena, haciendo temblar la tierra bajo sus pies. La comparación no era muy apropiada desde un punto de vista físico, puesto que Bart Klemp era un hombre bajo y algo entrado en carnes; en cambio, era totalmente correcta en cuanto a su actitud: el editor era un hombre de carácter que se comportaba como si toda su especie de viejos periodistas y él estuvieran al borde de la extinción.

—He oído en la radio que hay un corte eléctrico en toda la ciudad —declaró—. No se trata solo de nosotros. El fallo de la red afecta a

toda la costa este y se extiende desde el sur de Toronto a Maryland. Incluso afecta a Michigan.

Los periodistas se pusieron a murmurar entre ellos. Era un sonido bajo y sordo, como una interferencia en una emisora de radio.

—Por lo demás, el generador del periódico no funciona y los teléfonos no tienen línea. Yo no soy electricista, así que no me preguntes por qué. Solo sé que en todo el *Telegraph* no hay nada que funcione y que es muy posible que tampoco tengáis línea en los teléfono s móviles.

Bart se apoyó en una mesa y continuó con su explicación.

—No sé cuántas personas del turno de noche conseguirán llegar a la redacción, de modo que agradecería que os quedarais algunos para ver lo que podemos publicar mañana por la tarde si la electricidad vuelve a tiempo. Tenemos radios para escucharlas noticias y debemos averiguar lo que ha pasado; si ha caído un rayo, sí se trata de un atentado, si alguien ha cometido un error… sea como sea, hay que ponerse a trabajar. Debemos escribir lo que está pasando y tenerlo preparado para imprimirlo tan rápidamente como lo haría el *Times*.

Blythe pensó que aquello era su sueño hecho realidad; evidentemente no le alegraba que todos los habitantes de la costa este tuvieran que sufrir por culpa de su sueño, pero en cualquier caso era una gran oportunidad. Podría ayudar a sacar una edición del periódico en condiciones imposibles. Salvar el día. Ser una heroína. Ser indispensable.

Lamentablemente, Bart no pidió voluntarios. Bien al contrario, leyó una lista de nombres y no citó el suyo.

Al parecer, Blythe no era indispensable. Ella lo sabía perfectamente, pero le molesto de todas formas. Le gustaba dejarse llevar por su imaginación y pensar que era una especie de Lois Lane, una reportera investigadora cuyo trabajo resultaba esencial para el periódico, que quebraría y se hundiría si no conseguía una noticia. Por supuesto, el sueño tenía una segunda parte: volver a casa después del trabajo y encontrarse, cara a cara, con su propio superhéroe.

Se levantó, tomó su bolso y oyó que el redactor de política nacional le preguntaba a Bart:

—¿Cuándo diablos va a llegar nuestro nuevo chico? Contaba con él para escribir esa columna sobre el escándalo en el ayuntamiento…

Blythe se preguntó cuándo contarían con ella para algo y bajó los cuatro pisos por la escalera, sintiéndose inútil y derrotada.

Sabía que el metro tampoco funcionaba, pero contaba con los autobuses. Veinte minutos más tarde y, tras comprobar que todos los autobuses pasaban llenos, decidió tomar un taxi. Quince minutos

después, comprendió que tendría que ir andando.

En ese momento, recordó que Candy se había marchado al Bronx en el metro, lo que significaba que posiblemente estaba atrapada en algún lugar. Al pensar en ella, recordó la cita a ciegas que le había organizado y se dijo que ni siquiera le había dicho cómo se llamaba su amigo.

La obligada caminata le dio ocasión de seguir pensando, así que se puso a imaginar cómo habría sido su encuentro con el desconocido, qué conversación habrían mantenido e incluso las bromas que habría hecho sobre la actitud siempre excesiva de su amiga Candy y su empeño en presentarlos.

—Encantado de conocerte —le habría dicho ella—, aunque creo que Candy ha exagerado un poco. Te ruego que no te sientas obligado a salir conmigo…

—Ja, ja… Candy, ¿exagerada? —habría dicho él—. Supongo que estás bromeando.

Sin embargo, ahora ya no iba a mantener ni aquélla conversación ni ninguna otra con el desconocido. Seguramente estaba volando en aquél momento, dirigiéndose hacia un aeropuerto sin electricidad y por tanto sin controladores aéreos en un avión que cada vez tenía menos combustible. Y todo eso, mientras maldecía su suerte pensando en la cita con la amiga pelirroja, sexy y apasionada de Candy.

Incluso se preocupó al pensar que su avión podía estrellarse, aunque enseguida se dijo que seguramente estaría en alguna sala del aeropuerto Logan, maldiciéndose por el retraso de su vuelo.

Blythe dejó de imaginar situaciones y echó un vistazo a su alrededor. Un par de kilómetros más y estaría en casa. En realidad, no era mucho; estaba resultando ser un agradable paseo. Y por otra parte, ni siquiera eran las seis de la tarde.

Había gente por todas partes. Las aceras estaban llenas de gente, aunque se vaciaron un poco cuando salió de la avenida Madison para tomar East Sixties. Hacía tanto calor y la humedad del ambiente era tan elevada, que se sintió cansada y comenzó a detenerse de vez en cuando, delante del escaparate de alguna tienda cerrada, para recobrar el aliento. Su falda de flores y su camiseta estaban empapadas de sudor.

El malestar le hizo pensar de nuevo en su vida y en su trabajo. De no haber sido por Candy, se habría sentido absolutamente sola en la ciudad.

Y en cuanto a su empleo, intentó convencerse de que podía conseguir uno mejor, más acorde a sus ambiciones y a la educación que había recibido.

Sin embargo, su imaginación la volvió a traicionar una vez más. Se vio a sí misma varios años después, con unos vaqueros y una sudadera, cuidando de un montón de niños en una caravana de un barrio bajo de cualquier sitio, oliendo a huevos con panceta y a los bocadillos que habría preparado a sus hijos.

Aunque aquello no era precisamente lo que soñaba, en el fondo siempre había querido ser madre. Le interesaba su trabajo, por supuesto, pero también quería tener una familia. Lamentablemente, no podía tenerla si no encontraba un hombre atractivo, encantador, sexy, cariñoso, un hombre que compartiera el trabajo de la casa con ella y que la comprendiera y apoyara. Sin embargo, sabía que algún día encontraría a ese hombre.

Por fin, llegó al portal del edificio donde se encontraba el piso que compartía con Candy. Santiago, el portero, seguía allí; y se alegró mucho de verla.

—Magnífico, has conseguido llegar a casa…

—A duras penas —comentó—. Estoy deseando darme una larga y buena ducha. ¿Hay agua caliente?

Santiago carraspeó.

—Hay agua, sí, pero no caliente. Y por lo demás, los ascensores no funcionan.

Blythe pensó que se iba a desmayar. Candy y ella vivían en el piso veintitrés.

—Pensaba que los ascensores tenían un sistema de emergencia…

—Lo tenían y lo tienen, pero no funciona. Hasta el sistema de emergencia tiene una fuente de electricidad.

—Comprendo —dijo—. Está bien, supongo que no hay más remedio que subir andando.

—Las escaleras están a oscuras. Por suerte, tuve tiempo de ir a la ferretería y comprar todas las linternas que pude. Toma una… Te acompañaría a casa, pero J.R. y yo somos los únicos que estamos en el edificio. Los del turno de noche no han podido llegar y nos hemos quedado.

—¿Sabes qué ha pasado? ¿Han cerrado los puentes y los túneles?

—Me temo que sí —asintió Santiago—. Eddie me llamó hace un rato y me dijo que no podía salir de Brooklyn.

—Sabía que algún día nos arrepentiríamos de vivir en la maldita era de la tecnología…

Linterna en mano, Blythe se dirigió a las escaleras y empezó a subir. Como no tenían ninguna ventana que diera al exterior, la oscuridad era prácticamente total.

Segundo piso, tercero, cuarto, quinto, sexto, séptimo…

Cuando todavía estaba por el octavo piso, se maldijo por haberse marchado a vivir a una torre en lugar de haber alquilado algo en un edificio bajo, de dos o tres plantas como mucho. Pero los ruidos que llegaban de las puertas ante las que iba pasando la animaron un poco; obviamente no estaba sola en aquél lugar.

Noveno piso, décimo, undécimo…

Cuanto más alto subía, más se preocupaba por la suerte del amigo de Candy. Estuviera en el aeropuerto o en un avión, era evidente que su situación debía de ser bastante problemática. Lamentó no haber hecho caso a su amiga, no haber mostrado más receptividad ante la posibilidad de mantener una relación amorosa con alguien, de permitir que la naturaleza siguiera su curso.

Agotada por la subida y por el intenso calor, se sentó en un escalón entre los pisos once y doce y se dijo que el agobio provocado por la situación la estaba llevando a pensar tonterías; no tenía sentido que se preocupara por un hombre al que ni siquiera conocía.

Justo en ese momento, volvió a oír ruidos que procedían de algún piso superior; pero esa vez supo que no se trataba de simples voces de vecinos, sino de una persona que gritaba y golpeaba algo como si se encontrara en peligro.

Se puso en píe, con nuevos bríos, y recordó que en el bolso llevaba un silbato y un pulverizador de defensa personal que esperaba que aún funcionara. Ahora solo tenía que localizar el lugar.

Decidió empezar a buscar por el piso doce, pero la puerta de cristal que daba acceso a las casas estaba cerrada. Entonces recordó que é! portero le había dado unas llaves cuando Candy y ella alquilaron el piso, así que echó un rápido vistazo al bolso por si seguían allí. Afortunadamente, estaban en el fondo.

Abrió la puerta, entró linterna mano y dijo:

—¿Qué está pasando aquí?

Los gritos cesaron y todo quedó en silencio.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —insistió.

—Sí.

La voz procedía de su derecha, de algún lugar más elevado. Un segundo después, Blythe gritó: la linterna se le había caído al suelo y se quedó en la más absoluta oscuridad.

Capítulo 2

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? —preguntó Blythe, mientras intentaba localizar, a gatas, la linterna.

Por fortuna, la encontró.

—Estoy en el ascensor. ¿Quién creías que era?

Blythe encendió la linterna y dirigió la luz hacia el lugar donde se encontraban los ascensores.

—¿En cuál estás?

—En el ascensor del medio.

—¿Te encuentras bien?

—No, evidentemente no. Estoy atrapado, por si no lo habías notado.

—No me refiero a eso…

—Eso es ya bastante malo.

—¿Cuánto tiempo llevas encerrado?

—¡Desde que se fue la luz! ¿Te importaría dejar el interrogatorio para otro momento? ¿Hay alguna forma de sacarme de aquí?

Blythe se tranquilizó un poco. Creía conocer la respuesta a esa pregunta.

—Sí, por supuesto —dijo, hablando muy despacio, como si se dirigiera a un niño—. Solo tienes que descolgar el teléfono de emergencia y decir que…

—No funciona. Y la luz, tampoco. Aquí dentro está muy oscuro.

—Comprendo. Parece que se ha producido un corte general en la ciudad, pero te sacaremos de ahí. ¿Tienes teléfono móvil para llamar a la policía? Me temo que yo no tengo…

—No tiene cobertura.

—En tal caso, bajaré al portal y veré si Santiago o J.R. pueden hacer algo para abrir la puerta del ascensor.

—No, espera, no te vayas…

Ella no se movió. Era evidente que aquel hombre, fuera quien fuera, estaba asustado. Tal vez estuviera sufriendo un ataque de claustrofobia; o tal vez, simplemente llevaba demasiadas horas encerrado, solo ya oscuras, y necesitaba la compañía de alguien.

En tales circunstancias, no podía abandonarlo.

—Está bien, me quedaré. Es posible que lleve algo útil en mi bolso.

—¿Puedes ver algo?

—Tengo una linterna.

—Ah, una linterna… Mataría por una linterna.

Blythe iluminó el ascensor y preguntó:

—¿Lo ves?

—¿El qué?

—El haz de luz.

—No.

Para no perder tiempo, Blythe vació el contenido de su bolso sobre la moqueta e iluminó el montón de objetos. Entre ellos había una lima de uñas, que intentó introducir por la rendija de la puerta del ascensor.

—¿Ves la lima?

—No veo nada.

—Bueno, intenta tocarla.

—Levántala un poco… Suenas como si estuvieras más abajo. Supongo que el ascensor se detuvo entre dos pisos.

Ella se puso de puntillas y alzó la lima tanto como pudo.

—¡La tengo! —exclamó él con tanta alegría como Colón tras avistar tierra firme—. Pero no creo que pueda abrir la puerta con esto. ¿No tienes algo más grande? Ah, espera un momento… tengo una navaja suiza en el bolsillo.

—¿Llevas una navaja encima?

—Todo el mundo tiene una navaja suiza. Ya sabes, una de esas navajas multiuso. No creo que sea tan extraño como para denunciarlo en la entradilla de un artículo.

A Blythe no le pasó desapercibido que el desconocido utilizara términos periodísticos, pero en ese momento no pensó en ello. Tenía otros problemas.

—Está bien. Con tu navaja y con mi lima es posible que consigamos abrir la cerradura.

Los dos hicieron fuerza para intentar que cediera. Y unos segundos después, cedió.

—¡Se está abriendo! —exclamó ella.

—Magnífico. Ahora, ayúdame a abrir la puerta interior.

Ella se metió el mango de la linterna en un bolsillo y llevó las manos a la puerta corredera interna del ascensor. Como él había dejado la navaja en el suelo, ella la golpeó sin querer y el pequeño artefacto cayó por el hueco de la escalera. Blythe se quedó helada durante unos segundos, oyendo los golpes de la navaja en su descenso.

—Sigue empujando —insistió el.

—Tenemos un pequeño problema. El ascensor se ha quedado bastante arriba, y sí sigo empujando con tantas fuerzas, no me extrañaría que perdiera el equilibrio y me cayera por el hueco —explicó—. No se puede decir que nadie me fuera a echar de menos, pero la idea de caerme no me agrada nada.

—Está bien, no sigas empujando, déjame pensar… Ya está. Retrocede un poco e intenta empujar desde la izquierda.

—¿Tu izquierda o mi izquierda?

—Tu izquierda, claro está. Empuja por el lado por donde se abre, pero sin alejarte de la pared. Así evitaremos accidentes.

—Muy bien, ya estoy preparada.

—En tal caso, hagamos un último esfuerzo. Venga, vamos allá.

De repente, la puerta se abrió. Un maletín le cayó encima de una rodilla, y casi de inmediato, también el hombre, que llevaba una bolsa de viaje. Por supuesto, los dos acabaron en el suelo.

—Creo que me he enamorado de ti —dijo el—. ¿Quieres casarte conmigo?

Súbitamente asustada, Blythe sonrió con debilidad.

—Bueno, dejemos las cuestiones personales para mañana por la mañana —bromeó.

—Tienes razón —dijo él, sin apartarse—. Primero, se imponen las presentaciones… me llamo Max, Max Laughton. Pero me temo que ya he quedado con alguien esta noche. A no ser, claro está, que no consiga llegar a su casa.

—¿En qué piso vive la persona con la que has quedado?

—En el veintitrés. Acabo de llegar a la ciudad y en realidad es una especie de cita a ciegas, pero… ¿qué ocurre? ¿Qué te sucede?

Blythe estaba tan agotada por el esfuerzo y por todo lo que había sucedido, que la declaración de aquel hombre la llevó al borde de un ataque de nervios y se puso a reír, des controlada.

—Que yo soy esa persona —declaró entre risas—. Bienvenido a Nueva York.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó Max cuando ya habían llegado al decimoquinto piso—. ¿Necesitas descansar? Debes de estar agotada. ¿Has venido andando desde el *Telegraph*?

Blythe se limitó a responder con un sonido ininteligible, casi un gemido. No era la mujer que Max esperaba. Al oír la voz sensual que le había pedido que saliera con él aquélla noche, al llegar a Nueva York, imaginó que sería una mujer más provocadora, más directa, tal vez una típica rubia agresiva. Incluso le había preguntado a Bart, viejo amigo de la familia y una especie de tío para él, sobre ella.

—¿Te refieres a Candy Jacobsen? —había dicho Bart—. Es una mujer deliciosa, desde luego…

Sin embargo, aquélla mujer no se parecía a lo que había imaginado. Era de estatura más bien baja y de cabello rojizo y rizado. Y aunque resultaba muy sexy, actuaba como si no fuera consciente de ello.

En cualquier caso, le daba igual que fuera la persona con la que

había hablado por teléfono o cualquier otra. Le había salvado la vida y solo sentía un inmenso agradecimiento.

—¿Por qué has llegado tan pronto? —preguntó ella.

—Bueno, se suponía que vendría en cuanto llegara a la ciudad.

—¿No habíamos quedado a las siete?

—No —respondió él mientras iluminaba su reloj de pulsera con la linterna—. Y de todas formas, ya son más de las ocho.

—Como pasa el tiempo…

—Depende. En un ascensor, se hace interminable.

Al llegar al piso decimoséptimo, el aspecto de Blythe no podía ser más patético. Estaba agotada y caminaba echada hacia delante, arrastrando los pies y probablemente contando los escalones. Max lo sintió mucho por ella; suponía que ya estaba cansada al descubrirlo encerrado en el ascensor, de modo que decidió que había llegado el momento de actuar como un caballero y devolverle el favor.

—Pareces exhausta.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Espera…

Max se colocó bien la bolsa de viaje, le quitó el bolso a Blythe y se lo colgó en el hombro libre. Después, le dio el maletín y la linterna a ella. Y finalmente, la tomó en brazos.

—Ahorra tu energía y déjame en el suelo —protestó ella, intentando zafarse.

—Estate quieta y deja de moverte; no me lo pongas más difícil. Además, ¿para qué quiero ahorrar mi energía?

—¿Para más tarde? —preguntó mientras le iluminaba los ojos con la linterna.

Max se estremeció ante la promesa que parecía contener aquélla frase, pero intentó tranquilizarse. Necesitaba mantener la calma si quería afrontar con éxito los últimos tramos de escalera.

Cuando por fin la dejó en el suelo, frente a su casa, las piernas le temblaban tanto por el esfuerzo que cruzó los dedos para que ella no se diera cuenta. Blythe sacó la llave y abrió la puerta; Max esperaba acceder a un piso iluminado por la luz de la calle, pero estaba totalmente a oscuras.

—Has sido muy amable al traerme en brazos. Ahora yo estoy descansada, pero tú debes de estar agotado… siéntate, por favor. Voy a buscar unas velas. ¿Quieres algo de beber? Puedes pedir lo que quieras, desde agua a cualquier alcohol. Tenemos un buen surtido.

Max se sentó en el sofá y le pareció divertido que la última palabra que fuera a pronunciar, antes de morir de agotamiento, fuera aquella:

—*Whisky*.

Blythe se dirigió hacia el sofá, vela en mano. Cuando pudo ver a su invitado, se detuvo un momento para contemplar sus anchos hombros ocultos bajo un polo negro, su estrecha cintura y las largas y musculosas piernas enfundadas en unos vaqueros del mismo color que el polo.

La visión de sus muslos bastó para que se los imaginara contra ella, rodeándola. Y por primera vez, la idea de Candy no le pareció tan mala en absoluto. Si aquel hombre estaba allí para ayudarla con sus problemas sexuales, estaba más que dispuesta a dejarse ayudar.

—¿Cómo quieres el *whisky*? —preguntó, todavía sin aliento.

Él tardó un buen rato en contestar. Y cuando lo hizo, su voz sonó ronca y sensual.

—Con hielo.

Blythe fue a la cocina y abrió el frigorífico. Todo se había empezado a descongelar, pero todavía quedaban unos cuantos cubitos que puso en un vaso.

Sin embargo, de no haber tenido cubitos, se los habría inventado. Estaba dispuesta a hacer casi cualquier cosa por él. Aunque la idea de salir con Max había sido de Candy, aquél hombre había pasado por un verdadero infierno con tal de llegar a su cita. Y por otra parte, una persona capaz de llevar en brazos a otra en semejantes circunstancias, debía de ser tan sensible y atenta como su amiga le había asegurado.

Solo tenía una duda, aunque sin importancia. Sí tenían que verse a las siete y él se había quedado encerrado en el ascensor, era obvio que se había presentado mucho antes de la hora: el fallo eléctrico se había producido hacia las cuatro de la tarde. Pero Blythe conocía a su amiga y sabía que tendía a cometer errores con los detalles, de modo que supuso que le había dado mal la hora de la cita.

En todo caso, Max estaba allí, en su casa. Dejaría que se refrescara un poco, que descansara, y luego vería qué curso decidía seguir la naturaleza. Si, por supuesto, le parecía atractiva.

Puso el *whisky* y un vaso de agua en una bandeja y regresó al salón. Al verlo de nuevo, pensó que era verdaderamente atractivo. Su cabello era castaño oscuro, como un buen chocolate, y su piel mostraba un interesante moreno o eso parecía a la luz de la vela. Sintió curiosidad por conocer el color de sus ojos. Supuso que serían marrones como el pelo y lo lamentó porque los prefería azules, pero se dijo que eso era lo de menos.

El olor del *whisky* pareció animarlo. Giró la cabeza hacia ella y Blythe pudo contemplar entonces la perfección de sus rasgos: su recta y estrecha nariz, sus labios y unos ojos que milagrosamente resultaron ser azules, de un azul profundo y oscuro como el mar.

—Después de todo lo que hemos pasado, ¿por qué te sorprendes tanto de verme? —preguntó él, arqueando una ceja—. Me hiciste una oferta, y en tales circunstancias, me encantó aceptarla.

Blythe se mordió el labio inferior. La oferta la había hecho Candy, no ella, pero se dijo que su amiga tenía razón y que ya era hora de que olvidara a Sven de la mejor forma posible: con el hombre que estaba en el sofá, tan cansado por la subida, que no podía echarlo de ninguna manera. Estaba atrapado. Había conseguido atrapar a un magnífico espécimen.

Le pareció extraño que Candy se hubiera limitado a definirlo como atractivo, cuando posiblemente era el hombre más sexy que había visto en toda su vida. Tampoco había mencionado su sensual voz, aunque pensó que la voz solo era la guinda de la tarta, como mucho, cuando se tenía un cuerpo tan impresionante como el suyo.

En realidad, la verdadera pregunta era otra. No entendía por qué le había dejado escapar, por qué se lo había pasado a ella. Ciertamente, Candy era una gran amiga.

Blythe sonrió y se aproximó.

—A decir verdad, no esperaba que vinieras —confesó, sintiéndose como un dibujo animado de cuyos ojos saltaran estrellitas—. La mayoría de las personas no habrían aparecido en semejantes circunstancias.

—Yo habría aparecido de todas formas. Me gusta estar en el lugar adecuado y en el momento oportuno. Da igual que llueva, nieve o granice; soy como los carteros: es parte de mi trabajo.

—Me alegra saberlo, porque saber que pueden contar contigo es fundamental en tu profesión.

Blythe había oído que la gente lo pasaba mal cuando sus psiquiatras se iban de vacaciones. Se preguntó si tendría que ver pacientes los fines de semana y se dijo que, en cualquiera de los casos, siempre podría ir a visitarla a Nueva York en sus días libres; o ir, por su parte, a Boston.

Rápidamente, se recordó que aquello solo era una aventura de una noche, algo sin continuidad. Incluso consideró la posibilidad de que formara parte de algún tipo de tratamiento de choque psicológico que ofrecía a sus pacientes del sexo femenino.

Fuera como fuera, estaba decidida a no dejar pasar la oportunidad. Así que, al verlo tan cansado, intentó animarlo un poco y le tomó el pelo:

—Bebe un poco de *whisky*.

Él obedeció y se lo bebió de un solo y desesperado trago.

—Es el primer líquido que bebo desde esta mañana.

Blythe corrió a la cocina a rellenar el vaso y regresó tan deprisa como pudo.

—Eso es terrible… toma, aquí tienes más.

Ella se sentó a su lado y lo observó mientras bebía, aunque esa vez se limitó a dar un sorbo.

—Bien, ya estoy mucho mejor —declaró Max, apoyándose en los cojines del sofá—. Estaré perfectamente en un par de minutos.

—Excelente. En cuanto estés recuperado, pasaremos a la acción.

—No creo que podamos ir a ninguna parte en tales circunstancias —dijo él.

—¿Ir a alguna parte? —preguntó ella—. No, no, no insinuaba que me llevaras a cenar… Solo a la cama.

Max se sorprendió tanto que el vaso de *whisky* se le escurrió y cayó entre sus piernas. Acto seguido, se levantó del sofá. Los cubitos de hielo y el contenido se desparramaron por los pantalones y por el suelo.

—¿He dicho algo que te haya molestado? —preguntó ella, confusa.

Blythe corrió a la cocina a buscar un par de trapos para limpiar el suelo y sus pantalones mojados. Supuso que Max se había sobresaltado de ese modo porque no la encontraba atractiva y no quería acostarse con ella; pero al volver, empezó a frotar sus pantalones de todas formas.

—Déjalo, déjalo, ya me ocupo yo —protestó el.

Blythe cayó en la cuenta de que estaba frotándole en una zona bastante íntima y le dio los paños de cocina. Después, se alejó de él. Se sentía la mujer más inepta y menos deseable del mundo.

—Entonces, ¿no quieres acostarte conmigo?

—Te equivocas.

—Está bien, lo comprendo, nadie quiere… Un momento. ¿Qué es lo que acabas de decir?

Él siguió frotándose los pantalones durante unos segundos más. Después, dejó los trapos sobre la mesita de café, se volvió hacia ella, le puso las manos en los hombros y la miró. A la luz de las velas, sus ojos parecían centellear.

—No hay nada que me apetezca más que hacer el amor contigo.

Max tenía la sospecha de que se estaba perdiendo algo en todo aquel asunto, pero no estaba de humor para investigar. A fin de cuentas, podía ser cosa del destino; podía ser una especie de regalo que le había hecho a cambio de las horas que había pasado en el ascensor.

Por otra parte, era obvio que la idea de acostarse con una mujer

bellísima, pelirroja, exuberante y con pecas no le desagradaba en absoluto. Allí, a la luz de las velas, se le antojaba la criatura más atractiva del universo. Su cabello, largo y rizado, era una promesa de pasión. Y sentía tanta curiosidad por saber sí también tendría pecas en otras zonas del cuerpo, que se excitó con el simple hecho de pensarlo.

Sí, definitivamente estaría encantado de hacer el amor con ella. Pero con ciertas condiciones.

—¿En serio? —preguntó ella, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Realmente quieres acostarte conmigo? No lo has dicho solo porque se supone que es lo que tienes que decir, ¿verdad?

Max no entendía nada. La situación resultaba surrealista, sobre todo teniendo en cuenta que aquellas palabras y aquella actitud aparentemente tímida procedían de la mujer llena de confianza e incluso agresiva con la que había hablado por teléfono.

—Lo digo totalmente en serio. Es verdad, es un sentimiento tan absolutamente sincero, que hasta puedes contemplar sus síntomas físicos —declaró, refiriéndose a su evidente erección—. Pero pensaba que… bueno, pensaba que antes charlaríamos un rato para conocernos mejor.

Max tuvo que decirlo porque la voz de su conciencia le obligó. Conocía las complicaciones de acostarse con una compañera de trabajo, de mezclar los negocios con el placer. Además, aquello era tan extraño, que antes de llegar más lejos quería asegurarse de que Blythe estaba en su sano juicio y de que era consciente de lo que hacía.

—Ya sabes, como en prensa: quién, qué, cuándo, cómo y por qué —continuó él con una sonrisa, para subrayar que ambos eran periodistas—. Tú me hablas sobre tu familia y tu trabajo, sobre el perro que tenías de niña, y luego yo te hablaré sobre…

—Supongo que ese tipo de cosas son muy interesantes para una persona de tu profesión —dijo Blythe, que seguía tomándolo por psicólogo—, pero no tuve perro y preferiría que nos diéramos prisa. El tiempo es oro y me gustaría hacerlo antes de que me arrepienta. A menos, por supuesto, que estés demasiado cansado…

Max no se había sentido menos cansado en toda su vida. Aquélla era la típica situación que habría soñado cualquier adolescente, pero él ya no era un adolescente. Pensó que la actitud de Blythe era una reacción a la tensión sufrida, y se dijo que algunas personas se comportaban de forma extraña cuando habían pasado por una situación límite. Pero, de todas formas, se aproximó a ella, le acarició la cara y comprobó que sus ojos eran verdes, de un verde brillante y alegre como el color de las hojas de las plantas en primavera. Estaba un poco tensa y desde luego nerviosa, pero parecía saber lo que estaba

diciendo.

—La gente es tan distinta en persona… después de esa conversación telefónica, te había imaginado de otro modo —dijo.

—Olvida esa llamada telefónica —dijo ella—. No deberías creer todo lo que dicen por teléfono. En realidad, soy tan cobardica, que ni siquiera me atrevo a cruzar una calle cuando el semáforo está en rojo para los peatones. Pero, ¿no podríamos limitarnos a hacerlo? ¿Ya? ¿Deprisa?

Max había intentado comportarse como un caballero; sin embargo, no era ningún santo. Fue más lejos y la abrazó. Ella se estremeció bajo su contacto. Era ligera y suave como la seda.

—Sí y no —respondió el.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sin dejar de abrazarla, la llevó hacia la habitación que parecía ser el dormitorio y abrió la puerta. Había acertado. Pudo distinguir el color blanco de la colcha de la cama a pesar de la oscuridad.

Se sentaron en la cama, juntos, y el dijo:

—Que sí, que podemos hacerlo. Pero no lo haremos deprisa.

La besó suavemente y ella lo apretó con fuerza, acariciándole la nuca con las manos antes de comenzar a devorar su boca, con hambre.

Aquello bastó para que las últimas dudas de Max desaparecieran. Era evidente que ella sabía lo que quería, de modo que aceptó el reto y la besó de forma igualmente apasionada.

No podía creer que su sueño de ser una mujer deseable se hubiera hecho realidad. Incluso consideró la posibilidad de encontrar a alguien que además la amara y con quien pudiera tener hijos; pero evidentemente no podría ser con aquel hombre, que a fin de cuentas, y según creía, solo era una especie de terapeuta sexual.

Había perdido dos años enteros que por supuesto incluían el año con Sven. Sin embargo, aquello había sido peor que nada porque Sven era menos que nada. En cambio, la experiencia con Max estaba resultando ser maravillosa. Besaba como nadie, y aunque no se podía decir que ella hubiera besado a muchos hombres, estaba segura de que sus besos le habrían parecido los mejores de todas formas. Se había excitado tanto, que ni siquiera podía pensar con claridad.

Se apretó contra él, dominada por olas de puro deseo animal, y llevó las manos a su espalda; el contacto de sus músculos le resultó tan placentero, que se sintió embriagada. Max, mientras tanto, le quitó la camiseta y la camisola que llevaba debajo. Cuando Blythe sintió los labios del hombre en uno de sus senos desnudos, perdió interés en todo lo demás. Ahora solo le interesaba lo que estaban haciendo, lo

que él le estaba haciendo.

Se dejó llevar mientras el jugueteaba con la lengua en sus pezones para después succionarlos. Parecía que el tiempo se hubiera detenido. Ella gimió y comprobó, sorprendida, que su falda y sus braguitas habían desaparecido en algún momento. Entonces, el comenzó a descender hacia su vientre, besándola y acariciándola con sus firmes dedos hasta volverla loca.

Sin embargo, no era suficiente. Blythe lo desnudó rápidamente y le rogó que hicieran el amor. Ella se puso encima, pero no tardaron en cambiar la situación y en situarse él sobre ella. Estaban tan dominados por la pasión, que una de las patas de la frágil cama cedió y cayeron al suelo sin darse cuenta; segundos después oyeron un ruido que solo podía significar una cosa: el vecino del piso inferior golpeaba la pared para que no hicieran tanto ruido.

Por fortuna, la interrupción no los detuvo. Max siguió moviéndose, con más intensidad que antes, y ella se sintió a punto de estallar. Poco después, Blythe alcanzó el orgasmo y se estremeció de los pies a la cabeza; fue una escalada tan feroz, que acabó cubierta de sudor y sin más energía que la suficiente para observar que Max, en cambio, tenía ganas de más.

—Creo que será mejor que sigamos en la cama —dijo él.

Ella gimió débilmente a modo de protesta. Él se levantó, la tomó en brazos y la dejó sobre la cama. Su piel estaba muy caliente.

—Estás ardiendo —comentó ella—. Deberías refrescarte un poco.

—Algún día.

—Tengo una idea… —susurró Blythe mientras se levantaba de la cama.

—¿Una idea perversa?

—Depende. Tengo un ventilador a pilas por alguna parte.

—No necesitamos ningún ventilador. Vuelve conmigo…

Ella sonrió, pero no hizo caso. Localizó el pequeño ventilador, lo dejó sobre la mesita de noche y lo puso en marcha.

—¿Qué tal te encuentras ahora?

—Maravillosamente bien —respondió mientras la atraía hacia él—. Es un sueño hecho realidad.

Blythe se puso sobre él y gimió, derritiéndose como con el helado en chocolate caliente.

Capítulo 3

En algún momento de aquella larga y maravillosa noche, Blythe preparó sándwiches de atún que comieron en la cama. En otro breve intermedio, Max se dirigió a la cocina para buscar unas galletas. Y cuando el ventilador se quedó sin pilas, abrieron las ventanas para que entrara aire fresco y se ducharon juntos con agua fría.

Hicieron el amor una y otra vez, hasta que Blythe se sintió tan agotada, que se quedó dormida.

Cuando despertó, Max estaba apoyado en un codo, mirándola. La habitación estaba completamente iluminada.

—¿Ha vuelto la electricidad? —preguntó ella.

—No, es el sol —respondió—. Son las diez y pico de la mañana. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. ¿Y tú?

Él dudo un momento y la acarició.

—Ha sido fantástico, aunque confieso que estoy sorprendido.

Blythe frunció el ceño.

—¿Sorprendido? ¿Positiva o negativamente?

—Positivamente, desde luego —respondió, sonriendo—. Aunque es verdad que esperaba que hiciéramos el amor. No puedes negar que vine preparado…

—Oh, sí, preparado para una orgía —bromeó—. Pero supongo que, en tu posición, la gente siempre toma precauciones. Seguro que hasta puedes deducir los preservativos en la declaración de la renta.

—No te entiendo —dijo él, confundido.

—Lo digo porque lo sucedido ha sido algo profesional, por así decirlo.

—¿Profesional? Bueno, si tú lo dices…

—¿Es que para ti ha sido algo más que un asunto profesional? —preguntó ella con timidez—. Te confieso que para mí también…

—Eso no ha tenido nada que ver con los negocios. Es más, si vamos a trabajar juntos, será mejor que separemos claramente el trabajo y nuestra relación personal. De lo contrario, no podré concentrarme en nada —dijo él.

Por primera vez, Blythe supo que había un malentendido. Era evidente que no se estaban entendiendo.

—Cuando llamaste y te ofreciste a recibirme personalmente en Nueva York, me puse en contacto con Bart y él me dijo que… —continuó Max.

Blythe se puso tensa. Ella no había llamado; la llamada la había hecho Candy. Y por supuesto, no sabía qué pintaba Bart en aquel asunto.

—¿Cómo?

—No te preocupes, Bart habló muy bien de ti. Dijo que Candy Jacobsen es toda una…

—¿Candy? ¿Viniste aquí para acostarte con Candy?

Max se sentó en la cama y la miró con sorpresa.

—No, en absoluto; vine para salir contigo. Pero las cosas se desarrollaron de ese modo y… espera un momento. ¿Por qué te estás refiriendo a ti misma en tercera persona?

De repente, Max alcanzó sus calzoncillos negros y se los puso como si tuviera prisa. Ella buscó su ropa interior y empezó a ponérsela con nerviosismo.

—Porque me temo que me estoy refiriendo a una tercera persona —respondió—. Tú tenías que venir a las siete para ayudarme a superar lo de Sven…

—¿Sven? No entiendo nada. Candy…

Blythe corrió al armario y sacó un vestido. Cuando se lo puso y se dio la vuelta, el se estaba peleando con sus vaqueros. Los calzoncillos se le habían roto y ella pudo ver su evidente erección.

—Yo no soy Candy —dijo con desesperación.

—Entonces, ¿quién diablos eres tú?

—La compañera de piso de Candy. Se suponía que tú eres un viejo amigo de Candy, un psiquiatra de Boston que venía a ayudarme con mi inseguridad sexual.

—Yo no he visto a Candy en toda mi vida, y desde luego no soy psiquiatra. ¿Insinúas que pretendías acostarte con otro hombre?

—No, no insinúo nada, pero te encontré y me apeteció acostarme contigo y ya no necesito a nadie más. De hecho, creo que todas mis inseguridades han desaparecido esta noche —confesó ella, tan confusa como él—. En realidad, me alegra que no seas psiquiatra. Ningún psiquiatra me habría tratado con tanta sensibilidad como tú.

—Bueno, creo que será mejor que aclaremos las cosas de una vez —dijo Max—. Me llamo Max Laughton y soy columnista político; estuve trabajando para el *Chicago Observer* y el lunes que viene empiezo en el *New York Telegraph*. Por eso no me sorprendió demasiado que esa tal Candy me llamara. Pensé que era una forma de darme la bienvenida, aunque no imaginé que sería una bienvenida tan apasionada…

Blythe se estremeció, pero no tuvo tiempo de hablar. En ese momento, oyeron un ruido en el exterior del piso. Segundos después, se abrió la puerta principal y se oyó la voz de Candy en persona, que parecía estar con alguien.

—Vamos, Garth. Os presentaré y luego me marcharé para dejaros a

solas. ¿Blythe? ¿Estás en casa? ¿Te encuentras bien?

—¡Estoy bien! —gritó Blythe desde el dormitorio—. ¿Y tú?

—Perfectamente. He pasado la noche en la maldita oficina —respondió su amiga—. Pero el pobre Garth se quedó atrapado en un atasco al otro lado del puente de Triborough y ni siquiera pudo encontrar habitación en un hotel, así que la policía lo llevó a un albergue de Queens. ¿Puedes creerlo? Por cierto, tengo buenas noticias… traigo café caliente. Se lo acabo de comprar a un tipo que lo estaba vendiendo en la calle.

—¿Piensa entrar en el dormitorio? —susurró Max, preocupado porque todavía no se había vestido.

—No, descuida —respondió ella—. ¡Salgo enseguida, Candy! Solo tengo que vestirme…

Blythe le hizo señas a Max para que se vistiera y permaneciera en la habitación sin hacer ruido. Él corrió a guardar la caja de preservativos que habían utilizado durante la noche y abrió su bolsa de viaje para buscar unos calzoncillos limpios y otros pantalones.

—No te preocupes demasiado por tu apariencia —gritó Garth—. Nosotros tenemos tan mal aspecto como si hubiéramos pasado la noche en la cárcel.

—¿Has sabido algo del tipo con el que yo iba a salir ayer? —preguntó Candy—. No pude localizarlo… ¿ha llamado por teléfono o se ha presentado?

—Me temo que sí —respondió Blythe mientras miraba a Max con recriminación.

—¿Qué has dicho? —preguntó su amiga.

—Espera un momento, ahora salgo.

Blythe se miró en el espejo del dormitorio y gimió. Olía a sexo y no se había puesto sostén, así que los pezones se notaban claramente bajo el vestido. Sin embargo, no tenía tiempo para cambiarse de ropa y decidió salir tal y como estaba.

—Hola —los saludó al verlos.

—Ah, estás ahí —dijo Candy, que volvía de la cocina—. Garth, te presento a mi amiga Blythe… ¿Pero qué estabas diciendo sobre el hombre con el que iba a salir?

Blythe palideció. Garth la estaba observando con interés. Era un hombre rubio, alto y ciertamente atractivo, pero carecía del carácter y de la personalidad de Max. En cambio, le pareció evidente que no era tan sensible como Candy había dicho. De haberlo sido, se habría dado cuenta de que Blythe estaba muy nerviosa.

—Candy me dijo que eras muy guapa, pero se quedó corta —dijo Garth.

Candy solo parecía estar interesada por una cosa e insistió, con impaciencia:

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado con el hombre con el que iba a salir?

Blythe miró a su amiga. Su ropa estaba arrugada, tenía ojeras y llevaba el pelo revuelto. La constatación de que no había pasado una buena noche solo sirvió para aumentar su sentimiento de culpa.

—Bueno, yo…

—Es una lástima que precisamente ayer sufriéramos un apagón —la interrumpió Candy—. Había quedado con Max Laughton, una verdadera joya que ha dejado el *Chicago Observer* para venir a trabajar al *Telegraph*. En cuanto supe que lo habían contratado, me puse en contacto con él. Si es tan guapo en persona como en fotografía…

En ese momento, se oyó un estruendo en el dormitorio de Blythe, como sí algo se hubiera caído.

—¿Quién está ahí? —preguntó Candy con desconfianza.

—Oh, supongo que será la persona que está arreglando la cama. Verás, anoche pasó algo extraño y…

—¿Has roto la cama?

—Oh, Dios mío —dijo Garth, alzando los ojos al cielo.

—No me digas que mientras yo intentaba traerte a Garth para ayudarte con tu problemita, tú encontraste a alguien por tu cuenta y rompiste la cama… —dijo Candy, entre sorprendida y admirada.

—No exactamente —murmuró Blythe.

—Entonces, ¿quién…? Oh, no —dijo Candy, adivinando lo sucedido—. No puede ser.

Candy pasó por delante de Blythe y se dirigió directamente al dormitorio de su amiga. Pero en ese preciso momento, la puerta se abrió y Max apareció ante ellos; se había puesto una camisa y unos pantalones de vestir con una chaqueta de color azul marino.

Desde el salón, Blythe pudo ver que se había tomado la molestia de hacer la cama e incluso de volver a poner en su sitio la pata que se había salido.

—Buenos días —dijo en tono desenfadado.

Max miró entonces a Blythe y añadió, disimulando:

—¿Dormiste al final en el sofá? Estaba tan dormido, que no me he despertado hasta oír vuestras voces…

Blythe pensó que era un terrible mentiroso, pero se sintió muy agradecida. Mientras tanto, Max se acercó a Garth y estrechó su mano.

—Me llamo Max. Max Laughton.

—Yo soy Garth Brandon. Doctor Garth Brandon —añadió, como si así se sintiera más seguro.

—Y tú debes de ser Candy… —comentó Max—. Anoche teníamos

una cita, pero es evidente que llegas tarde.

Max le ofreció una sonrisa tan encantadora, que Blythe sintió envidia de su amiga.

—Sí, demasiado tarde, según veo —dijo Candy, con un brillo extraño en sus ojos azules—. Sé que habéis dormido juntos. Lo veo en vuestras caras. ¿Cómo has podido hacerme algo así, Blythe? Eres mi mejor amiga.

—Eh… ¿qué os parece si tomamos ese café? —preguntó Garth por aliviar la tensión—. Podríamos servirlo, sentarnos y charlar sobre todo este asunto.

—Garth, hay momentos para todo y este no es el más apropiado —le cortó Candy—. En ocasiones, tus malditos modales me sacan de quicio.

—Lo siento, Candy —se disculpó Garth—. También estoy sorprendido por lo que ha pasado, pero comportarme como un ser humano civilizado me ayuda en este tipo de situaciones. Además, como psiquiatra siempre estoy dispuesto a intentar comprender los motivos ocultos de las personas y…

—Te lo advierto, Garth. O te callas ahora mismo o te cierro la boca —lo amenazó Candy.

—Gracias por compartir tus sentimientos conmigo —dijo Garth mientras huía hacia la cocina—. ¿Cómo queréis el café? ¿Con azúcar, con leche…?

—Te ayudaré —intervino Blythe—. Incluso hay tarta en el frigorífico, si alguien quiere, y zumo de naranja.

—Míralos. Están hechos el uno para el otro —comentó Candy—. Y tú has tenido que liarlo todo.

Max también se estaba dirigiendo a la cocina en ese momento. No quería que Blythe se quedara a solas con ese tipo, pero el comentario de Candy lo obligó a permanecer en el salón.

Se volvió hacia Candy Jacobsen, la mujer con la que realmente había quedado el día anterior, y la observó. Era rubia, alta, elegante y muy guapa. Aunque su ropa arrugada y sus ojeras denotaban que no había dormido demasiado, resultaba evidente que en otras circunstancias le habría parecido un verdadero sueño, justo de la clase de mujeres con las que salía en general.

—Podemos hacer tostadas y huevos fritos en la cocina de gas —dijo Blythe.

—Esto se está convirtiendo en un desayuno en toda regla —comentó Garth—. Tal vez deberíamos sentarnos a la mesa.

—Buena idea. Yo la pondré mientras tú te encargas de prepararlo todo.

—No, no te molestes, lo haré yo. Tú sirve el zumo de naranja.

La conversación aparentemente animada de Blythe y Garth empezaba a molestar a Max.

—¿Y se puede saber qué es lo que he estropeado? —preguntó Max a Candy.

—Una relación perfecta. Blythe necesitaba acostarse con alguien, desde luego, pero estoy segura de que tiene más cosas en común con Garth —respondió la rubia, aproximándose a él—. Además, también sé que tú y yo nos habríamos divertido mucho… Aunque no sé por qué hablo en pasado. Nos divertiremos, ya lo verás.

—Siento que las cosas no hayan salido como esperabas, pero no fue culpa mía, sino del apagón. Te recuerdo que vine a tu casa porque me invitaste tú misma. Y Blythe hizo de buena samaritana y me rescató del ascensor donde me había quedado encerrado.

—Ah, sí, una buena samaritana… muy dispuesta, al parecer —comentó con ironía—. Y dime, ¿tuvisteis tiempo de presentaros o pasasteis directamente al dormitorio? ¿O es que pensabas que Blythe era yo?

Blythe apareció en aquel momento con una bandeja con cuatro vasos de zumo de naranja. La dejó sobre la mesa, que Garth había puesto con una perfección casi insultante, y decidió intervenir.

—Todo fue bastante inocente, Candy. Cuando salió del ascensor, me dijo que había quedado con alguien en el piso veintitrés. Él pensó que yo era tú y yo pensé que él era el tipo de la cita a ciegas.

—¿Lo ves? Es una explicación perfectamente lógica —dijo Garth—. Lo habías invitado a tu casa, y cuando ella lo vio, pensó que debía de ser…

—Garth, ¿alguna vez vas a aprender a expresar tu enfado? ¿Es que siempre tienes que actuar de forma tan civilizada? Pensaba que los psiquiatras se psicoanalizaban antes de ejercer. Por lo visto, tú no aprendiste nada.

—Blythe, ¿puedes pasarme el zumo? —preguntó Max—. Si esto sigue así, no sé cuánto tiempo seguirá en los vasos.

—Garth tiene razón. Las cosas sucedieron de ese modo, aunque evidentemente eso no explica por qué —dijo Blythe mientras le daba é! zumo a Max.

—Mmm. Ese café huele maravillosamente —comentó Max—. Un poco de cafeína nos vendrá bien.

—Venga, dejaos de discusiones y vamos a desayunar —insistió Garth con naturalidad, como sí no pasara nada.

Blythe miró a Garth y se preguntó sí sería real.

—Creo que ibas a decir algo, Blythe —comentó Candy, sirviéndose un pedazo de tarta.

—Ah, sí —dijo su amiga, que ardía en deseos de explicarse—. Parece que todavía no entiendes por qué ha pasado lo que ha pasado. Pues bien, ha pasado porque me sentía culpable.

—¿Ayer? No, querrás decir que te sientes culpable ahora.

—No, bueno, sí… lo siento por ti, pero ayer lo sentía por Garth. Ya sabes que tu idea no me gustó y que no quería verlo, pero…

—¿No querías conocerme? —preguntó Garth, arqueando una ceja.

—¿De qué idea estáis hablando? —preguntó Max.

—Ya lo sabrás más tarde —respondió Candy—. Deja que Blythe siga con lo que estaba diciendo.

—Pues bien, después de lo que había pasado, con el apagón y todo eso, comencé a preocuparme por él. Pensé que tal vez estaba en un avión que no podía aterrizar, o que se había quedado atrapado en el aeropuerto, qué se yo… me sentí tan mal y tan culpable, que decidí darle una oportunidad —comentó, nerviosa.

—Qué dulce… —dijo Garth.

—Ya, todo eso es muy interesante. Pero, ¿por qué no pasamos al momento en que Max se abalanzó sobre ti? —preguntó Candy.

Blythe se sintió muy agradecida cuando Max intervino y se le adelantó.

—Estaba oscuro y yo no podía salir del maldito ascensor, pero Blythe oyó mis gritos y me ayudó a salir. Eso fue todo.

—Eso no explica nada —insistió Candy.

—¿Qué quieres que explique? —preguntó Garth.

—Por ejemplo, por qué no se les ocurrió presentarse y averiguar si el otro era efectivamente quien debía ser.

—Bueno, yo di por sentado que era el… —se defendió Blythe—. Y para entonces, mi sentimiento de culpabilidad se había desbocado. No estaba en un avión ni en el aeropuerto, pero se había pasado varias horas en el ascensor de la casa y lo había hecho, según pensé entonces, solo por conocerme. Pensé que lo mínimo que podía hacer era ofrecerle mi hospitalidad.

—Cierto. Fue muy hospitalaria —bromeó Max.

—Bueno, a lo hecho, pecho —dijo Garth—. No podemos cambiar el pasado.

Blythe intentó analizar la situación. Le debía mucho a Candy y la quería con toda su alma; además, era lógico que estuviera enfadada. Y por otra parte, estaba segura de que Max la preferiría a ella ahora que había tenido ocasión de conocerla.

—Garth tiene razón, Candy —dijo Blythe—. Ha sido un error, pero

lo siento muchísimo, de verdad. Espero que me perdones, porque… porque…

Ahora llegaba lo más difícil de todo. Blythe había tomado una decisión y sentía una profunda tristeza. No dejaba de recordar lo sucedido durante la noche anterior, de añorar las caricias y los besos de Max. Pero Candy era su amiga y no tenía otra opción. O eso creyó en ese momento.

—Porque no volveré a salir con Max —dijo al fin—. Es todo tuyo.

Capítulo 4

Tras la declaración de Blythe, todos se quedaron en silencio. Max resopló, pero ella no fue capaz de mirarlo.

—Para ser tan joven eres muy madura —dijo Garth segundos más tarde—. Espero que tus planes me incluyan a mí. Esta noche, por ejemplo.

Garth no formaba parte de los planes de Blythe. No después de la noche anterior con Max.

—No necesito a nadie. Ya estoy curada —explicó.

—¿De qué? —preguntó Max.

—De… —empezó a decir Candy.

—De mi necesidad de tener una cita a ciegas con alguien —la interrumpió Blythe—. Por Dios, ¡fijaos en todos los problemas que he causado! A partir de ahora, no saldré con nadie a quien no conozca desde hace años. Lo siento, Garth, pero tendrás que esperar a que nos conozcamos lo suficiente. Y por favor, dejemos de una vez este asunto.

—No seas tonta, Blythe —dijo su amiga—. Si es lo que quieres, podrías pasar una noche perfectamente platónica con Garth.

—Por supuesto. Voy a estar aquí todo el fin de semana. Solo quiero un poco de compañía, dado que Candy estará ocupada.

Max volvió a resoplar. Era como el Vesubio a punto de sufrir una erupción.

—¿Dónde has comprado estos huevos? —continuó Garth—. Son tan buenos como los que compraba mi madre en el mercado. Y la tarta… tiene que ser casera.

—Lo es —dijo Blythe.

—Oh, vamos, dejad de una vez ese rollo hogareño —protestó Candy.

—Está bien. De todas formas tengo que marcharme. Con apagones o sin apagones, tengo que dar una conferencia —dijo Garth.

—¿Sobre qué? —preguntó Max.

—Sobre los efectos psicológicos de los profesores que tienen una forma de vida alternativa en alumnos de primer curso.

—Comprendo. ¿Y se puede saber qué efectos tiene? —preguntó Max, mirándolo a los ojos.

—Ninguno.

—Muy bien, todo arreglado —intervino Candy—. Max se vendrá conmigo y Blythe se marchará con Garth.

—Todo arreglado —repitió Garth.

—Sí, por supuesto —dijo Blythe.

—De eso, nada.

Blythe miró a Max. Parecía tranquilo y relajado, pero sus ojos

brillaban con furia. Ella le lanzó una mirada lastimera, como rogándole que no le complicara más la vida. En ese momento, solo quería huir de aquella situación.

Si sus sentimientos le importaban a Max, dejaría las cosas como estaban. Y si no lo hacía, entonces no merecería la pena.

Max estaba tan enfadado, que deseó no haber salido del ascensor. Ahora ya comprendía lo sucedido. Al parecer, Candy había concertado una cita para que Garth ayudara a Blythe a superar la relación que había mantenido con un cretino llamado Sven, pero Blythe había dejado bien claro que la experiencia había sido tan satisfactoria para ella que ya no sentía ningún temor sexual. En otras palabras, no necesitaba a Garth. Y en cuanto a él, no quería salir con Candy.

Ciertamente, Blythe no era tan arrebatadora como su amiga. Pero era pequeña, dulce, adorable y deseable como una fruta madura; y además, la noche que habían pasado juntos había sido sencillamente maravillosa.

Sin embargo, tenía un problema: Blythe se negaba a salir con él. Para empeorarlo todo, se lo habían rifado como si fuera el premio de una tómbola y no un hombre hecho y derecho capaz de tomar sus propias decisiones. Él no estaba acostumbrado a que le dijeran lo que tenía que hacer y en otras circunstancias habría puesto fin a aquella charada en aquel mismo instante, pero era obvio, por la mirada de Blythe, que ella no quería que le complicara la vida.

A regañadientes, decidió seguirles el juego de momento. Ya tendría tiempo más delante de convencer a Blythe para que dejara de estar a la sombra de su amiga, de que empezara a comportarse como una mujer independiente. A fin de cuentas, Candy no tenía derecho a enfadarse.

—Esto no es algo que se pueda consensuar —dijo Max—. Se supone que podemos elegir.

—Sí, por supuesto. Y yo elijo salir contigo esta noche —dijo Candy.

—Por mi parte, elijo salir con Blythe —dijo Garth.

—Y yo… ¡yo dijo que todo el mundo sea feliz! —dijo Blythe.

—Claro, claro. Entonces, podríamos salir todos juntos —observó Max.

—¿Juntos? ¿Todos? —preguntó Candy, como si la idea le gustara.

—Es una idea excelente, Langston —dijo Garth.

—Laughton.

—Ah, sí, perdona. Laughton. Me parece muy bien que salgamos todos juntos esta noche, como buenos amigos.

Max miró a Blythe en busca de aprobación, pero su expresión era

inescrutable.

—Perfecto. En tal caso, nos veremos a las siete para tomar algo y luego iremos a cenar. Supongo que a Blythe no le importará preparar algo de cenar si no encontramos ningún restaurante abierto, ¿verdad?

—Bueno, yo…

—Como no hay luz, hoy no te necesitarán en el periódico —continuó Candy—. Yo, en cambio, tengo que volver en cuanto me arregle un poco.

—Bueno, en ese caso…

—En ese caso, si permites que Garth use tu ducha, nos marcharemos los tres juntos —la interrumpió de nuevo su amiga.

—No, gracias, yo voy a intentar encontrar un taxi —informó Max —. Garth, puedo dejarte en tu hotel de camino a mi nuevo apartamento…

—No, Garth se va a quedar aquí —dijo Candy.

Max miró a Candy y a Garth, y contempló un momento a Blythe, que sonrió con timidez, y dijo:

—Me voy.

—Oh, vamos, no te vayas todavía. Tardaremos poco, ¿verdad, Garth?

—Me voy —insistió Max.

Y se fue.

El sol que iluminaba la habitación pareció apagarse cuando Max se marchó. Blythe comenzó a limpiar la mesa, pero solo para mantenerse ocupada en algo y no pensar en él.

Candy se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta. Por los dos golpes que oyó a continuación, era evidente que acababa de quitarse los zapatos.

—Siento mucho que Candy haya insistido tanto en que me dejes ducharme en tu cuarto de baño. Creo que está acostumbrada a dar órdenes porque nadie las daba en su casa. Pero eso no significa que tengamos que hacer lo que ella quiera. Dúchate tú primero si quieres. Mientras, fregaré los platos.

—No, gracias —dijo con una sonrisa—. Hoy no tengo que ir a trabajar. Además, imagino que estarás nervioso por tu conferencia y que tendrás prisa. Pero gracias de todas formas.

Cuando Garth entró en la ducha y abrió el grifo, ella pasó a su dormitorio y echó un vistazo a su alrededor. Max había hecho la cama, pero Blythe la deshizo de nuevo para cambiar las sábanas. Un minuto después, oyó que Garth empezaba a cantar *My way* en la ducha.

En comparación con Max, Garth no le parecía gran cosa. Pero no quería pensar en él, así que volvió al salón, colocó los cojines del sofá y terminó de limpiar la mesa.

Estaba dejando los platos en la pila cuando Garth y Candy aparecieron al unísono. Los dos se habían duchado y parecían tan frescos como una rosa; eran la viva imagen de la perfección. En cambio, ella todavía llevaba el pelo revuelto y ni siquiera se había cambiado las zapatillas de andar por casa.

—Ya veo que lo has recogido todo —dijo Garth—. Tenía intención de echarte una mano…

Candy miró a su amigo con frialdad.

—Nos veremos más tarde, Blythe —dijo ella—. Relájate un poco y disfruta de tu día libre.

—Claro.

Garth y Candy se marcharon. Y Blythe se quedó sola, pensando en lo que iba a preparar para cenar.

Max consiguió un taxi y se bajó en Broadway con intención de comprar un par de cosas antes de dirigirse a su casa.

Había decidido llevar algo de comer para que Blythe no tuviera que pasarse todo el día en la cocina, pero todo estaba cerrado excepto una tienda de ultramarinos que al parecer solo tenía galletas saladas y frutos secos. Compró un poco de cada cosa, añadió varios sándwiches y un par de botellas de agua mineral para él, y se dirigió al piso que había comprado durante el corto viaje que había hecho a Nueva York en febrero, tras aceptar el empleo en el *Telegraph*.

No se había sentido tan fuera de lugar en toda su vida. Por culpa del apagón, las ediciones de los periódicos habían salido tarde o no habían salido, y él no estaba acostumbrado a vivir sin periódicos. La prensa lo era todo para él. Lo había sido todo para su padre y él había heredado la pasión.

Sin embargo, ahora se encontraban en mundos diferentes. Mientras él estaba a punto de empezar otra experiencia en un gran periódico neoyorquino, su padre era editor de una pequeña revista semanal en Nueva Jersey. En cuanto a su madre, se dedicaba a cubrir los ecos de sociedad y a escribir una columna sobre gastronomía. En realidad, para ella solo era una diversión. Prefería estar en casa, preparando excelentes comidas.

Al pensar en su familia, lo asaltó la curiosa necesidad de llamar por teléfono a Blythe. Necesitaba hablar con ella aunque solo fuera para decirle que ya se había ocupado de comprar sándwiches y cosas para picar. Quería hablar con ella para decirle que había cometido

una verdadera estupidez al tomar una decisión absurda y al hacerlo en nombre de los dos, sin darle oportunidad de elegir.

No lo dudó. Descolgó el auricular y llamó al número que le había dado, pero no contestó.

Frustrado, se preguntó qué podía hacer. Se suponía que la empresa de mudanzas le iba a llevar sus muebles y pertenencias a lo largo de la mañana, pero sabía que toda la ciudad estaba colapsada por el tráfico y que con toda probabilidad tendrían que esperar hasta el día siguiente, sábado, o tal vez hasta el domingo.

Dejó su maletín y su bolsa de viaje en el suelo, se refrescó un poco y se marchó. La sede del *Telegraph* estaba bastante lejos, pero de todos modos necesitaba dar un largo paseo.

Blythe se metió en la ducha y dejó que el agua le cayera con fuerza sobre la cara. La contundente sensación le recordó a Candy. Hasta entonces, siempre había pensado que mantenían una buena relación. Le encantaba compartir el apartamento y nunca le había parecido extraño que ella cocinara y limpiara y que Candy no hiciera nada; al fin y al cabo, a ella le gustaba hacerlo. Pero por primera vez, se preguntó qué hacía Candy, a cambio, por ella.

Presa de una súbita amargura, intentó convencerse de que solo estaba enfadada por lo sucedido y volvió a recordar la noche anterior. Max había sido el amante perfecto, se había entregado totalmente a ella sin esperar nada a cambio y sabía que él nunca la trataría como si fuera una criada, que nunca la despreciaría por ser una simple correctora del *Telegraph* o por tener problemas para llegar a fin de mes.

Cerró el grifo de la ducha con más violencia de lo habitual. No tenía intención de romper la promesa que le había hecho a Candy, pero tendría que establecer un nuevo punto de partida con ella. Las cosas no podían seguir así.

Incluso consideró la posibilidad de alquilar algo pequeño en cualquier lugar. Con su presupuesto, tendría que ser algo pequeño y en un barrio poco recomendable. Pero sería suyo. Y hasta podría estar con Max cuando quisiera.

La luz volvió a las dos de la tarde. Por una parte, era una suerte porque podría cocinar en condiciones; pero por otra, era posible que la llamaran del periódico para que fuera a trabajar.

Sin embargo, la tarde pasó y no llamó nadie.

Candy se sentó junto a Max en el sofá y le ofreció un pedazo de

quiche.

—Está muy bueno.

—Gracias —dijo Blythe.

Blythe empezaba a estar harta. Ver a Candy con Max era demasiado para ella, especialmente porque, según había afirmado su amiga, habían pasado casi todo el día juntos en el periódico. Además, había sentido una intensa añoranza al volver a ver a su amante.

—Tendremos que dejar las galletitas saladas y los frutos secos para otra ocasión, pero has sido muy amable al traerlos —dijo Candy.

—No sé cómo has conseguido preparar todo esto. La luz no volvió hasta la tarde —comentó Garth.

—¿Quieren que les rellene las copas? —preguntó Blythe mientras se levantaba de la mesa.

—No te preocupes, ya voy yo —se prestó Max.

El tono de voz de Max tuvo cierto efecto de sacudida en el ambiente. Candy, que llevaba un buen rato apoyada literalmente en él, y Garth, que hacía lo propio con Blythe, se sobresaltaron un poco.

—Me encantan los hombres que ayudan —dijo Candy.

—Yo me encargaré de los canapés —se ofreció Garth.

—Magnífico. Estoy segura de que Blythe te lo agradecerá. ¿Verdad, querida?

Max regresó entonces con un vaso de agua mineral para Garth, que preguntó:

—¿Para qué hora has reservado la mesa?

—Dentro de… caramba, ya casi es la hora —respondió, mirando su reloj de pulsera—. Será mejor que terminemos las bebidas. El taxi que he pedido debe de estar a punto de llegar.

Al mirar la hora, Max giró el brazo y golpeó la copa de Candy, derramando parte del líquido sobre su cortísima falda.

—Oh, lo siento… Iré a buscarte otra copa.

Candy se levantó de repente, se acercó tanto a él que sus pezones rozaban su pecho, y dijo:

—No hasta que me ponga ropa seca.

Blythe se sentó en el sofá y se tapó la frente con un paño mojado.

—¿Te encuentras bien, Blythe? —preguntó Garth.

—Me siento un poco mareada.

—Oh, vamos. No puedes haberte quedado embarazada con un solo intento… —bromeó Candy.

—Bueno, podría suceder —intervino Garth—. De hecho…

—¿Por qué no cierras esa bocaza que tienes? Siempre has sido un aguafiestas. Cuando eras pequeño, en lugar de dedicarte a jugar y a hacer gamberradas como el resto de los niños, nos dabas conferencias

sobre cuántas moléculas había en las manzanas de la señora Greenbaum. ¿A quién le podía importar eso? Debí imaginar que te convertirías en una especie de científico. Pero no hay mal que por bien no venga, porque a Blythe le encantan los hombres inteligentes.

—Ah… —acertó a decir Garth, sintiéndose halagado.

Candy desapareció en su dormitorio e inmediatamente, Max se materializó junto a Blythe.

—Toma un poco de agua. Te sentirás mejor.

Ella aceptó el agua que le ofrecía y echó un trago. Incluso se sorprendió un poco cuando vio que le guiñaba subrepticiamente un ojo. Tal vez no estuviera enfadado con ella. Tal vez había comprendido la situación y que no podía hacer otra cosa que renunciar a él.

—Gracias…

—Y bien, Garth, ¿por qué no nos hablas de tu trabajo? —preguntó Max, por dirigir la conversación hacia otra parte—. ¿Qué tipo de clientes tienes? Familias, niños…

—Parejas —explicó—. Mujeres con baja estima y hombres que…

Tras muchos minutos de interminable explicación, sonó el teléfono de la casa.

—Debe de ser el taxi —comentó Candy, que se había puesto una falda y un top de color azul, a juego con sus ojos—. Será mejor que nos marchemos.

Blythe miró la carta y estuvo a punto de desmayarse. Cada plato costaba casi mil dólares. O casi. En realidad, los precios no eran ni mucho menos tan elevados, pero su presupuesto era tan escaso, que una ensalada de catorce dólares era tan inalcanzable para ella como si hubiera costado mil.

La luz del restaurante del hotel era tan clara y límpida, que podía contemplar perfectamente hasta el menor de los detalles. Sabía que el minimalismo estaba de moda, pero a pesar de dio se preguntó cómo era posible que un lugar que podría haber sido una perfecta sala de interrogatorios se hubiera convertido en un lugar para comer y dormir. Tal vez tuviera algo que ver con el sentimiento de culpa católico. O con el protestante. O con el judío. O con cualquier otro sentimiento de culpa.

—Os parece que pidamos un par de cosas cada uno y que lo compartamos todo. Como yo soy el anfitrión esta noche, tal vez sea apropiado que decida yo —comentó Max.

—Oh, vamos, tenía intención de invitaros a cenar —protestó Garth.

—Hoy no, otro día. Al fin y al cabo, todo ese lío fue culpa mía.

—No fue solo culpa tuya —le recordó Candy.

—Depende. Si hubiera dicho que había quedado con Candy Jacobsen en lugar de afirmar que iba al piso veintitrés, no se habría producido ningún malentendido.

—¿Y por qué no lo dijiste?

—Francamente, no lo sé.

Max empezaba a estar hasta la coronilla de los constantes ataques de Candy a Blythe. Directa o indirectamente, aprovechaba cualquier situación para molestarla. De modo que decidió tomar cartas en el asunto y concederle una pequeña venganza.

—Además, la recepción que me dio Blythe no me sorprendió demasiado después de haber hablado contigo por teléfono —añadió Max.

—¿Eso es algún tipo de comentario irónico sobre la reputación de Candy? —preguntó Garth con frialdad, justo cuando el camarero se acercaba a la mesa.

—Tráigale a este hombre un buen trago —dijo Blythe, refiriéndose a Garth.

Era la primera vez que Blythe abría la boca desde que habían llegado al restaurante y le habían servido un vodka. Max la observó y pensó que el alcohol le había hecho efecto. Incluso se había puesto a juguetear con una servilleta y se la había colocado entre sus generosos senos.

—¿Qué desea, señor? ¿*Whisky*, ginebra…?

—No le haga caso. La señorita solo estaba bromeando —dijo Garth —. Tomaré vino tinto.

—Yo quiero un martini —dijo Candy.

Max miró a Blythe; sus labios parecían más generosos y apetecibles que nunca. Le había pedido un vodka porque había pensado que la tranquilizaría; sin embargo, parecía que se le había subido a la cabeza.

—¿Y usted, *madame*? —preguntó el camarero a Blythe.

—Yo…

—Tomará un agua con gas —intervino Max—. Ah, y tráigame otro a mí.

—No quiero agua. Quiero martini como Candy…

—Tomará agua —insistió Max.

—Muy bien, señor.

El camarero se alejó y Blythe no tardó en protestar.

—Cómo has podido…

—Ha sido fácil.

—Yo me preguntaría más bien cómo es posible que estés borracha con una sola copa —se burló Candy—. Es increíble.

Blythe frunció el ceño.

—Ya sabes que no tengo costumbre de beber. Así que he decidido empezar a practicar —acertó a decir—. Además, ya hemos bebido bastante en casa, antes de salir.

—¿Qué os parece si nos concentramos en la carta? Tendremos que pedir algo de comer —dijo Max.

Pidieron un poco de todo. Segundos después, Max notó que Garth había pasado una mano por debajo de la mesa y que la había colocado sobre uno de los muslos de Blythe, aprovechando su estado de semiembriaguez. Naturalmente, le molestó; así que decidió extender un poco una pierna y darle un puntapié. Pero enseguida se dejó llevar y comenzó a acariciarla a su vez.

La situación empezaba a ser surrealista. A pesar de su estado, Blythe se daba cuenta de lo que pasaba. Por supuesto, había notado la mano de Garth. Tampoco le había pasado desapercibido que Candy intentaba llegar a Max para hacer más o menos lo mismo. Y por último, había sentido un pie que parecía ascender hacia uno de sus muslos y que solo podía ser de Max, a menos que Garth fuera contorsionista.

—Hemos pedido tanta comida como para alimentar a un país del tercer mundo —dijo Max.

—Qué deprimente —observó Candy.

—No tanto. Nuestro país siempre está dispuesto a enviar comida a los sitios donde se necesita —dijo él siempre crédulo Garth.

Los tres se pusieron a discutir sobre el hambre y las distintas soluciones al problema, hasta que Blythe se puso a llorar.

—Es horrible —dijo—. Toda esa pobre gente…

—Blythe, por Dios, compórtate —dijo Candy, enfadada.

Max miró a Candy con cara de pocos amigos, pero siguieron cenando sin más contratiempos. Al cabo de un rato, cuando ya habían terminado de comer, Candy se levantó de la silla y dijo:

—Perdonadme un momento; voy al cuarto de baño. Blythe, ¿me acompañas?

—Sí, claro.

Al levantarse de su asiento, Garth tuvo que apartar la mano, y Max, el pie. Sin embargo, se sintió esperanzada. Candy le había pedido que la acompañara porque probablemente quería hablar con ella; con un poco de suerte, habría notado lo que sentía por Max y estaría dispuesta a renunciar a él.

Cuando entraron en el cuarto de baño, Blythe se miró en el espejo y vio la servilleta que se había puesto entre los senos.

—¿Qué diablos es esto? —se preguntó.

—Eso no importa ahora. Pero escúchame bien: voy a marcharme con Max a su casa y tú te irás con Garth a la nuestra. ¿Comprendido?

Capítulo 5

Candy se maldijo por haberse dejado intimidar por Candy hasta el punto de prometer que no volvería a salir con Max. Sin embargo, lo había prometido y ahora no creía tener más opción que ver cómo se marchaba con él sin poder hacer nada por evitarlo.

Insegura, pensó que todo estaba perdido. Estaba convencida de que ningún hombre podría resistirse a los encantos de su amiga, que por otra parte sería muy capaz de echar más sal a la herida por el procedimiento de pedirle que fuera dama de honor en su boda. Así, la humillación sería mayor. Pero sabía que nunca podría asistir a ese hipotético enlace; sospechaba que sería capaz de interrumpir la ceremonia al grito de:

—¡Es mío! ¡Yo me acosté antes con él!

Cuando regresaron a la mesa, los dos hombres estaban discutiendo por ver quién pagaba la cena. Candy dejó que concluyeran sus negociaciones y acto seguido comentó:

—Garth, ¿serías tan amable de acompañar a Blythe a casa? Yo tengo que hablar de ciertos asuntos con Max. Seguro que un columnista político está interesado por lo que le pueda contar una periodista de sucesos —declaró, guiándole un ojo a su amiga.

—Sí, seguro —dijo Blythe—. Vamos, Garth. Vámonos.

Max miró a Blythe con dureza.

—Todos estamos muy cansados. Creo que será mejor que nos marchemos a nuestras respectivas casas o alojamientos —alegó Max —. Además, supongo que Candy ya os ha contado que Bart nos ha pedido que trabajemos todo el fin de semana.

—Ah, lo había olvidado —dijo Candy, parpadeando de forma exagerada—. Pero no te preocupes, te prometo que estarás en el periódico a primera hora de la mañana.

—Muy bien. Vámonos, Garth —insistió Blythe.

Cuando Blythe subió al taxi con su acompañante obligado, vio que Max subía a otro taxi con Candy. En su opinión, eso solo podía significar que se había rendido a ella.

—Vaya situación. Ha sido bastante complicada —dijo Garth, pasándole un brazo por encima de los hombros.

Blythe lo miró con desaprobación y el retiró el brazo.

—Sí, desde luego.

—¿Por qué está tan empeñada en acostarse con ese tipo? Ni siquiera lo conoce. Esta mañana ha insinuado que le pidió que saliera con ella después de ver su fotografía. Eso es absurdo… ¿cómo puede saber si alguien le gusta por una simple fotografía?

—Una fotografía basta para saber que es atractivo. Y como no hay

muchos hombres como él, ha querido echarle el lazo. Candy es muy competitiva, ya lo sabes.

—Ya, pero es evidente que os gusta a las dos. ¿Por qué no renuncia a él? Además, ¿qué tiene de especial?

—¿Qué tiene de especial? Que es muy guapo, que es un gran conversador y que es un magnífico… columnista político.

Blythe había estado a punto de decir que era un magnífico amante, pero prefirió no hacerlo.

—¿Muy guapo? A mí me parece un hombre común y corriente.

—Es todo menos un hombre común y corriente. Es atento, generoso…

En ese momento, el taxista los interrumpió.

—¿Van a bajar de una vez o piensan seguir discutiendo?

Blythe y Garth extendieron un brazo para pagar, pero Garth se salió con la suya porque su brazo era más largo.

—No puedes saber cómo es realmente —observó Garth cuando salieron del coche—. Lo conociste ayer, hace veinticuatro horas. Y en cuanto a Candy, ni siquiera eso. En mi opinión, es el típico ligón que solo busca una cosa en las mujeres.

—Es verdad, lo conocí ayer. Pero sé, de algún modo, que no es de esa clase de hombres. De todas formas, ¿por qué te empeñas en criticarlo? Tú tampoco lo conoces.

—Pero soy psiquiatra y me precio de conocer a la gente.

—¿Ah, sí? —dijo con ironía—. Pues bien, no conoces a Max.

—¡Ni quiero conocerlo! —protestó.

—No es necesario. Simplemente, limítate a dejar de meterte con él. Y para tu información te diré que Candy es de la misma opinión que yo.

—Eso solo significa que las dos estáis equivocadas.

Cuando llegaron al piso veintitrés, Blythe sacó la llave para abrir la puerta del piso.

—De todas formas, ni el atractivo ni el carácter de una persona es lo más importante —dijo él—. También está la fiabilidad, la estabilidad, la seguridad financiera. ¿Y cuánto dinero crees que gana escribiendo artículos de prensa? Seguro que muy poco, a pesar de lo cual se empeñó en pagar la cuenta de la cena. Además, ya ha demostrado que no es de fiar.

—¿Qué quieres decir?

—Que dejó tirada a Candy. Había quedado con ella y sin embargo se acostó con la primera mujer que encontró. Contigo.

—¡Por Dios! Yo creí que él era… Bah, olvídalo —dijo, disgustada.

Aquel hombre la estaba volviendo loca.

—Ojalá pudiera, pero me temo que ya no puedo conseguir una habitación en un hotel. Los aeropuertos acaban de abrir otra vez y todos los hoteles están llenos. Si no te importa que pase la noche en el sofá, me marcharé mañana.

—No, quédate en mi habitación. Yo dormiré en el sofá.

—No digas tonterías…

—No digo tonterías. Sencillamente me comporto como una buena anfitriona. Solo dame unos minutos para sacar algo de ropa del armario y lavarme los dientes…

Cuando entraron en el piso, ella se dirigió directamente al dormitorio. Poco después, salió y añadió:

—Es muy posible que ya no esté en casa cuando despiertes mañana por la mañana.

—Muy bien.

Garth entró en el dormitorio y cerró de un portazo. Aquello la molestó tanto, que abrió la puerta y dijo:

—Ah, Candy se equivocó contigo. Esta mañana te gritó por no ser capaz de expresar tu enfado, pero acabas de demostrar que no estaba en lo cierto.

—Te aseguro que hay muchas cosas de mí que Candy no sabe —declaró él antes de volver a cerrar de un portazo.

Resultaba evidente que Garth sabía expresar sus emociones, aunque Blythe no sabía por qué estaba tan enfadado. Exhausta por la tensión, se dirigió al dormitorio de su amiga, tomó prestado el camisón menos sexy que pudo encontrar, se lo puso y se tumbó en el sofá, cubriéndose con una colcha.

En cuanto cerró los ojos, imaginó a Candy y a Max envueltos en un apasionado abrazo. Intentó borrar la imagen, pero treinta minutos después decidió que sería mejor que se preparara un chocolate caliente; en tales circunstancias, no conseguiría pegar ojo.

Se levantó, silenciosa como una gata, y se dirigió a la cocina. Justo cuando estaba preparando el chocolate, sonó el teléfono. Tardó unos segundos en contestar, y cuando quiso hacerlo, ya habían cortado. Pensó que tal vez había contestado Garth desde el dormitorio y esperó a que gritara su nombre, pero no lo hizo.

El día no podía haber salido peor. Y por si fuera poco, Candy todavía no había regresado a casa.

Cuando Max entró en la casa en compañía de Candy, maldijo a la empresa de mudanzas que debía llevarle sus pertenencias y que no lo había hecho. Pero maldijo todavía más, y por la razón contraria, al conocido centro comercial en cuyas páginas de Internet había

comprado un sofá de buen tamaño y una cama aún más grande.

Sin más muebles que un sofá de apariencia muy cómoda y una cama digna de reyes, parecía que el piso estuviera especialmente pensado para hacer el amor. Además, también habían llegado la ropa de cama y la alfombra del dormitorio.

—Vaya, cien por cien algodón —dijo Candy, que había pasado directamente a la habitación—. Sabanas negras, un edredón blanco y negro y hasta una alfombra de imitación de piel de cebra… Me encanta. Las rayas de las cebras me excitan muchísimo.

—Parece que te gusta la decoración —comentó el, por decir algo que no sonara en modo alguno provocativo.

—Sí te refieres a la decoración del piso donde vivo, es cosa de Blythe. No, decorar no me gusta especialmente. Sin embargo, siempre he tenido fantasías sexuales donde aparecen rayas de cebra.

—¿Te apetece un coñac? —preguntó el, dirigiéndose a la cocina—. Todavía no puedo ofrecerte un café, pero tengo coñac.

Max lamentó no haber comprado también un frasquito con píldoras de cianuro, pero ya era demasiado tarde. Sirvió coñac en dos copas y volvió al salón. Candy se había sentado en el sofá e indiscutiblemente tenía un aspecto que habría vuelto locos a muchos hombres; era imposible no fijarse en aquellas piernas interminables que terminaban en una falda asombrosamente corta.

Se sentó en el extremo opuesto del sofá, intentando establecer la mayor distancia posible y le dio su copa. Candy la aceptó con una sonrisa.

—Es un piso precioso. No imaginé que te hubieras comprado un piso en un edificio de los años treinta; supuse que habrías preferido algo más moderno.

—Me gustan las cosas viejas.

—Pero solo en lo relativo a los pisos, según veo. En cambio, te gustan las camas nuevas, los sofás nuevos, las mujeres nuevas…

—Y a ti te gusta trabajar en el *Telegraph*, ¿verdad?

—Lo adoro, sobre todo ahora.

—¿Es que tienes alguna gran historia entre manos?

—Es que tengo a un gran hombre entre manos.

Max intentaba derivar la conversación hacia cualquier tema que no pudiera ser interpretado en clave sexual, pero Candy se las arreglaba siempre para transformarlo en lo que quería. Una hora más tarde, tres copas de coñac y unos cuantos vasos de agua después, quedó bien claro que el alcohol no afectaba a aquella mujer y que debía de tener la vejiga de un búfelo, porque no había ido ni una sola vez al cuarto de baño. Ni siquiera había conseguido que lo dejara solo durante un

par de minutos para poder llamar por teléfono a quien pretendía llamar.

Visto lo visto, decidió que tendría que adoptar otra estrategia para librarse de ella y optó por el poder de la persuasión. Si hablaba de líquidos, igual provocaba una huida al servicio.

—Lo que más me gusta de vivir en un piso es no tener que trabajar en el jardín —dijo el—. Recuerdo que mi padre pasaba horas afuera, arreglando macizos de flores, instalando aspersores, en fin, esas cosas.

—Nosotros teníamos jardinero.

—A mi padre le habría encantado, y a mi madre también. A veces, el aspersor estaba conectado todo el día y ella se volvía loca con el ruido que hacía.

Candy rio a carcajadas y se las arregló para rozarle un brazo con uno de sus senos.

—Es extraño, porque se supone que el sonido del agua es tranquilizador —continuó el—. Ésa es la razón por la que la gente instala tantas fuentes, estanques, cataratas, con toda esa agua cayendo por todas partes…

De repente, Max recordó algo importante. No necesitaba que Candy saliera del salón. Acababa de notar que llevaba el teléfono móvil en el bolsillo, así que se excusó, se dirigió al cuarto de baño y marcó el número de su amigo Bart Klemp.

—¿Dígame?

—Bart, soy yo. Llámame dentro de un minuto a mi teléfono móvil. No preguntes… simplemente, llámame.

Salió del cuarto de baño y regresó con Candy. Un minuto después, exactamente, sonó el móvil.

—Oh, vaya… —dijo él.

—No contestes —ordenó ella.

Por supuesto, Max no hizo caso y contestó.

—Soy yo —dijo Bart—. ¿Se puede saber a qué viene esto?

—¡Mamá! Hola, mamá… ¿qué ocurre, por qué estás llorando? ¿Qué ha sucedido?

—Ah, ahora lo entiendo. Te lo advertí, Max. Te dije que se arrojaría sobre ti —dijo Bart.

—Oh, no… ¿crees que puede ser un ataque al corazón? —preguntó Max, volviéndose hacia Candy para asegurarse de que lo oía.

—Sin embargo, es una buena periodista. Incluso una ninfómana alocada puede ser una buena periodista. Bueno, en realidad no es ninfómana, pero…

—¿Cómo? Sí, por supuesto, iré inmediatamente…

—Le gustan los hombres, eso es todo. Necesita su atención.

Supongo que es una de esas cosas que se quedan grabadas en la infancia y que…

—No te preocupes, mamá. Tomaré el primer tren que salga.

—Eso, márchate tan lejos como puedas. Estarás más a salvo —se burló Bart.

Entonces, Max colgó.

—Era mi madre. Teme que mi padre haya sufrido un infarto —explicó.

—Oh, lo siento mucho…

—Tendremos que dar por terminada la velada. Tengo que subir al primer tren que salga.

—Sí, por supuesto, tu madre te necesita.

A pesar de lo que acababa de decir, Candy no se movió del sofá.

—Si quieres puedo llevarte a tu casa de camino a la estación de ferrocarril.

—No puedo ir a casa. No quiero molestar a Blythe y a Garth.

—Entonces, ¿adónde quieres que te lleve?

—Me quedaré aquí. Pero llámame por teléfono más tarde. Me gustaría saber cómo se encuentra tu padre.

Max pensó que había perdido la batalla. Derrotado, salió de la casa y en cuanto llegó a la calle sacó el teléfono móvil y marcó el número de Blythe. Lamentablemente, contestó Garth y Max colgó de inmediato.

Todo había salido mal. Había pensado que todavía podría pasar una larga noche de amor con Blythe, pero era evidente que se había equivocado.

Más decepcionado de lo que le habría gustado admitir, empezó a caminar hacia el sur. Sabía que el hotel Mayflower tenía habitaciones libres, así que se dirigió al establecimiento, reservó una habitación y se metió, solo, en la cama.

A las siete en punto de la mañana del sábado, Blythe ya se había sentado frente a la mesa de su cubículo del *Telegraph*. Estaba poniendo un poco de orden en sus cosas cuando distinguió la alargada sombra de Candy en la entrada. Su amiga llevaba un CD en la mano.

—Bart dice que eches un vistazo a esto y que lo corrijas.

Candy le dedicó una amplia sonrisa. La sonrisa de una mujer satisfecha.

—Sabes que no hace falta que traigas los textos de esa forma. Tenemos red interna y puedes pasármelos por ordenador.

—Sí, pero quería verte.

—¿Te has divertido con Max? —preguntó, intentando simular

desinterés.

—Oh, sí, ha sido maravilloso…

—Entonces, has pasado la noche en su cama…

Candy dudó un momento, pero contestó afirmativamente.

—En efecto. He pasado la noche en su cama.

—Felicidades —dijo Blythe, mientras introducía el CD en la unidad del ordenador.

Blythe se sintió deprimida, pero en ese instante apareció Bart, que preguntó:

—¿Alguien ha sabido algo del padre de Max?

—¿Cómo sabes lo del padre de Max? —preguntó Candy.

—¿Cómo sabes que conocemos a Max? —preguntó Blythe.

—Yo lo sé todo —sentenció Bart—. Los padres de Max son amigos míos y su madre me llamó. En cuanto a vosotras, he supuesto que seguramente ya os habríais enterado de lo de su infarto. De todas formas, solo quiero saber si Max va a venir a trabajar.

—No lo sé. No he hablado con él esta mañana —dijo Candy.

—Comprendo.

Blythe se estremeció. Aunque Max se hubiera acostado con Candy, lamentó que su padre hubiera sufrido un infarto. Era algo horrible.

Sin embargo, no tuvieron que esperar mucho tiempo para salir de dudas. Un par de segundos después, el propio Max apareció por detrás de Bart y preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Una pequeña fiesta?

—Aquí no cabe nadie más. Si queréis charlar, marchaos a otro sitio; yo tengo trabajo que hacer —declaró Blythe.

Todos se quedaron en silencio. Solo entonces, Blythe cayó en la cuenta de que no solo acababa de ser grosera con Max y con Candy, sino también con su jefe.

Los tres salieron al pasillo, pero se quedaron justo en la entrada y Blythe seguía viéndolos y, naturalmente, oyendo su conversación.

—¿Qué tal está tu padre? —preguntó Candy, tocando un brazo a Max.

—Si estás aquí y no en Jersey, es que está bien —dijo Bart.

—Ha sido una falsa alarma —explicó Max.

—¿En Jersey? ¿Es que has ido a Jersey y has vuelto? —preguntó Blythe, esperanzada.

—Sí, tuve que marcharme anoche, en cuanto llegué a casa —respondió Max, observándola con recriminación.

Blythe miró a su amiga. La había engañado. Le había hecho creer que se había acostado con Max cuando no lo había hecho. Eso significaba que no se había rendido a los encantos de Candy y que

todavía tenía alguna oportunidad con él, pero no explicaba por qué la miraba de aquél modo, como si estuviera enfadado con ella.

—¿Podríamos hablar a solas un momento? —preguntó Bart a Max.

—Sí, por supuesto.

Max se marchó con Bart. Pero no sin antes lanzar otra mirada furiosa a Blythe.

—Bueno, me estabas diciendo que tenemos una red interna y que… —comenzó a decir Candy.

—Me debes una explicación.

—¿Qué te ocurre? No tienes buen aspecto.

—Mi aspecto da igual. Solo quiero saber por qué me has engañado deliberadamente y me has hecho creer que has pasado una noche maravillosa con Max.

—Eso no es asunto tuyo.

—Eres amiga mía y no has sido sincera conmigo. Como ves, es asunto mío —declaró con firmeza.

—Me has preguntado sí he pasado la noche en su cama y te he dicho la verdad. En efecto. He pasado la noche en su cama.

—Sí, claro, pero porque él estaba en Nueva Jersey…

—Es verdad, pero sé que está interesado en mí. Esta noche será distinto.

—¿Esta noche? ¿Vas a salir con él esta noche?

—Sí. Él todavía no lo sabe, pero definitivamente saldré con él.

Blythe acababa de abrir el archivo en el ordenador, así que dijo:

—Candy, esta historia tuya es un desastre. Será mejor que te marches y me dejes a solas, a ver sí puedo hacer algo por arreglarla.

—¿Se puede saber qué te ocurre? Te estás comportando de una forma impropia en ti.

—Ten en cuenta que Garth ha pasado la noche en mi cama —respondió, devolviéndole la pelota—. Eso lo dice todo, ¿no te parece?

Capítulo 6

—Acabas de llegar y ya tienes problemas de faldas —dijo Bart en cuanto entraron en su despacho.

Max se sentó en una butaca, frente a la mesa. Le gustaba estar con Bart, siempre tan quisquilloso, y de inmediato se sintió aliviado de su frustración con las mujeres.

—Yo estaba pensando lo mismo. Nunca me había pasado tan deprisa.

—Has sido así desde niño. No sabes decir no.

—Me temo que lo he heredado de mi padre.

—Hablé con él.

—Espero que no hablarais de mí…

—Lo hicimos, pero solo te criticamos un poco.

—Ya. Supongo que dijisteis que no debería haber aceptado esa cita a ciegas con Candy, así no habría herido sus sentimientos; pero esa mujer no tiene sentimientos —declaró Max—. Tampoco debería haberme quedado encerrado en ese ascensor, aunque no sé cómo habría podido imaginar que se iba a producir un apagón. Y en tercer lugar, no debí ceder ante los encantos de Blythe… pero precisamente lo hice, en parte, por no herir sus sentimientos. Si la hubieras visto, sí la hubieras oído… lo entenderías. Era tan dulce, tan inocente…

—Sí, sí, claro.

Max se inclinó sobre la mesa y siguió hablando.

—Ciertamente, debí mandar a Candy al diablo. ¿Puedes imaginar cómo me siento? Me han rifado como si fuera un premio.

—No entiendo nada de nada.

—Ni lo intentes. Todo esto es muy deprimente.

—¿Quieres quedarte con Linda y conmigo hasta que pase la tormenta? Ahora que los chicos se han marchado, tenemos mucho sitio libre en la vieja casa de Riverdale.

—No, gracias, casi preferiría que te llevaras a Garth.

—¿Garth? ¿Quién es Garth? Ya sabes que cualquier amigo tuyo es bienvenido siempre, pero…

—Créeme, no es amigo mío —lo interrumpió—. Es el tipo que se supone que debía estar con Blythe, por decisión de Candy.

—Tal vez sería mejor que me contaras lo que está pasando. Dímelo de forma que pueda entenderlo.

Max lo hizo. Y por supuesto, tardó un buen rato.

Cuando terminó, Bart dijo:

—Tienes graves problemas. ¿Crees que podrás trabajar un poco con semejante panorama emocional?

Max se enderezó en la butaca.

—Sí, por supuesto que sí. El trabajo es mi prioridad. He estado investigando ese asunto del escándalo en el ayuntamiento y ahora solo falta que salga a la calle y hable con esos tipos. Pero antes de que dejemos el otro asunto… ¿Podrías hacerme un favor? ¿Por qué no pasas a Candy al turno de noche durante una temporada?

Max estaba deseando salir de aquélla situación. Quería ver a Blythe y hablar con ella. En el fondo de su corazón, sabía que no se había acostado con Garth y aún albergaba esperanzas.

—Sigues siendo un digno hijo de tu padre —comentó Bart—. Uno de estos días tendrías que hacer algo al respecto.

—Y bien, ¿puedes explicarte?

En cuanto descolgó el teléfono, Blythe reconoció la voz de Max.

—¿Por dónde quieres que empiece? —preguntó ella con el corazón acelerado.

—Por las diez en punto de la noche de ayer. Candy me ha dicho que Garth pasó la noche en tu cama, según le has contado.

—Ah, sí, es una pequeña broma de Candy.

—¿Una broma? No te entiendo.

—Verás, ella me dijo que había pasado la noche en tu cama.

—¿Y la creíste? Pero, ¿por quién me has tomado?

—En su momento, pensé lo mismo que tú pensaste de mí —declaró ella.

—Pero yo te llamé anoche por teléfono, en cuanto conseguí quitarme de encima a Candy.

—Ah…

—¡Y contestó Garth! De modo que es verdad que Garth estaba en tu casa y que tú estabas con él. ¿Qué querías que pensara cuando Candy me dijo que había dormido en tu cama?

—Lo comprendo, Max, pero todo es más fácil de lo que parece. Sencillamente, Garth se me adelantó y contestó al teléfono antes que yo.

—Lo que quiere decir que estaba en tu cama…

—Él estaba en mi cama, es verdad; pero yo, no. Dormí en el sofá.

Max permaneció en silencio durante unos segundos, al cabo de los cuales, dijo:

—De modo que durmió en tu cama…

—En efecto, justo lo que le dije a Candy para devolverle la pelota. Me dio a entender que se había acostado contigo y me lo creí; hasta que Bart llegó y preguntó por tu padre —explicó ella—. Por cierto, ¿es verdad que ha sufrido un amago de infarto?

—No, por supuesto que no. Solo era una excusa para librarme de

esa mujer, y Bart me ayudó —respondió—. Pero no has confiado en mí, Blythe…

—Claro que no. ¿Debo recordarte que acabamos de conocernos? En realidad no sé nada de ti.

—Sí que lo sabes.

—Bueno, sí, supongo que sé algo sobre ti, pero no precisamente lo que la gente suele saber de otras personas cuando se conocen —dijo, más animada.

—¿Y no te apetece conocerme un poco más?

—Yo… No puedo —respondió—. Hice una promesa.

—Olvida esa estúpida promesa. Si quieres verlo de ese modo, piensa que Candy ha tenido su oportunidad y que la ha desperdiciado. Además, yo no quiero salir con ella. Quiero salir contigo —le confesó con voz baja y sensual—. Bueno, en realidad no quiero salir exactamente… Lo que quiero hacer contigo es…

El pulso de Blythe se aceleró.

—Quiero desabrocharte la blusa con los dientes —continuó él—. Quiero introducir la cabeza entre tus preciosos senos y lamerlos mientras te quito el resto de la ropa y jugueteo con mi lengua. ¿No te resulta apetecible, Blythe? ¿Eres capaz de afirmar que no me deseas tanto como yo a ti? El jueves por la noche no estaba en buenas condiciones. Todo el asunto del ascensor, de las escaleras… pero puedo hacerlo mejor. ¿Quieres descubrir hasta qué punto es cierto? No me digas que no me deseas tanto como para arriesgarte a que tu amiga se enfade contigo.

Max acababa de acotar perfectamente el problema. En efecto, la pregunta era si estaba dispuesta a arriesgarse a molestar a Candy por hacer lo que deseaba. A fin de cuentas, acababa de conocer a Max.

—No es que no quiera, pero… no puedo.

—¿Por qué no? —preguntó, asombrado.

—Porque lo prometí.

—¿Por qué permites que te manipule de ese modo? ¿Es que te está extorsionando o algo así?

—No, no se trata de nada de eso. En el fondo, Candy es una mujer encantadora y no pretende manipularme. Pero las circunstancias se dieron como se dieron y yo le robé el amante, así que…

—Escúchame de una vez. Yo no soy un juguete que puedas regalar a tu amiga en su maldito cumpleaños. No le pertenezco, no me has robado. Todo eso es una verdadera estupidez.

Blythe sabía que Max tenía razón. Pero de todas formas, había hecho una promesa a Candy.

—Mira, será mejor que dejemos el asunto. Olvídalo y sal con

Candy esta noche —declaró.

—¿Y dejarte a solas con Garth? ¡Quiero a ese tipo fuera de tu casa! Si la empresa de mudanzas me hubiera traído los muebles, lo obligaría a alojarse conmigo. Además, ¿cuánto tiempo piensa quedarse aquí?

—Creo que la serie de conferencias termina el domingo. Pero el y yo…

—Espera un momento, alguien está llamando a la puerta. Puede que sean los de la mudanza.

Blythe esperó. Y segundos después, pudo oír una conversación. Definitivamente no era la empresa de mudanzas.

—Candy, qué sorpresa…

—He traído algo de comer. Y espera a ver el postre…

Max regresó al teléfono enseguida. Pero se limitó a decir, antes de colgar:

—Gracias por haberme concedido un poco de su tiempo, concejal. Hablaremos de nuevo esta tarde.

Blythe se quedó helada, y su humor empeoró unos minutos después cuando miró el correo y vio que había un mensaje electrónico de Candy con un archivo adjunto. Su amiga le pedía que corrigiera el texto. Era evidente que lo había enviado antes de salir hacia la casa de Max.

Al parecer, Candy siempre se salía con la suya. Blythe pensó que no era justo en absoluto y por fin reaccionó y decidió actuar.

Pero, antes, corregiría su texto.

Max se preguntó por qué no era capaz de decirle a Candy que no estaba interesado en ella y que en realidad quería estar con Blythe. Sin embargo, la respuesta era muy sencilla: Blythe le había hecho una promesa a su amiga y él no quería complicarle la vida.

Por fortuna para él, el técnico del cable decidió pasar por la casa y le proporcionó una excusa perfecta para mantenerse alejado de Candy. Como la empresa de mudanzas no había llevado todavía sus muebles, tampoco tenía televisión; pero decidió salir a comprar una con el argumento de que tenía que probar si el cable funcionaba.

Lo demás fue fácil: convenció al técnico para que se quedara un rato y tardara más de la cuenta y convenció a Candy para que permaneciera en la casa mientras tanto. Acto seguido, se marchó y se dirigió a una tienda bastante cara de Broadway para comprar una televisión más pequeña que la que estaba esperando. Al fin y al cabo quería comprar una para ponerla en el dormitorio.

Mientras pagaba la televisión con su tarjeta de crédito, llamó por teléfono a Bart para que le echara una mano. Por supuesto, su amigo

le ayudó; y cuando volvió a casa, Candy le dijo que la habían llamado del periódico y que tenía que marcharse.

—De modo que tienes que cubrir una noticia. Vaya…

—Volveré hacia las ocho, o tal vez antes —dijo Candy—. Puedes pasar a buscarme a la oficina. Después iremos a una fiesta de una amiga mía, y luego… ¿quién sabe?

—Tengo que hablar con un concejal en un local que está cerca de tu casa. Si quieres, puedo recogerte allí.

—¿Dónde está? ¿Dónde has quedado con él?

—En el hotel Mark —respondió, a sabiendas de que estaba cerca del piso de Blythe.

—¿De qué concejal se trata?

—Ah, eso no puedo decírtelo…

—¿Es el mismo concejal con el que estabas hablando cuando he llegado? —preguntó Candy.

—Sí.

—No recuerdo que quedarais a ninguna hora… Vuestra conversación me ha parecido algo vaga.

—Es que me ha llamado al móvil mientras estaba afuera, comprando la televisión.

—¿Y a qué hora habéis quedado exactamente?

—A las seis y media. Así que supongo que puedo estar en tu casa a las ocho en punto.

—Muy bien, como prefieras. Es posible que Garth haya convencido a Blythe para salir a cenar, o incluso que decidan quedarse en casa y divertirse un poco —declaró con una sonrisa maliciosa—. Por tanto, será mejor que me esperes en el portal.

—Claro —dijo él, entre dientes.

Ella se acercó para abrazarlo, pero él se apartó un poco y dijo:

—Recuerda tu noticia… Te esperan en Staten Island y no vas a llegar si no te das prisa.

Blythe salió de la redacción a las cinco en punto de la tarde. Cuando llegó a casa, se puso a limpiar, pero el teléfono la interrumpió en seguida. Deseaba que fuera Max. Sin embargo, era Sacha Halliday, una amiga suya y de Candy.

—¡Tengo grandes noticias!

—¿De qué se trata?

—¡He vendido mi libro!

—Vaya, Sacha, me alegro muchísimo por ti… —dijo con sinceridad.

—Como te puedes imaginar, estoy muy contenta. Pero te llamo porque esta noche voy a dar una fiesta para celebrarlo y me gustaría

que vinieras. También he llamado a Candy, aunque me ha dicho que no sabe si podrá asistir. Al parecer está saliendo con todo un hombre…

—Sí, bueno…

—Le he dicho que se lo traiga para que pueda conocerlo —dijo Sacha —, y me ha comentado que tú también estás saliendo con alguien y que tal vez tampoco puedas asistir.

Blythe estaba cada vez más enfadada con su amiga. Ahora ya no solo le quitaba los novios, sino que se atrevía a rechazar invitaciones en su nombre.

—No estoy saliendo con nadie. Candy está empeñada en que me acueste con un viejo amigo suyo y no deja de insistir aunque no me gusta —le informó—. Iré a tu fiesta, cómo no. Y lo haré sola.

—Magnífico. En tal caso, ven en cualquier momento a partir de las siete y media. Todavía no sé qué tendremos para comer, pero habrá bebida suficiente, te lo aseguro…

Blythe pasó la siguiente media hora preparando unos canelones para llevar a la fiesta; cuando terminó, se puso un vestido negro, metió la fuente con los canelones en una bolsa y añadió los frutos secos y las galletitas saladas que había comprado Max.

Acababa de salir del piso cuando se encontró con Garth.

—¿Te marchas? Candy me dijo que tal vez querías cenar conmigo esta noche…

—Lo siento, pero no puedo. Tengo que llevar esta comida a… a un velatorio —mintió—. A un velatorio irlandés.

—¿Un velatorio? —preguntó, sorprendido—. ¿Y quién ha muerto?

—Una hermana de mi madre adoptiva que vivía cerca de aquí, en Brooklyn. Es algo muy doloroso, pero la vida es así…

Garth insistió en acompañarla e incluso dijo que después del velatorio podían marcharse a cenar o a tomar una copa; pero ella se negó, le dedicó una sonrisa triste, como si estuviera muy apesadumbrada, y corrió en dirección a los ascensores.

La furgoneta de la empresa de mudanzas todavía no había llegado a las seis. Max estaba harto de esperar, pero poco después sonó el teléfono. Era Tiger Templeton, el encargado de la mudanza.

—Vaya, por fin llamas…

—Lo siento, Max. Una clienta de una tienda de antigüedades nos ha mantenido muy ocupados y todavía tengo que hacer unos cuantos viajes. Pero pasaré mañana por tu casa.

Max colgó y pensó que las antigüedades podían ofrecer posibilidades muy interesantes en lo tocante a Blythe. Se le ocurrían

muchas cosas que hacer con ella en sofás Victorianos y camas barrocas.

Sin embargo, en ese momento se contentaba con estar a solas con ella. Su plan consistía en presentarse en su casa antes de que llegara Garth, pero no funcionó. Cuando llegó y llamó a la puerta, se encontró cara a cara con el psiquiatra.

—Hola, Langston…

—Laughton —le corrigió—. Me alegro de verte… Se supone que había quedado a las ocho aquí, con Candy, pero he terminado antes de tiempo y he decidido venir, ¿está en casa?

—No. Pero si te ha dicho que estará a las ocho, seguro que cumple su palabra.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? Pensaba que ibas a salir a cenar con Blythe…

—Blythe se ha marchado a un velatorio. Por lo visto, se ha muerto un familiar suyo.

—¿En serio? —preguntó Max, sonriendo.

—Sí, la hermana de su madre adoptiva. No sé por qué te resulta tan gracioso… Blythe acaba de sufrir una terrible pérdida.

Max se puso muy serio.

—Sí, tienes razón, es verdad. Es que tengo tic nervioso… siempre sonrío en este tipo de situaciones. Pero, ¿dónde es el velatorio? ¿Sabes si estará fuera mucho tiempo?

—No lo sé. Solo me dijo que era en Brooklyn.

—¿En Brooklyn? ¿Dónde? Esta ciudad es peligrosa y no debería haberse marchado sola.

Garth lo miró de forma tan extraña, que Max tuvo que recordarse que, en realidad, Blythe era una desconocida para él. Solo habían pasado una noche juntos y sin embargo se comportaba como si la conociera de toda la vida.

—Bueno, ¿qué te parece sí nos sentamos y nos tomamos algo mientras esperas a Candy? ¿Te apetece un *whisky*? No sé si habrá… Y dime, ¿te estás acostando con Candy? ¿Las chicas ya se han puesto de acuerdo?

Max consideró cuidadosamente su pregunta. Podía decirle la verdad y confesarle sus sentimientos o seguir por el camino iniciado para no complicar la existencia a Blythe. Al final, eligió lo último.

—Sí, lo de Blythe fue un error. Ahora estoy saliendo con Candy.

—¿Y te acuestas con ella?

Max notó un tono extraño en la voz de Garth, pero pensó que sería envidia porque él se estaba acostando supuestamente con Candy y, en cambio, él seguía a dos velas.

—No, todavía no. Esas cosas llevan tiempo.

—Con Candy, no —dijo mientras le daba el *whisky* y se servía otro, con agua, para él.

—Desde luego, parece muy atrevida. Pero en el fondo solo es una mujer sentimental.

—Supongo que tienes razón. Y hablando del rey de Roma, por la puerta asoma…

Efectivamente, Candy apareció justo en ese momento.

—Vaya… ¿qué haces aquí, Max? ¿Y dónde está Blythe, vistiéndose?

—No, está en un velatorio.

—Al parecer se ha muerto una tía suya.

—¿Una tía? —preguntó Candy con incredulidad—. ¿De dónde os habéis sacado eso?

—Lo dijo ella —explicó Garth—. Nos encontramos y vi que llevaba comida en una bolsa.

—Bueno, pensaba que lo sabía todo sobre su pasado, pero por lo visto no es así —dijo Candy, frunciendo el ceño—. Entonces, ¿os ha dejado solos?

—Me temo que sí. Ni siquiera me pidió que la acompañara —respondió Garth.

—En tal caso, tendrás que venir con Max y conmigo a la fiesta de Sacha. Ha conseguido vender su libro y quiere restregárnoslo por la cara a todos los invitados. Podemos marcharnos enseguida, en cuanto me haya arreglado.

Max la observó mientras se alejaba hacia su dormitorio y pensó que tenía la habilidad de criticar siempre a todo el mundo. Después, echó un trago de *whisky* y notó que Garth también la miraba. Empezaba a pensar que albergaba sentimientos hacia ella.

Blythe estaba en mitad de una habitación llena de gente. Sacha había comprado bebida de sobra, pero estaba tan nerviosa por su éxito que se había olvidado de la comida, así que todo el mundo se arremolinó alrededor de los canelones, los frutos secos y las galletitas saladas. En cuanto comenzó a servirlos, se los quitaron de las manos.

—¿No tienes un bol más grande para servirlos? —le preguntó a Sacha.

—¿Qué dices? —preguntó su amiga.

Los ojos de Sacha brillaban, pero no era efecto del alcohol: era por la felicidad de su éxito.

Como su amiga no podía oírla entre las voces de los invitados, Blythe se dirigió a la cocina y localizó un bol de plástico. Estaba muy

contenta por Sacha. Su amiga siempre había andado mal de dinero y la venta de su libro la ayudaría a salir adelante. De hecho, era tan pobre, que el apartamento no era más grande que el dormitorio de Blythe.

Sin Candy, Blythe sabía que ella también habría estado condenada a vivir en un apartamento así. Sin embargo, le constaba que Sacha era feliz allí. Al menos podía hacer lo que quería y cuando quería, sin dar explicaciones a nadie.

Estaba pensando en las decisiones que había tomado y en los errores que había cometido cuando la puerta del apartamento se abrió de repente y aparecieron Candy, Max y Garth.

De inmediato, se sintió avergonzada. No solo había mentido miserablemente, sino que además lo había hecho con la excusa de un fallecimiento. Estaba atrapada y solo podía hacer dos cosas: confesar la verdad o esconderse.

Por supuesto, optó por lo segundo.

Capítulo 7

Blythe consideró las posibilidades. En un apartamento tan pequeño solo podía ocultarse manteniéndose detrás de algún hombre alto o escondiéndose tras el sofá de Sacha. Decidió que el sofá era la mejor opción y avanzó agachada hasta llegar a él.

—Hola, Candy…

—¡Sacha! Cuánto me alegro por ti…

—Gracias, Candy. Pero preséntame a tus amigos… Supongo que éste debe de ser Max —dijo Sacha, mirando a Garth.

—No, Max es el otro.

—Ah. Hola, Max, encantada de conocerte.

—Supongo que este debe de ser el día más feliz de tu vida —comentó Max.

—Yo también quiero felicitarte —intervino Garth—. Soy Garth Brandon, un viejo amigo de Candy.

—Gracias, Garth. Tengo entendido que Blythe y tú sois… por cierto, ¿dónde está Blythe? —preguntó Sacha, mirando a su alrededor.

—Se ha tenido que marchar a un velatorio —respondió Garth.

—¿A un velatorio? Oh, no… —dijo Sacha.

Blythe cerró los ojos con fuerza. Escondida detrás del sofá, parecía condenada a la humillación de que se descubriera la verdad. Su única esperanza era que alguien, tal vez un príncipe azul, viniera en su rescate.

Max se volvió hacia Sacha y la miró. No sabía sí era más amiga de Candy o de Blythe, pero su mirada era inteligente. Como escritora, pensó que sería una persona imaginativa y capaz de adivinar que las cosas no siempre eran lo que parecían. Por ejemplo, capaz de adivinar lo que él mismo había adivinado: que Blythe había mentido y que no se había marchado a ningún velatorio.

En cualquier caso, Sacha no dijo nada al respecto. Se limitó a preguntar:

—¿Y quién ha muerto? No sabía que tuviera familiares vivos.

—Al parecer, una tía suya de la que yo nunca había oído hablar —explicó Candy—. La hermana de su madre adoptiva, según creo.

—Sí también estaba invitada a la fiesta, supongo que te llamaría para decir que no podía venir… —dijo Garth.

—Blythe se quedó huérfana cuando solo era una niña. No podemos esperar que tenga tan buena educación como nosotros y que tenga ese tipo de detalles, Garth —dijo Candy.

—Oh, vamos —intervino Max, enfadado—. Si se ha muerto un

familiar suyo, es normal que olvidara llamar por teléfono para una cosa tan irrelevante. Discúlpame, Sacha, pero es la verdad. Estoy seguro de que Blythe te habría llamado en otras circunstancias.

—Sí, por supuesto —dijo Sacha, mirando a Max con ironía—. Es normal que no me haya llamado.

Ahora estaba claro que Sacha había adivinado lo sucedido y que había decidido echar una mano a Blythe. Dejaron el tema de conversación y la anfitriona les ofreció algo de beber. Candy se alejó para saludar a unos amigos y Garth se dirigió a la mesa donde habían servido la comida, así que Max pudo quedarse a solas e intentar localizar a Blythe. Sabía que estaba allí, en alguna parte.

Unos segundos más tarde, vio que la puerta del apartamento se abría y que Blythe desaparecía por ella, a gatas. Sonriendo, la siguió al exterior de la casa y la alcanzó cuando ya había pulsado el botón de llamada del ascensor.

Blythe se asustó al verlo.

—Oh, Dios mío… ¿qué estás haciendo aquí? Vuelve a la fiesta. ¿Qué pasará si Candy se da cuenta y sale a buscarte?

Max estuvo a punto de decirle que le importaba muy poco lo que Candy pensara. Pero decidió que había una forma mucho más interesante de decírselo: se inclinó sobre ella y la besó.

Al sentir el contacto de sus labios, los temores de Blythe desaparecieron de inmediato. Se dejó llevar sin dudarlo, apretando los senos contra su pecho y dejando que la acariciara la espalda. Estaban tan pegados el uno al otro que podía sentir su erección.

El ascensor llegó en ese momento, pero no dejaron de besarse. Entraron y siguieron acariciándose, impacientes. Todo lo demás había dejado de existir, así que ni siquiera se molestaron en alejarse de aquél lugar. Bien al contrario, pulsaron un botón cualquiera y empezaron a subir y a bajar durante varios minutos, hasta que Max preguntó:

—¿Por qué no pones punto y final a esta estúpida farsa?

El ascensor, que estaba en movimiento, se detuvo. Blythe no sabía en qué piso se encontraban. Solo sabía que no podían estar en el primero porque no habían bajado tanto.

Pero la situación se complicó cuando alguien abrió la puerta y se encontraron ante Candy y Garth.

Max reaccionó rápidamente.

—El velatorio ya ha terminado y Blythe ha conseguido llegar a tiempo —explicó mientras salían apresuradamente del ascensor—. Tienes suerte, Garth…

—¿Se puede saber qué diablos estabais haciendo en el maldito

ascensor? —preguntó Candy.

—He salido a la calle para llamar al concejal que te comenté, y mientras hablaba por teléfono, ha aparecido Blythe.

—Pero el ascensor estaba bajando, no subiendo… —observó Garth.

—Sí, es que nos hemos equivocado al pulsar el botón —dijo Blythe.

—Bueno, ¿qué os parece si disfrutamos de la fiesta ahora que estamos todos aquí? —preguntó Max—. Luego podemos marcharnos juntos.

—No quiero que nos marchemos juntos —dijo Candy.

—Pues tendrá que ser así. Me temo que esta noche tengo que escribir un artículo —dijo Max.

—Oh, venga…

—Lo lamento, pero ya sabes que tengo que ganarme una buena reputación en el *Telegraph*.

Candy entró en la casa de Sacha, muy enfadada, y Sacha siguió el juego a Blythe en cuanto la vio.

—Hola, Blythe —dijo en falso tono apesadumbrado—. Siento mucho lo de tu tía.

En cuanto se quedó a solas con Max, Blythe dijo:

—Te debo una.

—Desde luego que sí.

—En cuanto Candy tenga su oportunidad…

—Al diablo con Candy. Te necesito ahora.

Max aprovechó la primera ocasión para acercarse a Sacha. Quería agradecerle que les hubiera seguido el juego.

—Gracias, Sacha.

—De nada —dijo ella, divertida—. Pero espero que algún día me expliquéis qué ha pasado aquí. ¿Es algo que pueda escribir en un libro?

Candy y Garth estaban sentados en el sofá. La fiesta había terminado y hacía tiempo que habían regresado a casa, pero Blythe no podía estarse quieta. Iba de un lado a otro, deseando acostarse para poder soñar con Max.

—¿Cuándo es el entierro? —preguntó Garth.

—Ah, el entierro… Es mañana por la mañana —respondió.

—Siento mucho lo de tu tía —dijo Candy—. Espero que cuando las cosas se hayan tranquilizado un poco me cuentes quién era…

—Sí, sí, cuando se hayan tranquilizado un poco.

—Si el entierro es por la mañana, puedes acompañar a Garth a la fiesta de clausura. Te sentirás mejor.

—¿Qué fiesta de clausura?

—La que dan los organizadores del ciclo de conferencias —respondió Garth—. Candy me ha comentado que tal vez querías venir conmigo.

—Vaya, pues a mí no me había dicho nada —dijo Blythe, molesta.

—¿Ah, no? —preguntó Candy con desinterés—. Y dime, Garth, ¿es una fiesta de etiqueta?

—Sí, me temo que sí. Cada vez que me pongo un esmoquin, recuerdo la noche en que llevé a Sam Gilbreth a aquella fiesta del instituto.

—Ah, sí, fue una noche memorable…

—Era la chica más guapa del instituto, así que…

—No es verdad, no lo era —protestó Candy—. Era atractiva, es cierto, pero solo gustaba tanto a los chicos porque se lo hacía con cualquiera.

—¿Cómo es posible que sepas eso? Tú estabas en un curso inferior… —dijo Garth.

—Cuando pasas los días laborables con tu madre y su novio, y los fines de semana con tu padre y su amante, aprendes muy deprisa —respondió la mujer.

Candy y Garth siguieron discutiendo. El tema de conversación cambió y el comenzó a recriminarle el comportamiento que había tenido con aquel jugador de fútbol mientras ella hacía una descripción tan detallada como desagradable de la primera chica que Garth había llevado a su casa.

—Me alegro de haberte visto de nuevo. Me has dado la oportunidad de recordar cosas de ti que había olvidado —dijo Candy, enfadada—. Ahora me alegraré aún más cuando te vayas.

—Pues lamentó informarte de que no podré marcharme tan rápidamente como te gustaría. He cancelado mis citas para poder quedarme en Nueva York hasta el miércoles. Quiero hacer ciertas averiguaciones sobre el funcionamiento de los hospitales públicos de Nueva York —declaró Garth—. Pero no te preocupes, reservaré habitación en un hotel.

Blythe suspiró, aliviada.

—No, no hace falta que hagas eso —dijo Candy, suspirando—. Cuando estés aquí, yo me quedaré todo el rato en mi dormitorio. O me iré al piso de Max.

Aquello era lo que le faltaba. Para empeorarlo todo, ahora estaba en mitad del fuego cruzado de Candy y de Garth.

Tal vez fuera domingo, pero por culpa del apagón, parecía un día normal en el *Telegraph*.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Bart aquella mañana.

—Como esperábamos —respondió Max mientras se sentaba en una butaca del despacho de su jefe—. En el ayuntamiento se vive una especie de trama conspiratoria. Todo el mundo dice que va a contarme lo que pasa, pero en realidad solo quieren…

—No me refiero al ayuntamiento, sino al asunto de Candy, Garth y Blythe. Ya sabes, a vuestras relaciones cruzadas.

—Garth y Blythe no mantienen ninguna relación. Son sencillamente incompatibles.

—Sigo sin entender nada.

Max suspiró, frustrado.

—A ver si lo entiendes de una vez. Como Blythe le prometió a Candy que no volvería a salir conmigo, yo he terminado saliendo todas las noches con Candy y dejando a Blythe con Garth. El caso es que nadie me preguntó si yo estaba de acuerdo con ese arreglo; lo decidieron así, por su cuenta y riesgo.

Max se detuvo un instante antes de continuar.

—La verdad es que todo es muy confuso y que yo mismo no entiendo casi nada porque no tiene el menor sentido. Pero en cualquier caso, ayer decidí ir a la casa por sí podía hablar a solas con Blythe y…

—Te has enamorado de esa mujer —le interrumpió.

—Pero si apenas la conozco… Me gustaría conocerla, es verdad, pero eso es todo. Y también sé que no tengo ganas de conocer a Candy más a fondo —declaró.

—Es posible que no tengas elección.

—Por supuesto que tengo elección —dijo, enfadado.

Bart siguió hablando como si no le hubiera prestado la menor atención.

—Candy suele tener ese efecto en las personas. Hace más o menos lo mismo en el periódico. De hecho, su relación con Blythe es muy parecida a la que mantienen profesionalmente. Candy escribe las historias y Blythe las corrige y las convierte en algo mínimamente legible —explicó.

—¿Y se incluye su nombre en los artículos?

—No. Solo es la correctora.

—Eso no es justo.

—Pero es el funcionamiento habitual.

—Pues no ayuda en nada a la carrera de Blythe.

—Mira, yo tengo que dirigir un periódico. No soy responsable de lo que quiera hacer la gente.

—Ya, claro, pero en el fondo te sientes culpable. Te conozco —

aseguró Max—. Lo veo en tus ojos.

—Es cierto que sé que Blythe odia su trabajo y que se siente como si estuviera atrapada y sin futuro profesional. Pero su situación es aún peor porque permite que Candy la manipule.

—Bueno, es posible que Blythe no le dé tanta importancia a su trabajo como Candy…

—Te equivocas. Se lo toma muy en serio. Tal vez, más que Candy.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Blythe no está en una situación tan desahogada como Candy o como tú. Cuando está mal de dinero, está realmente mal de dinero. Y por si los motivos económicos no fueran suficientes, tiene dudas sobre su propia identidad —afirmó Bart—. Está buscando algo que la defina como persona, por así decirlo. La mayoría de nosotros no lo necesitamos porque lo aprendemos de pequeños, de nuestros padres. Pero ella se quedó huérfana.

—¿Insinúas que quiere buscar otro trabajo y que no se atreve a hacerlo? Entonces, tal vez sería adecuado que le echaras una mano y le ofrezcas un puesto mejor en el *Telegraph*.

—Espera un momento… —protestó.

—Piénsalo, hazme caso.

Bart quiso cambiar de conversación, así que preguntó:

—¿Todavía no te han llevado los muebles?

—No, todavía no.

—Te sentirás mejor cuando te los envíen.

—En este momento me importan un pimiento mis muebles.

Cuando salió del despacho de Bart, pensó que lo único que le importaba era hablar con Blythe. Sin embargo, no consiguió localizarla en su mesa. Y para complicar aún más las cosas, tampoco pudo hablar con Candy.

Tiger Templeton, el hombre de la empresa de mudanzas, llamó al cabo de un rato.

—¿Dónde diablos te habías metido? —preguntó Max.

—Lo siento, pero es que hemos perdido el tirador de un mueble antiguo de la clienta de la que te hablé.

—¿El tirador de un mueble? ¿Y a mí qué me cuentas?

—Que tendremos que ir a buscarlo. Es un mueble muy caro y nuestro seguro no lo cubre, así que…

—Déjate de historias. En tal caso, traed primero mis muebles y dejad al resto de vuestros clientes para más tarde.

—Bueno, creo que podremos pasar mañana por la tarde a última hora. O tal vez el martes.

—No me des falsas esperanzas. No sé sí mi corazón podría resistir

tantas emociones.

—¿Cómo?

—Olvídalo. Te veré cuando sea.

Max colgó y pensó que tendría que ir a una lavandería. Solo tenía una toalla en casa y no podía estar utilizándola eternamente sin lavarla.

El domingo por la mañana, Blythe pensó que con Candy y Garth cerca, nadie necesitaba niños. Cada vez que coincidían en una habitación, la situación se volvía insoportable; por eso se alegró cuando su compañera de piso se marchó a primera hora a cubrir una noticia en Central Park y Garth dejó de hacerle insinuaciones que nunca hacía si Candy no estaba delante.

Cuando Garth se marchó, no sin antes limpiar y prácticamente esterilizar el cuarto de baño después de usarlo, Blythe se sintió aliviada.

Llamó por teléfono a Bart y le pidió la mañana libre con la excusa del supuesto entierro, aunque en realidad dedicó esas horas a desarrollar su plan. Iba a costarle una fortuna, pero era una inversión de futuro.

A primera hora de la tarde, desde la redacción del periódico, llamó a Max. No estaba en su mesa, así que le dejó un mensaje en el contestador automático:

—Llámame. Tengo un plan.

Max regresó poco después al *Telegraph*. Se había pasado todo el día investigando el asunto del ayuntamiento, un caso de supuesto soborno a funcionarios públicos por parte de varias empresas inmobiliarias, y se alegró al oír el mensaje de Blythe.

Por supuesto, la llamó de inmediato.

—¿Y bien? ¿De qué se trata?

—De un asunto que estará preparado en diez minutos. Ahora te llamo y te lo cuento… Estoy corrigiendo un texto de Candy Jacobsen y no puedo hablar ahora.

—Está bien.

En cuanto Candy se marchó de su cubículo, Blythe llamó a Max.

—Max, tengo que contarte lo que he hecho…

Lamentablemente, esta vez fue él quien no pudo hablar porque nada más salir del cubículo de Blythe Candy había subido a ver a Max.

—Ahora te llamo. Tengo una cosa entre manos que no puedo dejar.

Blythe esperó y esperó. Sin embargo, todavía no la había llamado por teléfono cuando se marchó a casa a vestirse para asistir a la fiesta de Garth. Solo esperaba que la llamara antes de que Candy y su amigo

se presentaran.

Estaba al borde de un ataque de nervios. Lo de aquélla noche significaba mucho para ella.

Capítulo 8

Blythe ya se había vestido cuando Garth llegó a casa. Candy le había dado una llave, así que entró sin llamar justo cuando Blythe estaba sentada en el sofá, escribiéndole una nota a Max donde le explicaba el plan.

—Llevas un vestido precioso —dijo él, refiriéndose a su atrevido vestido rojo—. ¿Va con chaqueta?

—Sí, tiene una a juego. Si te vas a sentir más cómodo, me la pongo ahora mismo —bromeó.

A esas alturas, Blythe ya tenía una idea bastante aproximada de lo que estaba pasando. Garth nunca mostraba especial interés en ella si estaban a solas; únicamente lo hacía cuando Candy se encontraba cerca, y eso solo podía significar una cosa.

De todas formas, en ese momento tenía asuntos más importantes en los que pensar. Se levantó y se dirigió a la cocina para seguir escribiendo la nota a Max sin que Garth sospechara.

Garth se marchó entonces al dormitorio para ponerse el esmoquin, y desde allí le explicó:

—El discurso de esta noche va a estar muy bien. El doctor Donald Durwood va a hablar sobre el tratamiento de las psicosis. Es un especialista en la materia.

—Suena muy bien —mintió ella—. Espero que trate el asunto en profundidad…

—Oh, por supuesto que lo hará. Sus discursos nunca duran menos de una hora.

—Eso será después de la cena, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y luego habrá turno de preguntas?

—Supongo que sí. ¿Es que quieres preguntarle algo?

—Tal vez.

—Vaya, veo que te estás metiendo en el espíritu de la velada —dijo Garth, encantado.

Un segundo más tarde, sonó el interfono. Era Max.

—¿Quién es? —preguntó Garth desde el dormitorio.

—Max. Ha venido a recoger a Candy.

—Me pregunto dónde estará nuestra común amiga.

—Cubriendo una noticia, seguramente.

Cuando Max entró en la casa, se produjo una de esas situaciones que empezaban a ser habituales entre ellos. Por una u otra razón, todos se sentían decepcionados. Blythe y Max querían estar a solas, y en el fondo, Garth quería estar a solas con Candy. La velada no podía empezar peor.

—Candy no ha llegado todavía —explicó Blythe al recién llegado.

—En ese caso la esperaré afuera —dijo Max.

—No, por favor, pasa y sírvete algo… —replicó Blythe.

Blythe miró a Max con intensidad y le hizo un gesto que solo ellos dos pudieron ver. Como no podía hablar delante de Garth, necesitaba que pasara a la cocina para darle la nota que le había escrito.

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó Garth.

—Un *whisky*, pero me lo prepararé yo. Ya veo que os habéis vestido para la fiesta y no quiero que os manchéis —respondió, esperando que se mantuviera alejado de ellos.

—¿Sigues siendo adicto al *whisky*? —preguntó Garth mientras lo acompañaba a la cocina.

—No soy adicto a nada, Brandon.

—Bueno, pero a todo el mundo le gusta cambiar de vez en cuando —intervino Blythe—. Tenemos ginebra, bourbon… incluso crema de menta —terminó de decir colocando la botella sobre la nota, cosa que Max advirtió.

Max miró la botella con asco, pero solo se trataba de disimular y de acercarse a ella para que le diera la nota, así que dijo:

—La menta me parece bien.

—¿En serio? —preguntó Garth, sorprendido.

—Claro. ¿A quién no le gusta tomar una buena crema de menta en una noche de verano?

La idea de echar un trago de crema de menta le parecía repugnante, pero le dio la ocasión perfecta para acercarse a ella. Tomó la nota, y se la puso a modo de servilleta.

—Oh, voy a traerte una servilleta limpia…

—¿Eso era una servilleta? —preguntó Garth—. Me ha parecido un trozo de papel…

Después de ocultar la nota bajo la camisa, Max se volvió hacia Garth, alzó su copa de menta a modo de saludo y se la bebió de un trago. Garth lo miró con asombro, como pensando que había gustos para todo.

—Garth va a llevarme a la fiesta de ese ciclo de conferencias, en el hotel Carlyle —dijo Blythe, enfatizando la dirección—. Darán una cena y luego un discurso a cargo del doctor Damon Dunwoody, que hablará sobre los locos. Creo que el discurso empieza a las ocho y media exactamente, así que…

—Se llama Donald Durwood —corrigió Garth—. Y por Dios, no se te ocurra mencionar la palabra «loco» durante la cena. El doctor va a hablar sobre psicosis de adultos que…

—Está bien, está bien, no te preocupes.

En ese instante, Candy entró en la casa.

—Veo que ya estamos todos —dijo la recién llegada.

—Pero no por mucho tiempo. Será mejor que nos marchemos de una vez o llegaremos tarde —dijo Garth—. ¿Qué vais a hacer vosotros? ¿Dónde vas a llevar a Candy, Max?

—Iremos a Brother Jimmy a comer chuletas. A menos que prefiera perritos calientes, claro está —bromeó.

—Qué delicia —se burló Candy.

Blythe los miró con cansancio. Estaba agotada y muy tensa. Solo esperaba que Max leyera la nota y que le siguiera el juego.

En cuanto se sentaron en el restaurante, Max se excusó para ir al cuarto de baño. En realidad solo quería leer la nota de Blythe.

Lamentablemente, la base de la botella había dejado un círculo que había emborronado casi todo su contenido. Solo se podían leer unas cuantas palabras inconexas y dos series de números. Uno de ellos era evidentemente un número de teléfono, pero el otro no sabía qué podía ser. Tal vez, el número de una habitación. Tal vez, de una habitación en el hotel Carlyle, donde se llevaba a cabo el acto de Garth.

Recordó entonces lo que había dicho. Había enfatizado especialmente el nombre del hotel y la hora a la que debía empezar el discurso. Era obvio que debía de significar algo importante, pero en cualquier caso decidió llamar al hotel y preguntó por Blythe Padgett. El recepcionista le pasó con un número de habitación donde no contestó nadie, y Max dudó: era posible que la nota solo indicara que Garth ya no se alojaba en su casa y que se había marchado a ese hotel, o algo así.

Tras el fallido intento, llamó a Bart.

—¿Otra vez? No me digas que te has vuelto a meter en otro lío —dijo su amigo.

—Me temo que sí. Llámame a las ocho y cuarto.

—¿Qué pasa? ¿Tu padre va a sufrir otro infarto?

—No, esta vez será una llamada del concejal fantasma.

—Está bien…

Max volvió a la mesa con Candy, que estaba verdaderamente provocativa. Era tan bella, que se dijo que podía volver loco a cualquiera, pero el solo podía pensar en Blythe y en cómo le quedaba el vestido rojo que se había puesto para aquélla fiesta en el hotel. Estaba deseando volver a verla.

* * *

Garth y Blythe se sentaron en una mesa con siete personas más, todos ellos psicólogos, psiquiatras o cónyuges suyos. Cuando supieron que era huérfana, se mostraron muy interesados por su pasado. Blythe se sintió agradecida, aunque su mente estaba en otra parte.

—Sí, supongo que ser huérfana me dejó huella. Ni siquiera tuve una madre a quien poder pedirle prestada la ropa… pero mirad, van a servir el postre. Tiene un aspecto magnifico.

Acto seguido, se inclino hacia Garth y le preguntó en voz baja:

—¿Cuándo empieza el discurso?

Él sonrió.

—Qué curioso. No recuerdo haber estado con nadie que demostrara tanto entusiasmo por un discurso altamente técnico.

—Altamente técnico, ¿dices?

Blythe había tomado unas cuantas copas y empezaba a soltarse y a comportarse de forma más atrevida, así que lo preguntó con evidente ironía.

—Ya veo que estás deseando oírlo…

—Bueno, sí es demasiado técnico… Pero corre, tómate el postre antes de que empiece.

Los camareros empezaron a pasar por las mesas con jarras de plata que estaban llenas de café. El momento crucial se aproximaba.

—¿A qué viene tanta prisa? Podemos seguir comiendo durante el discurso —observó.

Blythe deseó estrangular a Garth, pero no podía hacerlo porque eso habría estropeado sus planes. Cuando uno de los camareros se acercó, le preguntó:

—¿No tienen descafeinado?

—Puedo traer uno si quiere.

—Se lo agradecería.

—Supongo que han pensado que necesitaremos una importante dosis de cafeína para aguantar el discurso de Don —comentó un psiquiatra a su lado, con ironía.

Blythe sonrió.

—Si me perdonáis un momento, me gustaría ir al cuarto de baño antes de que empiece a hablar.

Acababa de levantarse de la silla cuando una persona se acercó al escenario para anunciar el discurso, así que se dirigió a toda prisa hacia el ascensor y subió a la habitación que había reservado. Una vez allí, abrió la puerta y buscó una de las dos cosas que necesitaba para su plan. En realidad tenía las dos, por si Max no estaba preparado.

Pero si Max no aparecía, no tendría más remedio que darse una ducha de agua fría antes de volver con Garth.

Max miró la hora. Eran las ocho y veinte pasadas y Bart todavía no había llamado. A esas alturas de la noche casi empezaba a desear volver a Chicago, porque llevaba un buen rato con Candy y ya no sabía qué hacer para quitársela de encima. Ella le había dado un mordisco en el cuello con tanta fuerza que le había dejado marca.

—Si me das la oportunidad, te demostraré lo sumamente servicial que puedo llegar a ser —comentó ella con voz de gata en celo.

—Candy, compórtate…

—Ni te imaginas lo encantadora que soy. Voy a hacerte…

El teléfono móvil sonó en ese momento. Max se sintió tan aliviado, que alzó la voz en exceso al contestar.

—¡Hola! ¿Se puede saber dónde rayos te habías metido?

—Lo siento, acaba de llamar la madre de Linda. Esa mujer es terriblemente pesada. Empieza a contar una historia y…

—Comprendo, comprendo —dijo Max—. ¿Y no podría ser otra noche? ¿Tiene que ser precisamente ahora? Estoy ocupado en este momento…

—Oh, sí, seguro que lo estás. Max, te pasas la vida metido en líos. Pero venga, diviértete un rato con tus cosas. Linda me ha regañado porque dice que trato a su madre de forma cortante.

—Así que tiene que ser esta noche… —repitió Max, frunciendo el ceño para resultar más creíble ante Candy.

—Iré contigo —dijo ella, a su lado.

—Espera un momento —dijo Max—. ¿Qué has dicho, Candy?

—He dicho que te acompañaré a esa reunión con el concejal. Porque supongo que se trata de el…

—No puede ser, Candy. Es un asunto muy delicado. Se trata de la información que estaba esperando para…

—Te acompañaré —insistió.

—No, eso no es posible —declaró, seco.

—Intenta detenerme.

Max la miró y Candy lo miró a él. Estaba decidida a hacerlo, así que decidió cambiar de estrategia.

—La señorita con la que estoy quiere acompañarme. ¿Te importa que lo haga? Estoy seguro de que será discreta…

—¿Qué debo contestar? ¿No? —preguntó Bart.

—Bueno, sí, es periodista, pero…

—Entonces, la respuesta es no —dijo Bart.

Max se lo dijo a Candy, que comentó:

—Dile que soy reportera de sucesos, no columnista política.

Max repitió las palabras de Candy y Bart siguió con el juego:

—Dile que no es posible. Y date prisa. Linda quiere insultarme un

poco más.

Cuando terminaron de hablar, Max le explicó a Candy lo que supuestamente había sucedido.

—Dice que no puede ser, que no quiere más periodistas. Compréndelo, esta podría ser mi gran oportunidad… Tú harías lo mismo de encontrarte en mi caso. ¿O renunciarías a una historia que podría hacerte famosa e incluso hacerte ganar un premio?

Candy lo miró con ojos brillantes. Empezaba a convencerla.

—No serás capaz de robarme esta oportunidad, ¿verdad? —continuó él.

—No, por supuesto que no —declaró—. Pero te acompañaré de todas formas al lugar donde vayas a reunirte con él. Dime dónde quieres que te espere y te esperaré.

Max pensó con rapidez. No tenía tiempo de buscar una solución alternativa y de llevarla al hotel Mark, por ejemplo, antes de marcharse al Carlyle. Solo había una solución, así que cruzó los dedos para que Garth y Blythe estuvieran en el salón de actos y no se encontraran con ellos.

—En el hotel Carlyle.

—¿El Carlyle? Garth y Blythe están allí…

—En tal caso es posible que los veas.

Cuando llegaron al hotel, Max se libró de Candy y se dirigió al teléfono de recepción. Una vez allí, marcó el número de la nota de Blythe. Ésta contestó enseguida.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿De qué va todo esto?

Blythe le dijo que subiera a una habitación y Max lo hizo. Al entrar, descubrió que ella lo estaba esperando en una cama de tamaño gigantesco, con el vestido de satén rojo y un antifaz que le tapaba los ojos.

—¿Por qué llevas un antifaz?

—La llevo para no verte. Prometí que no saldría contigo, y si no te veo, será como sí no rompiera la promesa.

—Bueno, sí eso te sirve…

La televisión estaba encendida. Parecía un circuito interno, y en ese momento estaba hablando un tipejo sobre asuntos psicológicos.

—La apagaré —dijo él.

—No, no lo hagas. Tengo que oírla.

—¿Por qué? —preguntó, extrañado.

—Porque tengo que volver al salón de actos a tiempo de hacer una pregunta interesante al doctor Durwood. Garth cree que estoy en el cuarto de baño.

—Se me ocurre una pregunta que podrías hacerle —dijo él,

sonriendo.

—¿Una pregunta? ¿Cuál?

—¿Qué me das si te lo digo?

Blythe llevó las manos a donde suponía que se encontraban los hombros de Max y acto seguido le acarició la cara.

—Te lo daría todo —respondió ella—. Todo lo que pueda darte en el tiempo que tenemos.

Capítulo 9

—No puedo creer que estemos aquí, juntos.

Max la besó y se tumbó junto a ella.

—Tal vez deberíamos quitarte el vestido. No me gustaría que se arrugara —continuó él.

—No me importa.

—Pero a mí sí. Te has tomado muchas molestias.

Blythe pensó que tenía razón. Después, tenía que volver con Garth y no era muy conveniente que apareciera con un vestido completamente arrugado.

Max le quitó el vestido lentamente y lo dejó en el suelo, doblado. Después, volvió a besarla y la atrajo hacia sí con fuerza. Su piel estaba caliente cuando terminó de desnudarla y comenzó a lamer sus senos lentamente, tomándose todo el tiempo del mundo, jugueteando con ella, excitado.

Aquello era un sueño hecho realidad. Y el detalle de que llevara puesto el antifaz le resultó aún más erótico.

De repente, Blythe se apartó y se sentó en la cama, sobresaltada.

—¿Qué pasa? —preguntó el.

—¿Qué acaba de decir ese tipo?

—¿El individuo del discurso?

—Sí. Ha dicho algo sobre la excentricidad que…

Max la empujó y la tumbó otra vez en la cama.

—Oh, venga, olvídalo. Estoy harto de competir por ti. No quiero tener que hacerlo, también, con un conferenciante.

Ella rio y se dejó llevar.

—Nadie puede competir contigo.

Max descendió hacia su sexo y lo lamió. Ella se arqueó mientras él la devoraba, tan excitada que apenas podía contenerse.

—Ahora, hagámoslo ahora, no tenemos tiempo… —rogó ella.

—No he traído preservativos. Era demasiado peligroso. Con Candy tan cerca… —intentó explicar.

—Lo sé. Ya lo había imaginado, así que he traído una caja.

Candy se incorporó un momento y recogió a tientas el paquete que había dejado en la mesita de noche.

—Me apetece ponerte el preservativo yo misma, pero con el antifaz… Tendrás que hacerlo tú.

Max obedeció rápidamente su orden y la penetró. Ahora estaba donde quería estar, donde los dos querían que estuviese, y se arrojaron al simple y viejo acto de hacer el amor, en una batalla que ambos ganarían.

Poco tiempo después, ella le clavó las uñas en la espalda y dejó

escapar un grito de puro placer. Luego, el alcanzó el orgasmo y ella lo abrazó con fuerza, todavía moviéndose, todavía agitada por los espasmos.

La intensidad de sus sentimientos la asustaba. Los minutos que había pasado con Max habían sido mágicos, y ahora ya sabía que todas las noches con él lo serían. Ya no podía resignarse a mantener una relación de encuentros rápidos, sin saber nunca cuándo podrían verse, cuándo sería conveniente. No podía sacrificar algo tan bello por una cuestión tan intrascendente y superficial como su particular concepto de los buenos modales. Aunque le hubiera prometido a Candy que no saldría con él, quería hacerlo.

En ese momento, oyó que los invitados a la fiesta aplaudían y se levantó a toda prisa de la cama.

—Debo marcharme —dijo con voz temblorosa.

—Uno de estos días me vas a provocar un ataque al corazón.

—Lo siento, pero es importante que baje y que haga esa pregunta.

—No puedes marcharte así, ahora…

—Tengo que hacerlo. Créeme, tengo que hacerlo —repitió.

Blythe corrió a ponerse de nuevo las medias y el vestido, y acto seguido recogió los zapatos.

—¿Hay alguna posibilidad de que vuelvas a la habitación esta noche? —preguntó él mientras le subía la cremallera del vestido.

—Lo intentaré. Tengo dos llaves, así que quédate con una.

Max miró la llave y se la guardó en los pantalones.

—Está bien, como quieras.

—No te enfades, Max. Y ahora, si no te importa, será mejor que bajemos por separado. Solo por si acaso…

—De acuerdo. Entonces, yo bajaré primero.

—Pero el doctor ya ha empezado con el turno de preguntas…

—Da igual. Tengo que bajar porque Candy me está esperando en el vestíbulo del hotel.

—¿En el vestíbulo? ¿Ha estado allí todo el tiempo mientras nosotros…? —preguntó, todavía con el antifaz puesto.

—Insistió en venir. Por cierto, sí alguien te pregunta, eres un concejal del ayuntamiento.

—Vaya, tan joven y ya me has convertido en alto funcionario. Está bien, vete ya…

Max le dio un último y desesperado beso.

—Eres una mujer fabulosa.

Max salió de la habitación a toda prisa y bajó al vestíbulo. Candy estaba sentada en un sofá, leyendo una revista. En cuanto la localizó,

la tomó del brazo y la obligó a levantarse.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó ella mientras la sacaba del hotel Carlyle.

—Que tengo que escribir un artículo —respondió sin aliento.

Mientras salía, pudo ver que una mujer de vestido rojo se dirigía rápidamente a la sala de actos del hotel. De inmediato, se preguntó si podría volver más tarde a la habitación que habían compartido y si volverían a repetir la maravillosa experiencia.

—Desde luego, has tardado mucho tiempo. Supongo que el concejal te habrá dado información muy jugosa —comentó Candy—. Y hablando de cuestiones jugosas…

Max gimió. En boca de Candy, esa palabra no significaba nada para él. Pero en relación con Blythe, era toda una promesa. Solo esperaba que la noche le deparara una segunda oportunidad.

Blythe entró en el salón de actos y se sentó en la primera silla vacía que encontró. Por suerte para ella, el doctor Durwood seguía con el turno de preguntas y en ese momento estaba respondiendo a uno de los invitados. También vio que Garth la buscaba con la mirada, pero no la vio.

Cuando Durwood terminó de hablar, levantó la mano.

—Sí, la señorita del fondo, la que está vestida de rojo…

Uno de los encargados del acto se acercó a ella y le dio un micrófono.

—Doctor Durwood, ¿existe la adicción sexual, como popularmente se cree? Y en caso positivo, ¿la incluye en su lista de psicosis de adultos?

—Sí, por supuesto que existe. Pero no la incluiría entre las psicosis —respondió, entre las risas de los asistentes—. Esa expresión se ha vuelto muy conocida últimamente…

Blythe dejó de prestar atención al doctor. Ya había preguntado lo que quería preguntar, aunque estaba segura de no ser una adicta al sexo, sino más bien a Max.

Por supuesto, Garth ya la había visto. En cuanto llegó a la mesa donde estaba sentado, le preguntó:

—¿Dónde te habías metido?

—Estaba aquí en la sala, al fondo. Cuando empezó a hablar el doctor, no quise molestar y me senté allí.

—Pues es evidente que has seguido su discurso con suma atención, porque tú pregunta ha sido muy provocativa.

—Solo me he perdido el principio —mintió.

—Impresionante, ¿no te parece? Ese hombre es un adelantado a su

tiempo.

—Bueno, que haya seguido el discurso no quiere decir que lo haya entendido completamente.

—Yo tampoco, no te preocupes —sonrió.

Blythe notó que en la respuesta de Garth había algo diferente. Una simpatía hacia ella, tal vez, que no había demostrado antes.

Recordó entonces sus discusiones con Candy y de repente supo que había encontrado la respuesta al problema que tanta infelicidad les provocaba a los cuatro.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Claro, vamos al bar y tomaremos algo.

Se sentaron en una pequeña mesa, en la esquina del local, y los dos pidieron agua mineral.

—Blythe…

—¿Qué?

—Cuando le has hecho esa pregunta al doctor, ¿estabas pensando en Candy? —preguntó.

—No —respondió sin dudarlo.

—¿No crees que pueda ser adicta al sexo?

—No, no lo creo. Es muy provocativa y utiliza el sexo para llamar la atención, pero nada más.

—Sí, siempre ha necesitado llamar la atención de los hombres.

—Todas lo necesitamos.

—Pero no tanto como ella. Lo necesita constantemente, y de todo tipo de hombres.

—Es posible que sea cierto. Y hasta es posible que se deba a que nunca pasó más de cinco minutos en compañía de su padre —declaró ella.

Garth sonrió.

—Vaya, empiezas a hablar como un psiquiatra.

—No, es simple sentido común. Candy es un libro abierto.

—Ojalá lo fuera. Pero, ¿de qué querías hablar conmigo?

—De nosotros.

—No hay ningún nosotros, Blythe, ¿verdad?

—No —dijo ella, dándole un golpecito cariñoso en una mano.

—Sin embargo, Candy sabía lo que hacía cuando se empeñó en presentarnos. Tú y yo nos parecemos mucho.

—Es verdad, y eso me despierta una duda… no pareces ser una persona que esté acostumbrada a acostarse con mujeres nada más conocerlas. Entonces, ¿por qué aceptaste la propuesta de Candy?

Para sorpresa de Blythe, Garth se ruborizó y apartó la mirada.

—Bueno, la verdad es que pensé que Candy estaba hablando de sí

misma cuando me dijo que tenía una amiga con un problema. La conozco desde que tenía cuatro años y deseo acostarme con ella desde la adolescencia, así que pensé que por fin…

—Oh, Garth. Debí adivinarlo antes.

—¿Es que ya lo habías adivinado?

Ella sonrió.

—Cómo no. Todas las insinuaciones que me haces son solo para despertar los celos de Candy, ¿verdad? Me di cuenta porque solo actúas de ese modo cuando ella está delante.

—Sí, tal vez lo hago por ponerla celosa —respondió—. Pero en cualquiera de los casos, tenemos que hacer algo para impedir que Candy nos siga manipulando a todos.

Blythe rio.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Además, me siento mejor al saber que no soy la única que conoce sus defectos y que a pesar de ello la quiere. Siempre ha sido tan buena conmigo…

—Lo sé, lo sé. Todo el mundo me despreciaba cuando yo era pequeño, y la rubita Candy Jacobsen, el espíritu de la fiesta, se empeñó en cuidar de mí y en lograr que me aceptaran.

—¿En serio?

—En serio. Creo que me adoptó como si fuera un gato perdido. Y entonces solo tenía cuatro años.

—Pues no ha cambiado, porque hizo lo mismo conmigo… Oh, Dios mío, ahora lo entiendo —dijo, súbitamente sorprendida—. Claro. Cuidó de ti como si fueras un animal perdido. Después, hizo lo mismo en mi caso… ¿no sería posible que esté repitiendo la operación con Max? Es un recién llegado y se encuentra fuera de lugar, así que…

—Podría ser, desde luego —dijo él, en voz baja—. Pero aunque sea psiquiatra, hay cosas que nunca se pueden saber.

—Bueno, me alegra que hayamos hablado. Sé que a partir de ahora seremos buenos amigos.

Él sonrió.

—Por supuesto que sí. Y dado que ya somos amigos, ¿te importa que te diga que llevas la chaqueta mal abotonada?

Blythe bajó la mirada y se ruborizó. Efectivamente, la chaquetilla que llevaba sobre el vestido estaba mal abotonada. Y por la sonrisa maliciosa de Garth, era evidente que había adivinado lo sucedido.

—Gracias, Garth.

—Gracias a ti, Blythe.

—¿No has pensado en la posibilidad de que, en el fondo, Candy te invitara a venir pensando en ella y no en mí? Incluso es posible que persiga a Max solo para demostrar que es una mujer deseable y no una

niña de cuatro años —comentó.

—Quién sabe. Sí, podría ser… —dijo, mientras pagaba la cuenta del agua mineral—. En fin, sí quieres puedo reservar una habitación en este mismo hotel para no tener que molestarte más en tu casa.

—No, por favor… Querías estar cerca de Candy y lo comprendo. No reserves ninguna habitación; seré yo quien se quede. Vuelve al piso cuando quieras. Con un poco de suerte, ella volverá pronto y podrás hablar en serio.

Max no volvió a la habitación del hotel aquélla noche. Sin embargo, Blythe sabía que su ausencia no se debía a que se hubiera rendido a los encantos de su amiga, así que se durmió. Y fue el sueño más largo, profundo y reparador que había tenido en muchos días.

Capítulo 10

Max estaba trabajando en el sofá con su ordenador portátil mientras Candy dormía plácidamente en el dormitorio. Ella se había negado en redondo a volver a su casa y había insistido en que esperaría a que terminara de escribir el artículo.

En realidad, la historia del artículo era parcialmente cierta. En efecto, estaba escribiendo una columna sobre el posible caso de corrupción en el ayuntamiento, basándose en las declaraciones telefónicas de algunos concejales; no incluía ningún dato definitivo, pero ciertamente provocaba algunas preguntas interesantes.

Cuando terminó, escribió otro artículo con un seudónimo y finalmente se divirtió escribiendo una carta al director falsa en la que llamaba arrogante y estúpido al nuevo columnista político del periódico.

Por último, comenzó a escribir un relato sobre un hombre y una mujer que querían estar juntos y que no lo conseguían.

A las cuatro de la madrugada, estaba agotado. Candy había encendido la televisión para ver una película, y sabía que se había quedado dormida porque podía oír lo que parecía ser un documental sobre la II Guerra Mundial.

Convencido de que su problema había desaparecido, apoyó la cabeza en el sofá y cerró los ojos.

—Me voy a casa.

Max se sobresaltó. Candy estaba a su lado, leyendo el relato que había estado escribiendo.

—Es un simple boceto —se excusó él.

—La historia es bastante estúpida.

Max la miró y comprobó que, por primera vez, su mirada ya no contenía el habitual brillo de depredador. Solo era una mujer muy hermosa que estaba enfadada con él.

—Lo siento, Candy. Sé que me he portado mal contigo. Te llevaré a casa… todavía es de noche, aunque no creo que falte mucho para el amanecer.

—¿El amanecer? Amaneció hace un buen rato. Son las ocho de la mañana, pero no te has dado cuenta porque tienes las persianas bajadas. Ah, y en cuanto a ese relato… he captado la indirecta. Nunca pensé que llegaría el día en que Blythe compitiera conmigo por dos hombres y me ganara en ambos casos —declaró.

Max estuvo a punto de mentir y de afirmar que solo era un relato, pero no quiso hacerlo. Dejó que se marchara, tomó su móvil y marcó el número de teléfono de la habitación del hotel.

Por desgracia, en recepción le dijeron que Blythe ya se había

marchado. Y cuando llamó al *Telegraph* para probar suerte, descubrió que, sorprendentemente, ya estaba allí.

—¿Estás sola? —preguntó el.

—Sí, y debería gustarme… pero me pone nerviosa. Siempre hay tanta gente, que me siento rara.

Max sonrió.

—Siento no haber ido al hotel. No pude quitarme de encima a Candy… me puse a escribir mientras ella dormía y al final yo también me quedé dormido —explicó—. Espero que no te hayas enfadado.

—No, solo me siento frustrada y culpable.

—No hay razón alguna para sentirse culpables.

—Lo sé, pero eso no cambia mis sentimientos.

—¿Podemos vernos y hablar?

—Me sentiré más culpable todavía…

—Te prometo que solo quiero hablar contigo.

—Ya. Una promesa. Como la que yo le hice a Candy.

—Algo así —admitió.

—¿No podemos hablar ahora, por teléfono?

—Preferiría tomarte de la mano mientras hablamos.

—Bueno, pues haz como si me estuvieras tocando y cuéntame lo que quieras contarme.

—Está bien, como quieras. ¿Te importa que salga a comprar café mientras hablamos? En la casa no queda.

—Adelante…

Max estaba sin afeitar y ni siquiera se había cambiado de ropa, pero no le importó en absoluto. Siguieron charlando por teléfono, y cuando regresó a casa con un paquete enorme de café, ella dejó de hablar de las cosas intrascendentes de las que habían estado hablando y dijo, de repente y sin aviso:

—Tenemos que hacer algo para que Candy me libere de mi promesa.

—Tal vez podría teñirme el pelo de naranja y empezar a ir al trabajo con vaqueros viejos —bromeó.

—Incluso así estarías irresistible. No, ya en serio… Debemos conseguir que Candy y Garth terminen juntos. Estuve hablando anoche con él y averigüé unas cuantas cosas interesantes.

Blythe le contó todo. Cuando terminó, el dijo:

—Eres genial…

—Hablaré con Candy y dejaré caer que Garth está interesado en ella, no en mí. ¿Podrías hablar con él?

—Supongo que sí. Tú encárgate de sacar a Candy del piso con alguna excusa y yo iré a hablar con el de hombre a hombre.

—Perfecto —dijo, cambiando totalmente de voz, como si acabara de acercarse alguien a su mesa—. En ese caso, terminaré de corregir estas galeradas y me pondré manos a la obra. Puedes contar conmigo.

Max supuso que aquello era un sí. Y también supuso que la persona que se había acercado a su mesa era Candy.

Blythe colgó el teléfono y miró a su amiga. Había algo diferente en ella, aunque no supo qué.

—¿Quieres que te ayude a corregir algún texto?

—No. Quiero información.

—¿Información?

—Sí, me temo que me he comportado de forma estúpida —confesó Candy—. Fui a casa, noté que no habías dormido en el sofá y automáticamente pensé que estarías en tu dormitorio con Garth. Así que no se me ha ocurrido otra cosa que entrar, toda enfadada… Y allí estaba él, solo, medio desnudo y saliendo de la ducha.

—Menuda situación.

—Sí, menuda situación. Pero bueno, quiero saber si te has acostado con él.

—No —dijo.

—Ah…

—Te seré totalmente sincera —añadió Blythe para tranquilizarla—. Garth no quiere acostarse conmigo.

—Tonterías…

—Es verdad. ¿Nunca te has planteado la posibilidad de que Garth esté enamorado de ti? ¿No has pensado por qué se aloja realmente en nuestro piso en lugar de reservar una habitación en el hotel? En realidad solo quiere estar cerca de ti.

Candy la miró boquiabierta. Blythe nunca la había visto tan insegura.

—No digas estupideces. Me conoce desde siempre y nunca me ha hecho la menor insinuación…

—Tal vez tuviera miedo de no ser suficiente para ti, o tal vez te tenga miedo directamente —dijo.

—¿Miedo de mí? Pero sí soy un encanto, una simple gatita…

—Siento tener que decirte que no eres precisamente una gatita. Más bien, una leona.

—Bueno, bueno, pero él tampoco es un perrito faldero…

—Ciertamente, no.

—Tú no lo conoces como yo. Es un hombre fuerte, valiente, sólido y con principios más dignos que la inmensa mayoría de la gente. La persona que consiga su amor será muy afortunada. Es un héroe, un

santo, el más…

—¿Sensible? —la interrumpió.

—Sí, el hombre más sensible que he conocido. Y no te atrevas a burlarte de él —la amenazó.

—No me estoy burlando de él.

Candy la miró durante unos segundos, con detenimiento.

—Está bien, es verdad, lo confieso. Siempre me ha gustado. Supongo que por eso me comporto como una verdadera bruja… llevo años intentando encontrar un hombre que sustituya a Garth, pero no lo he conseguido.

—Bueno, pues tal vez haya llegado el momento de que le digas lo que sientes… —observó Blythe.

—Tienes razón. Me marcho a casa ahora mismo. Pienso arrojarme sobre él en cuanto lo vea.

—No, espera un momento, por favor. ¿Me permites que te sugiera la posibilidad de utilizar una aproximación más… sutil?

—¿Sutil? ¿Tan sutil como la tuya con Max? —preguntó con ironía.

—Oh, vamos Candy, ¿no podríamos volver a ser amigas? Olvídate de ese asunto, te lo ruego.

Candy la abrazó con fuerza.

—Por supuesto que sí. Lo deseo más que nada en el mundo.

—Entonces salgamos a tomar algo juntas después de trabajar y charlaremos sobre la mejor estrategia a seguir con Garth.

—Trato hecho. Prometo que no me arrojaré sobre él y que intentaré acercarme de forma sutil.

—¡Jacobsen! ¿Dónde diablos estás? —rugió en ese momento Bart desde la puerta de su despacho—. ¡Tenemos un asesinato en el parque Ozone!

—Será mejor que destine temporalmente mi energía al periodismo —dijo Candy.

Su amiga sonrió de oreja a oreja y se alejó.

Max estaba en casa cuando recibió una llamada telefónica del encargado de la mudanza, que naturalmente tenía otra excusa perfecta para retrasar la entrega. Empezaba a estar un poco harto de todo el asunto, aunque esa vez le aseguró que iría al día siguiente.

Cuando terminó de hablar con él, se duchó. Su única toalla empezaba a oler mal, así que después de secarse se puso más loción de afeitar de lo habitual en él. Había pasado por la lavandería para lavar su ropa, pero se había olvidado de la toalla e incluso había considerado la posibilidad de empezar a secarse con papel de cocina.

Se preguntó en lo que le iba a decir a Garth y se vistió. Un buen

rato más tarde, llegó al piso de Blythe. Garth estaba solo, mirando un montón de cajas y bolsas.

—¿Qué es todo eso? —preguntó.

—Comida para gatos, un comedero, una pequeña cama con un pequeño cojín, juguetes…

—Sí, ya veo que está todo. Pero falta el gato.

—Sospecho que eso cambiará pronto.

Max se sentó a su lado y dijo:

—Quería hablar contigo, Garth. Candy ha hecho todo lo posible por llevarme a la cama, pero algo me dice que conoces sus verdaderos motivos. ¿Es posible que lo haga porque en realidad quiere estar contigo?

Garth lo miró y sonrió. Por lo visto, acababa de decir justo lo que necesitaba oír.

Los dos hombres se enfrascaron rápidamente en una conversación, y minutos después apareció Candy. En sus brazos llevaba al gatito más pequeño y feo que Max había visto en su vida.

—Lo he encontrado en la escena del crimen —explicó—. Supongo que alguien lo había abandonado y estaba solo, pobrecito… Ah, ya veo que han llegado las cosas que pedí. Excelente, porque así podré darle de comer. No ha comido nada en todo el día excepto un trozo de pollo que le dimos. Pero bueno, seguid con vuestra conversación, que yo voy a prepararle su cama. Creo que lo llamaré… *¡Casanova!*

Candy desapareció con el gato en el dormitorio y Blythe hizo acto de presencia.

—Al parecer, ya no va a necesitar a Max. Y posiblemente, tampoco me necesite a mí —dijo.

—Voy a ayudarla con el gato —comentó Garth.

Garth la siguió a su habitación y Blythe se volvió hacia su amante.

—¿Ahora entiendes mejor a Candy?

—No.

—Siempre ha sentido debilidad por los gatitos perdidos.

Como Candy se negó a dejar a solas al gato, Blythe tuvo que preparar algo de comer. Los cuatro se quedaron en el piso, y a lo largo de la velada, de forma sutil, intercambiaron las parejas.

Cuando Garth dijo que había reservado una habitación en un hotel, Max corrió a ofrecerle su casa. Pero Garth le dio las gracias y dijo:

—No te preocupes por mí, amigo. La solución del hotel será mucho más cómoda para todos.

Mientras Candy y Garth murmuraban y reían en una esquina del salón, Max murmuró a Blythe:

—Si averiguas que Candy se ha introducido subrepticiamente en la habitación de Garth en mitad de la noche, llámame por teléfono.

El simple hecho de pensar en dormitorios bastó para que Max pensara en el universo de posibilidades que se le abrían en relación con Blythe y se excitara. Era tan bella, tan perfecta, tan atractiva, que no pudo disimular su evidente erección.

—Humm… —gimió él.

—Sí, yo opino lo mismo. Hummm…

—Si alguna vez conseguimos quedarnos a solas, sospecho que nos divertiremos muchísimo.

—Estoy deseando que llegue ese momento.

A la tarde siguiente, Candy se acercó al cubículo de Blythe en el periódico. Lo hizo en silencio y con cautela, algo muy poco habitual en ella.

—Hola —dijo Blythe—. ¿Qué tal está *Casanova*?

—Le hizo un buen arañazo a Garth, así que seguramente está bien. Pero me estaba preguntando si no te importaría…

—¿Qué?

—Si no te importaría que Garth y yo salgamos juntos esta noche —concluyó—. Es su última noche en Nueva York y tenemos muchas cosas de las que hablar. Ya sabes, mi familia, su familia…

—Por supuesto que no me importa. Debes estar con él si se marcha pronto.

—¿Estás segura de que no me odiarás si surge algo entre nosotros? Es tan especial… mucho más especial que Max. No me malinterpretes: Max también es un encanto, pero no tiene ni su educación ni su profundidad emocional ni tanto dinero como la familia de Garth. ¿Seguro que no te molesta?

—Por supuesto que no. De hecho, es posible que salga con Max esta noche, así que podrás quedarte a solas con Garth en el piso.

En ese momento, Blythe comprendió que su amiga estaba haciendo un verdadero esfuerzo por comportarse bien y no intimidar a nadie; y en ese momento, también, recordó por qué la apreciaba tanto, por qué aguantaba sus salidas de tono y sus manipulaciones: porque en momentos como aquél, Candy demostraba que tenía un gran corazón.

—Te lo agradezco mucho. Sería todo un detalle —dijo Candy—. Pero, ¿seguro que estás segura?

—Que sí, que sí… Garth y tú estáis hechos el uno para el otro; sois como el yin y el yang. Él tiene los píes en la tierra y tú puedes asirte a sus manos mientras vuelas —bromeó.

Candy la miró con detenimiento.

—Es un comentario precioso —dijo—. ¿Es tuyo o se lo has robado a alguien?

Capítulo 11

—Garth acaba de llamar para pedirme permiso para salir con Candy —le informó Max por teléfono.

—Y supongo que se lo has dado… —dijo Blythe.

—Le he dicho que me lo pensaría.

—¡Serás canalla! —exclamó, divertida—. Es curioso, porque Candy acaba de venir para hablar conmigo por el mismo motivo. Incluso me ha dado una última oportunidad de quedarme con Garth.

—Espero que la hayas rechazado.

—Le he dicho que me lo pensaría —se burló.

—Bruja…

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—Pensaba mantener la relación sexual más intensa de mi vida.

—¿Con alguien que conozca?

—Ven a mi piso después del trabajo y lo descubrirás. Ah, no… pasa antes por casa y recoge unas toallas. Aunque bien pensado, puedo pasar por un centro comercial y comprar unas cuantas. ¿Tienes mi dirección?

Max se la dio y pensó que, en cuanto tuviera ocasión, también le daría una copia de la llave.

Cuando terminó de hablar con ella, pensó en todas las cosas que tenía que comprar y se dijo que sería mejor que terminara su columna antes que nada.

A las cinco y media de la tarde, tras regresar del centro comercial, sonó el interfono de la casa. Era el portero, para decirle que tenía visita. Un par de minutos después, Blythe llamó a la puerta. Llevaba un vestido verde como sus ojos y estaba más bella y fresca que nunca.

De inmediato, la abrazó.

—Por fin —dijo ella.

—Y esta vez, sin prisas.

—Y sin Garth.

—Y sin Candy. ¿Qué te parece si nos relajamos un poco, cenamos algo y nos divertimos después?

—¿Y si olvidamos la cena y pasamos directamente a la diversión?

—Magnífica idea.

Se dirigieron al dormitorio sin pensárselo dos veces.

Max se estaba quitando la camisa cuando sonó el teléfono.

—Venga, contesta —dijo ella.

Él lo hizo, pero a regañadientes.

Y no tardó en comprobar que se trataba de Tiger Templeton, el tipo de las mudanzas.

—Acabamos de aparcar delante de tu casa. ¿Podemos subir?

—¿Ahora? ¿Has tardado casi una semana en traer mis cosas desde Chicago y decides venir precisamente ahora? —preguntó Max, asombrado por su mala suerte.

Tras colgar el teléfono, volvió con Blythe y le dijo:

—Espero que comprendas la gravedad de esta situación. Llevo una semana esperando mis muebles y acaban de llegar. ¿Qué vamos a hacer?

—Nada, ¿qué podemos hacer? Es el destino… pero si lo piensas bien, tenemos suerte. Por lo menos, no te has quedado encerrado en el ascensor.

Tiger Templeton y su ayudante ya se habían marchado cuando Blythe se acercó a una de las múltiples cajas con su navaja suiza en la mano.

—Déjalo, ya lo abriré mañana.

—Podemos sacar lo esencial y guardarlo en su sitio.

—Ya tenemos todo lo esencial. Tengo cama, agua, preservativos y una tarjeta de crédito.

—¿Y no te gustaría sacar tus toallas originales? ¿Tu cafetera? ¿Tu tetera? ¿Tu ropa…?

—Si empezamos a abrir las cajas en busca de mi ropa, tardaremos una eternidad.

—No creas, basta con leer las etiquetas. Mira, aquí dice cuarto de baño.

Max suspiró.

—Está bien, abrámosla si tanto te apetece. Pero solo sacaremos lo estrictamente necesario.

Una hora más tarde, Blythe dijo:

—¿Qué te parece si pedimos comida china? Estamos haciendo tantos progresos, que no me gustaría que nos detuviéramos ahora.

Max se maldijo por haber permitido que se pusiera a desempaquetar sus cosas. Sin embargo, estaba tan contenta ayudándole a sacarlo todo y a dejarlo en armarios y estanterías, que el también lo encontró divertido.

Al cabo de un rato, mientras cenaban, Blythe se preguntó por su futuro con Max. No sabía qué iba a pasar ahora que Candy y Garth estaban juntos, así que se preguntó sí debía empezar a buscar un nuevo apartamento para ella o sí Max le pediría que se marchara a vivir con él. En cualquiera de los casos, su vida iba a cambiar.

Tras la cena, se acostaron e hicieron el amor apasionadamente. Esa vez fue distinta a las anteriores, porque ambos sabían que tenían todo el tiempo del mundo por delante. Resultó ser una experiencia mucho

más dulce, profunda, rica y sensualmente lasciva.

Después de desayunar en la cama, se ducharon juntos; hicieron un esfuerzo por contener sus impulsos y decidieron que sería mejor que se marcharan a trabajar. Blythe se vistió y luego fue al cuarto de baño para arreglarse un poco el pelo.

—¿Te has cambiado de ropa? —preguntó Max al verla.

Blythe se había puesto el mismo vestido que llevaba la noche en que se habían conocido.

—Sí, vine con una bolsa de viaje por si me quedaba a pasar la noche. La recogí en casa ayer, después de salir del trabajo.

—¿Qué tal está el gato, por cierto?

—Muy bien. ¿Sabes que arañó a Garth?

—Un gato listo…

—También intentó arañarme a mí, pero fui más rápida. Solo confía en Candy, al parecer.

—No me extraña que lo abandonaran.

—¡Max!

—Solo era una broma… Eh, ¿qué te parece si nos vamos este fin de semana?

—¿Adónde?

—Es el cuadragésimo aniversario de bodas de mis padres y mis hermanas van a dar una gran fiesta.

—No sabía que tuvieras hermanas. En realidad, sé tan poco sobre ti… Ni siquiera habría sabido que tenías padres si no lo hubieras dicho ahora.

—Todo el mundo tiene padres.

—No todos.

—Oh, lo siento —murmuró él, abrazándola—. Lo había olvidado.

—No te preocupes. Es culpa mía. Siempre tiendo a responder mal en este tipo de situaciones porque mis padres ya no están con vida.

—Quiero que me lo cuentes todo. Quiero saber dónde creciste, con quién creciste…

—Y yo quiero conocer a tus hermanas —dijo ella—. Pero perdóname, te he interrumpido justo cuando me estabas explicando é! plan y ni siquiera he dejado que me invites.

—Sabes de sobra que estás invitada.

—¿Dónde viven?

—En Butterfield, Nueva Jersey.

—¿Por eso te mudaste a Nueva York? ¿Para estar más cerca de ellos?

—Bueno…

—Sea como sea, me encantaría ir.

—En tal caso iremos el sábado y volveremos el domingo. Aunque ahora que lo pienso, cuando le diga a mi madre que voy contigo, seguro que se empeña en que durmamos en habitaciones separadas. Siempre ha sido bastante conservadora.

—La comprendo muy bien. Me temo que yo también soy algo conservadora —confesó.

Max la miró con detenimiento y acto seguido se alejó para hurgar entre su ropa. Había estado tanto tiempo esperando al camión de la mudanza, que parecía un niño con zapatos nuevos.

Blythe acababa de llegar al trabajo cuando apareció Candy. Era obvio que había pasado la noche con Garth, por dos motivos: no mencionó que Blythe no había dormido en casa y llevaba la ropa del día anterior.

—Se ha marchado —dijo Candy, llorosa.

—Pero no para siempre, ¿verdad?

—No, pero no volveré a verlo hasta el viernes que viene.

—¿Vendrá el viernes? Eso es magnífico…

—No vendrá él. Me ha invitado a que vaya a Boston. Y estoy tan asustada… ¿Qué puedo hacer para causarle una buena impresión? ¿Podrías enseñarme a cocinar antes del viernes?

—Garth sabe de sobra que no eres un genio de la cocina y me consta que no le importa en absoluto.

—Pero necesitaré ropa interior nueva…

—Pues cómprala.

—Dime una cosa: ¿de verdad crees que me quiere?

—Estoy convencida de ello. Pero, ¿qué vas a hacer con *Casanova* durante tu ausencia? Yo me quedaría con él, pero estaré fuera de la ciudad.

—No te preocupes, pensaba llevármelo conmigo. No adopto un gato para abandonarlo así como así.

—No, claro que no. En qué estaría yo pensando —se burló.

—Y por cierto, ¿adónde piensas ir?

—A Nueva Jersey.

—¿A casa de los padres de Max? Vaya, eso sí que es ir deprisa.

Blythe rio.

—En fin, mientras estoy en el Bronx, pensaré en algo especial para Garth.

—¿En el Bronx? ¿Qué vas a hacer allí?

—Cubrir una noticia, como siempre —respondió—. Y ahora te dejo o llegaré tarde…

Dos segundos después, Candy regresó y añadió:

—Garth no quiere que vaya sola a barrios tan peligrosos. Justo en este momento está en un tren en dirección a Boston, pero me ha pedido que lo llame cada media hora para estar más tranquilo. Es tan protector, tan…

—¿Sensible?

—Sí, exactamente.

—Nunca pensé que llegaría a decir algo tan desleal, pero estoy encantada de librarme de Candy por un par de días.

—No ha vuelto a sus malos modales de antes, ¿verdad? —preguntó Max, al volante del coche que había alquilado para ir a Nueva Jersey —. No te ha obligado a lavar su ropa ni a…

—En realidad se está comportando maravillosamente bien. Pero ahora es un saco de miedos y de inseguridades. Nunca sabe qué vestido ni qué ropa interior ponerse e incluso se ha empeñado en que la enseñe a cocinar para impresionar a Garth. Es increíble.

Blythe miró a Max, que sonrió y la miró un momento sin apartar sus fuertes manos del volante del vehículo. Llevaba un polo azul que iba a juego con sus ojos, aunque era un hombre tan atractivo, que su indumentaria carecía de importancia. Y cuando notó el bulto entre sus piernas, apenas disimulado por los pantalones, sintió un calor tan intenso, que tuvo que abanicarse con el mapa de carreteras.

—¿Quieres que ponga el aire acondicionado? —preguntó el.

—No, no hace falta. Es que estoy un poco excitada…

Él volvió a sonreír.

—En la Avenida Novena hay un hotel bastante bueno. Será mejor que te portes bien o no llegaremos nunca a Nueva Jersey.

—No me tientes. Yo tengo todo el tiempo del mundo. Eres tú quien debe llegar a una cita.

—Tienes razón.

En ese momento, Blythe cayó en la cuenta de que viajaban en un coche muy lujoso y dijo:

—El coche es muy bonito. ¿Qué marca es?

—Un Mercedes 600 SL.

—Vaya…

—Es un nuevo modelo de doce cilindros. Lo he alquilado para probarlo, porque estoy pensando en comprarme uno igual.

Blythe se estremeció. Ella jamás habría podido comprar un coche tan caro como ése, y hasta entonces había pensado que Max tampoco nadaba en la abundancia. Sin embargo, se dijo que era posible que su familia tuviera dinero.

—¿Estás seguro de que a tu madre le parecerá bien que vaya?

—Por supuesto que sí. Están deseando verte, al igual que mis hermanas. En cambio, lo que piensa mi padre es un secreto.

—¿Es un hombre silencioso?

—Sí.

—¿Y cuántas hermanas tienes?

—Dos. Una más joven que yo y otra mayor.

—Creo que me gustará verte con tu familia…

Max no dijo nada durante unos segundos. Después, preguntó:

—¿Cómo fue tu infancia?

—Bueno, yo…

—No tienes que hablar de ello sí no te apetece.

—No, no hay problema. Supongo que si voy a conocer a tu familia, es justo que sepas algo de la mía. Yo solo tenía dos años cuando mis padres se mataron en un accidente de tráfico. Mi única abuela estaba muy enferma y mi tía Cecile se estaba divorciando y tenía dos hijos a los que cuidar, así que no podía encargarse de mí. Pero como tenía familia, no me dieron en adopción y me pasé la infancia de casa en casa.

—¿De casa en casa? Pensaba que te habían adoptado…

—No, en realidad estuve todo el tiempo en casas de acogida. Mi abuela murió al cabo de un tiempo y mi tía se volvió a casar, pero no he vuelto a verla desde hace años. Sin embargo, no me quejo. Toda la gente que cuidó de mí se portó muy bien.

—Me alegra saberlo.

—Mi casa favorita fue la última en la que estuve. Era una familia que vivía en una granja, y Rhonda, la madre, tenía tanto trabajo, que yo la ayudaba cuando volvía del colegio. Me gustaba acompañarla en la cocina, mientras preparaba la comida, y cuidar de sus dos niños pequeños. Incluso consideré la posibilidad de quedarme allí, en aquel pueblo —le confesó—. Pero no lo hice. Quería algo más.

* * *

Max pensó que Bart tenía razón al afirmar que Blythe se tomaba su trabajo más en serio que otras personas porque su situación personal era más difícil. Sencillamente, no tenía a nadie.

Entonces se dijo que, en el fondo, el siempre había deseado tener una familia como la de sus padres. Sin embargo, sabía que no podría contentarse con tener hijos y una buena esposa; el periodismo lo era todo para él, lo que significaba que nunca podría ser un hombre particularmente hogareño. Por eso era especialmente importante que

encontrara a una mujer que lo comprendiera.

Blythe siguió hablando sobre su infancia y sobre las decisiones que había tomado más tarde, pero el ya sabía lo más importante de todo: que quería algo más y que había tenido el coraje de luchar por ello.

No obstante, sabía que algunas personas cambiaban con la edad o con acontecimientos como tener hijos. Por ejemplo, su hermana mayor, Renee, había dejado su trabajo en el banco y ahora se dedicaba exclusivamente a cuidar de sus hijos. En cambio, su hermana pequeña, Polly, había seguido con su trabajo de fotógrafo de prensa después de tener a su hijo, Paul. Por fortuna para el niño, su padre era pintor y pasaba mucho tiempo en casa, de modo que siempre estaba con alguien que cuidaba de él.

Max suspiró y dejó de dar vueltas al asunto. Sí se enamoraba de Blythe, y estaba enamorándose, la aceptaría tal y como era. Y si cambiaba, la amaría aún más.

En ese momento, Max pegó un volantazo y tomó una desviación.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, asustada.

—Nada, es que iba distraído y he estado a punto de pasarme la desviación. Pero no te preocupes: estás en manos de un conductor experto.

—Tal vez seas un conductor experto, pero algo me dice que necesitas un buen copiloto —bromeó.

—Sí, tienes razón.

Butterfield se encontraba en una estrecha carretera de dos carriles. El pueblo era tan pequeño como encantador, con casas con jardines llenos de árboles y flores, como en un sueño.

Poco después, aparcaron frente a un edificio muy bonito. La puerta, de color verde, se abrió. Y en seguida salió un montón de gente.

—Será mejor que salgamos del coche antes de que nos rodeen y nos quedemos atrapados —bromeó el.

Max salió y enseguida lo asaltaron con abrazos y besos.

Blythe contempló la escena con cierta envidia y lo siguió al cabo de unos segundos. Entonces notó que una niña la miraba con especial intensidad.

—Hola.

—¿Tu eres la nueva novia del tío Max?

—Sí, soy la amiga de tu tío Max, en efecto. Me llamo Blythe. ¿Y tú?

—Yo era la novia de mi tío hasta que apareciste tú —respondió la niña.

—Bueno, si es así, estoy segura de que tú siempre serás la preferida de tu tío —le aseguró, sonriendo.

—Eso es verdad —dijo Max mientras alzaba a la niña en brazos.

En ese momento, una mujer de unos sesenta años, esbelta y rubia, avanzó hacia Blythe. Llevaba pantalones de color crema y una elegante camisa blanca de seda. Tras ella, avanzaba un hombre que parecía ser una versión mayor de Max, con una enorme sonrisa en los labios.

—Blythe… Me alegro tanto de conocerte —dijo la mujer—. Espero que no te hayamos asustado. Esta familia es tan grande, que asustaríamos a cualquiera. Soy la madre de Max, Helena, y éste es mi marido, Maxwell. En cuanto a la niña que acabas de conocer, es Priscilla, la hija mayor de Renee…

Helena siguió dándole los nombres de todos los presentes y Blythe se preguntó si sería capaz de recordarlos todos.

—En fin, ¿qué os parece si entramos en la casa y comemos? —preguntó Helena poco después—. Tenemos pastelitos de cangrejo y no quiero que se enfríen.

—Se suponía que os iba a invitar a comer en un restaurante… —protestó Max.

—Se suponía, pero cancelé tu reserva —dijo su madre—. Así será mucho más divertido.

Cuando entraron en la casa y se sentaron alrededor de la enorme mesa, entre viandas de todo tipo, Blythe pensó que por fin conocía una familia verdaderamente feliz. Estaba tan contenta y tan abrumada por sus atenciones, que a punto estuvo de ponerse a llorar. Sin embargo, no lo hizo. En aquella mesa solo se permitían las risas.

Capítulo 12

Max no dejó de mirar a Blythe para asegurarse de que estaba bien, pero resultaba evidente que había congeniado con su familia. La idea de celebrar el aniversario de bodas en casa había sido de su madre, a pesar de que Renee, Polly y él mismo habían insistido en que salieran a celebrarlo a algún sitio. Helena dijo que los restaurantes eran demasiado fríos y que los amigos a los que pensaba invitar se sentirían más cómodos allí.

Después de comer, Blythe se marchó a la cocina con Helena, para ayudarla, y Max aprovechó la ocasión para dejar de hablar con los invitados y acercarse un momento a su padre.

—Una gran fiesta, papá —le dijo—. ¿Crees que mamá seguirá dirigiendo esta casa con la misma energía dentro de cuarenta años?

Su padre sonrió.

—Oh, no me hables. Lleva un mes entero volviéndonos locos a todos con el asunto de la fiesta. Incluso se empeñó en que el comedor necesitaba nuevas cortinas, así que las hizo ella misma.

—Siempre tan vital…

—Sí.

—Siento que Bart no haya podido venir. La madre de Linda sufrió un infarto y…

—Y tuvo que ir a verla, lo sé. Pero no creas todo lo que se dice. Esa bruja vivirá cien años más solo para fastidiar a Bart. Por cierto, hablando de mujeres, me gusta tu chica.

—Hace poco que nos conocemos. De hecho, nos conocimos hace unos días, cuando me quedé encerrado en un ascensor.

—No te estoy pidiendo explicaciones. Solo digo que me gusta.

—A mí también.

—Hay algo en ella que me recuerda a tu madre.

—¿A mamá? Pero no se parecen en nada. Mamá es alta, rubia…

—No he dicho que tenga el mismo aspecto, sino que se parecen.

—¿Te refieres a que tampoco intenta llamar la atención de los demás? ¿A su forma de pasar desapercibidas mientras cuidan del resto del mundo?

—¿Pasar desapercibidas?

—Sí, ya sabes, como durante la comida. Cuando terminé, alcé la vista y me sorprendió ver que se había marchado para ayudar a mamá. Ni siquiera me di cuenta de que se había levantado.

—Sí, algo así.

—De todas formas, no me parece que sea como mamá. Ha elegido un camino muy diferente —dijo Max.

El comentario de Max no incluía crítica alguna hacia su madre.

Helena era mujer independiente, muy inteligente y con dinero, que sencillamente había decidido cuidar de su familia en lugar de dedicarse a otras cosas.

—De todas formas, me gusta tu chica —insistió su padre.

—Bueno, gracias por admirar mi gusto en lo relativo a las mujeres… —comentó Max, sin saber qué decir—. Te aseguro que yo también admiro el tuyo.

—Blythe es encantadora —dijo Renee un buen rato después—. ¿Lo vuestro va en serio?

—Acabamos de conocernos —respondió su hermano.

—Y sin embargo, la invitas a una fiesta en casa de nuestros padres…

—Bueno, su compañera de piso está fuera de la ciudad y pensé que…

—Ya. Pensaste que no podías dejarla sola —lo interrumpió, mirándolo con ironía—. Sea como sea, se os ve muy bien juntos.

—Es que lo estamos.

—¿Conoce tu verdadera situación económica?

A Max le habría parecido una pregunta extraña de no haber sido porque Renee había trabajado para un banco antes de dedicarse a cuidar de sus hijos.

—No, la verdad es que no he tenido ocasión de comentárselo. Seguramente cree que vivo del sueldo del periódico —respondió—. Aunque tendría que hacer algo más que un milagro para mantener mi ritmo de vida con semejante salario…

—¿Y le gustas de todos modos? Está visto que las mujeres son capaces de hacer cualquier tontería por una cara bonita —se burló.

—Eh, ¿cómo sabes que no me quiere por mis maravillosos artículos?

—Yo lo sé porque no es ninguna tonta —respondió Polly, que se había acercado—. Sencillamente, es una buena persona.

La carretera estaba bastante congestionada el domingo por la tarde, cuando regresaron a Nueva York. El túnel de Holland estaba tan atascado como Times Square en Nochevíeja, aunque todo el mundo iba en coche en lugar de andando y todos estaban enfadados. La única excepción eran Max y Blythe.

—Tienes una familia maravillosa —dijo ella.

Max sonrió y ella siguió hablando.

—Tu padre y tu madre se quieren mucho. Y él es genial, por

cierto… No habla mucho, pero sonríe de un modo tan abierto y rotundo, que anima a cualquiera.

—Es verdad. Veo que eres muy observadora…

—Ah, por cierto, había olvidado comentártelo —dijo ella, cambiando de tema—. Sacha quiere escribir una historia sobre Candy, Garth, tú y yo. Ni siquiera sé qué encuentra tan interesante en nuestras vidas. ¿Y tú?

Max rio y pensó que el comentario de Blythe llevaba implícito toda una declaración sobre lo que pensaba. No encontraba interesantes sus vidas porque quería más, tanto desde un punto de vista profesional como emocional. Quería ser libre y vivir por su cuenta y con quien ella quisiera.

Pero eso no era ningún problema. Él estaba dispuesto a darle todo lo que pudiera desear.

Aún estaban en la cama, abrazados tras una noche de amor apasionado, cuando sonó el teléfono.

Max suspiró y protestó.

—Esto es una conspiración —dijo.

—Contesta. Tal vez sea algo importante. Además, no pienso marcharme a ningún sitio.

Max gimió pero contestó de todos modos.

—¡Candy! ¿Qué tal tu fin de semana? Sí, por supuesto, te la pasaré enseguida…

Max miró a Blythe y le pasó el teléfono.

—Sabía que estarías ahí —dijo Candy a su amiga—. Espero no interrumpir nada… Tengo una noticia tan buena que darte, que no he sido capaz de esperar hasta mañana.

—Antes de que sigas, déjame que desate a Max y que aparte mi látigo —bromeó ella.

—¡Blythe! —protestó Max.

Blythe le dio un beso y siguió hablando con su amiga.

—¿Y bien? ¿De qué se trata?

—De que Garth y yo… bueno… queremos estar juntos.

—Sí, ya lo sabía.

—No me has entendido. Me refiero a estar juntos en la misma ciudad, en la misma casa…

—Me alegro mucho por ti, Candy —dijo con total sinceridad—. ¿Y qué vais a hacer? ¿Te marcharás a Boston?

—No, eso es lo más increíble de todo. Garth sabe que mi trabajo es muy importante para mí, así que ha decidido dejar su consulta en Boston y abrir otra en Nueva York.

—Por lo visto, te quiere de verdad.

—Sí, creo que sí.

—En ese caso, supongo que tendré que buscarme otra casa —comentó Blythe.

—Eso es lo malo, sí —admitió su amiga—. Pero por otra parte, tal vez sea una situación ideal para que Max te proponga algo parecido a ti.

—Bueno, sobre ese asunto no sé qué decirte. Ya hablaremos mañana.

—Está bien… Ah, antes de que lo olvide: hasta el comportamiento del gato ha mejorado. Ahora ya no intenta arañar a Garth. Creo que hemos conseguido civilizarlo…

Cuando terminó de hablar con Candy, Max le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Que Garth va a dejar su consulta en Boston para venir a vivir a Nueva York con Candy. Y que *Casanova* ha aprendido buenos modales. Eso debe de ser el amor verdadero…

—Me alegro mucho por Candy. Y por nosotros, a decir verdad —admitió Max—. Si Garth cuida de ella, no tendremos que preocuparnos por nada excepto por nosotros mismos.

Max estuvo a punto de pedirle que se marchara a vivir con ella; y curiosamente, Blythe estaba deseando que se lo pidiera. Pero Max creía que Blythe no estaba preparada, que antes de mantener una relación quería hacer más cosas en su trabajo y en su vida y no se atrevió a decirlo. Además, se había prometido que haría lo posible por hacerla feliz, a cualquier precio, de modo que no quiso mencionar el asunto.

Por eso, cambió su intención original y en lugar de pedirle que vivieran juntos y se casara con él, dijo:

—Creo que ha llegado el momento de que te abras camino en el *Telegraph* y le demuestres a Bart lo que eres capaz de hacer. En cuanto tengas tu propio apartamento y te independices de Candy, podrás conseguir todo lo que te propongas.

Acto seguido, Max llevó una mano al muslo izquierdo de Blythe y lo apretó con cariño. Solo esperaba que su sentido de la independencia no implicara que también quisiera ser independiente de él.

Blythe se sintió profundamente triste y decepcionada. No se trataba solo de que Max no le hubiera pedido que se marcharan a vivir juntos, sino de que su declaración parecía significar que estaba buscando a una mujer independiente centrada en su trabajo.

Echó un vistazo al apartamento de Max. No era muy grande, pero se encontraba en uno de los mejores barrios de Manhattan, en un

edificio de los años treinta con grandes ventanas y altos techos, y los muebles eran todos de diseño, bastante caros. Para ser un soltero que vivía de su sueldo de periodista, llevaba un tren de vida sorprendentemente elevado.

Aquello la hizo pensar que tal vez lo había juzgado mal. Era posible que estuviera endeudado hasta las cejas y que no quisiera vivir con nadie porque aumentaría sus gastos y no podría llevar la vida que le gustaba.

Fuera como fuera, intentó convencerse de que todo eso carecía de importancia. Max le gustaba y tenía que aceptarlo tal y como era, sin esperar que cambiara en el futuro.

—Empezaré a buscar una casa inmediatamente —dijo ella.

—No, inmediatamente no —la corrigió—. Primero tenemos que atender a este…

Max se inclinó y besó uno de sus pezones.

—Y a este… —continuó, mientras lamía el otro—. Y luego…

—Está bien, me has convencido. Dejaré el asunto de la casa para mañana.

Ella gimió, se arqueó contra él y dejó que su tristeza y su ansiedad se disolvieran en el placer de sus caricias y en la promesa de un placer aún mayor: el de sentir a Max en su interior.

—Hablaré con Sacha hoy mismo. Es posible que tenga alguna idea sobre dónde buscar un buen apartamento. Incluso cabe la posibilidad de que pretenda marcharse a otro sitio ahora que ha vendido su libro… en cuyo caso, yo podría alquilar su piso actual —dijo Blythe al día siguiente, mientras se dirigía al periódico en compañía de Max.

—¿Quieres que te ayude a buscar? —preguntó él.

—No, no hace falta. Es posible que tenga que ver docenas de sitios hasta encontrar algo aceptable. Te aburrirías.

—Estando contigo no podría aburrirme jamás. Haremos una cosa: compraremos dos periódicos todos los días y te ayudaré a buscar. O podemos llamar a una agencia para que localice lo que buscas.

—¿Así encontraste tu piso?

—Sí.

—Pero las agencias resultan muy caras…

—Es verdad.

—En tal caso será mejor que busque por mi cuenta.

—Bueno, pero yo haré mis propias averiguaciones —dijo Max, notándola extrañamente tensa—. Supongo que querrás algo bonito…

—No, solo quiero algo barato.

—Ningún sacrificio es demasiado grande cuando la recompensa es

la independencia.

Blythe lo miró con dureza. Él había sido quien había sugerido que buscara un apartamento, y no tenía sentido que ahora se dedicara a darle consejos sobre la independencia.

Cuando llegaron al periódico, se despidieron.

—Pasaré por tu mesa hacia las cinco o cinco y media y compartiremos la información que hayamos conseguido.

—Muy bien. Mientras tanto, yo llamaré a Sacha.

Tras dejar a Blythe, Max se dirigió directamente al despacho de Bart.

—Bart, tienes que hacer algo con Blythe —dijo, sin más.

—¿Qué quieres que haga? ¿Adoptarla?

—No. Es una gran profesional en un mal puesto. Solo quiero que la subas de categoría.

—Max, Blythe no es una periodista de verdad. Carece del instinto de Jacobsen —declaró.

—Entonces, ¿por qué la contrataste?

—Porque ya había contratado a Jacobsen y me dijo que lo sentiría si no contrataba también a Padgett. No estoy seguro de qué quiso decir con eso; quién sabe, igual tiene contactos con la mafia y me hubieran matado si no le hubiera hecho caso. Pero de todas formas, Padgett es una excelente correctora.

—Dime una cosa. ¿Hay alguien aquí que no tenga miedo de Candy?

—No. Pero volviendo al tema original, es posible que Padgett funcionara mejor en la sección de cultura.

—Entonces, cámbiala de sección.

—No es posible. No hay ningún puesto libre.

—Pues busca uno.

—¿Quieres que despida a un compañero suyo?

—No, solo quiero que hagas algo.

—Está bien, como quieras.

—Mientras tanto, podrías considerar la posibilidad de enviar a Candy a conseguir los datos y encargar a Blythe que escriba las historias. Ya sabes, que trabajen en equipo. Ah, y súbele el sueldo para que cobre lo mismo que su amiga.

—Aaaaarg… —protestó.

—¿Qué tal está la madre de Linda?

—Aaaaarg…

—Vaya, supongo que eso significa que está bien. Me alegro mucho por ti.

—¿Sacha? Soy Blythe. Quería preguntarte…

—Ah, me alegra que me hayas llamado. Quería pedirte que vengas a firmar un par de documentos. Mi editor dice que es necesario —la interrumpió.

—En realidad no te he llamado para hablar de esa historia que quieres escribir, sino de la casa que estoy buscando y que…

—¡Pero tienes que contarme toda la historia! Blythe, estoy segura de que este libro será aún más divertido que el primero, pero también más romántico y dulce. Una historia que hará reír y llorar a la vez.

—Si consigues publicarlo, puedes estar segura de que compraré un ejemplar. Pero ahora…

—No vas a convencerme para que abandone la idea. Mi segundo libro tiene que ser mejor que el primero y necesito una buena historia. Además, voy a comprarme una casa y no me vendría mal el dinero.

—Precisamente te llamaba por eso, por tu apartamento.

—¿Quieres mi apartamento?

—Sí. Candy y Garth van a vivir juntos y naturalmente tengo que encontrar un sitio para mí. Aunque ahora que lo pienso, tal vez no debería habértelo contado. Es posible que ella quisiera darte la noticia en persona.

—Oh, no te preocupes, ya lo ha hecho. Se lo ha contado a todo el mundo. Fuimos a comer juntas e incluso se lo dijo a unos desconocidos que estaban sentados en la mesa contigua. Pero ella pensaba que…

—¿Qué me marcharía a vivir con Max? No, no, es demasiado pronto. Candy conoce a Garth desde siempre, desde que eran pequeños, pero yo conocí a Max el día del apagón.

El día del apagón. Blythe tenía la impresión de que había pasado un siglo desde entonces. Ahora ya no era capaz de imaginar la vida sin Max. Pero tal y como iban las cosas, empezaba a pensar que tal vez fuera inevitable.

Capítulo 13

—¿Puedes pasar el fin de semana con Max? Garth va a venir —preguntó Candy cuando pasó por su cubículo.

—Es posible, pero no quiero presionarlo demasiado.

—Oh, vamos, me consta que está loco por tenerte en su casa —le recordó su amiga.

—Tú no te preocupes por mí. Diviértete. Yo estaré bien.

Candy dudó.

—No me digas que Max y tú habéis discutido…

—Oh, no. De hecho, voy a verlo al salir del trabajo.

—Me alegro.

—Quiere ayudarme a buscar casa.

Candy frunció el ceño.

—¿A buscar casa? ¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Sí. Eso es exactamente lo que quiero.

Candy le dio el artículo que quería que le corrigiera y no dijo nada. Pero la miró con el ceño aún más fruncido.

Aquella tarde, cuando Max apareció en su cubículo, Blythe dijo:

—Sacha quiere que eche un vistazo a su apartamento. Quiere que lo mire con detenimiento para que sepa lo que se siente al vivir en un lugar tan pequeño.

—En ese caso, iré contigo.

—¿Estás seguro de que quieres acompañarme?

—Por supuesto que sí.

El apartamento estaba en Chelsea. En cuanto llegaron al edificio, subieron las escaleras de la entrada y llamaron al intercomunicador.

—No hay portero. Solo portero automático —observó Max.

—Ya lo sabías. Recuerda que estuviste aquí hace unos días.

—Sí, pero la idea no me gusta. Imagina que vienes sola, que ella no está en casa y que alguien se acerca por detrás y te asalta a punta de navaja.

—Oh, vamos, hace un día precioso y soleado y tú te preocupas por atracadores. Además, esas cosas pueden pasar en cualquier circunstancia.

—De todas formas, no me parece un buen sitio. Es peligroso.

Sacha los recibió de forma calurosa. Pero en cuanto vio a Blythe, comentó:

—He dejado esos documentos en la mesa, por si quieres firmarlos.

—¿Qué documentos? —preguntó Max.

—Ya hablaremos de eso más tarde. Ahora echemos un vistazo al

apartamento y dejemos que Sacha siga con sus cosas.

—Te advierto que todavía no he comprado la casa —dijo Sacha—. Es posible que tengas que esperar entre tres y seis meses…

—¿Tanto tiempo?

—Bueno, todavía no sé si podré comprar nada. Pero si te preocupa el asunto de Candy y Garth y la necesidad de encontrar algo con rapidez, sabes de sobra que no me importaría que vinieras a vivir conmigo.

—No, eso no será necesario. Blythe puede alojarse en mi casa mientras tanto —dijo Max.

—Entonces, todo arreglado —dijo Sacha.

—¿Tienes problemas de cucarachas? —preguntó Max, súbitamente interesado por el lugar.

—No, no hay demasiadas.

—¿Y con las ratas?

—¡Max!

Blythe protestó porque no podía creer que se comportara de forma tan maleducada.

—Bueno, son cosas que hay que saber —se defendió el—. ¿Y qué tienes? ¿Gas o electricidad? Ah, ¿hay mucho ruido en la calle? ¿Se puede dormir bien?

En realidad, el verdadero motivo del interrogatorio de Max no estaba relacionado en modo alguno con el apartamento de Sacha. Sencillamente, no quería que Blythe se marchara a vivir a ninguna parte. Quería que estuviera con él, a su lado, para poder cuidar de ella.

Por primera vez, pensó que tal vez había cometido un error al creer que quería vivir por su cuenta. Ni siquiera sabía si era lo que realmente deseaba, porque había supuesto desde el principio que su objetivo era la independencia profesional y emocional. Incluso cabía la posibilidad de que no fuera así y de que el mismo la hubiera obligado, indirectamente, a tomar una decisión que no quería.

—No creo que tengas que preocuparte por las cucarachas, Blythe. Todos los años desinfectan el edificio, y en cuanto a las ratas, nunca he visto ninguna… es verdad que a veces oigo ruidos extraños en el techo, pero creo que es el gato del vecino —explicó Sacha—. Y por otra parte, es un barrio muy seguro. En los cuatro años que llevo aquí, solo han atracado a once vecinos.

—Bueno, tal vez sea mejor que busque otros apartamentos —comentó Blythe—. Yo necesito algo con rapidez, y si vas a tardar tanto en dejarlo…

—Sí, lo comprendo, pero sé que te encantaría vivir aquí. Echa un

vistazo a la ducha antes de marcharte. Normalmente, hasta tenemos agua caliente. Normalmente.

Cuando Blythe entró en el cuarto de baño, Sacha miró a Max y dijo:

—Ésta es la última vez que te hago un favor, que conste.

Max había llamado por teléfono a Sacha y le había pedido que hiciera lo posible para que Blythe no alquilara su apartamento. La estrategia había funcionado, y en consecuencia le estaba muy agradecido.

Cuando salieron de la casa, Max intentó animarla.

—¿Qué te parece si vamos a cenar al centro?

—Esos restaurantes son tan caros… ¿no podríamos cenar en otra parte?

—Venga, te invito.

—No deberías malgastar tu dinero de ese modo. Deberías ahorrar para el futuro.

—Ya estoy ahorrando, créeme. Y mi futuro no impedirá que disfrutemos de una cena excelente.

—¿Podrías venir un momento? Quiero hablar contigo.

Al oír la voz de Bart, Blythe dejó la corrección que tenía entre manos y se levantó, nerviosa. No sabía qué podía querer. Tal vez quisiera ascenderla, darle una oportunidad. O tal vez, despedirla. Al fin y al cabo, estaba segura de que, sí surgía algún problema en el periódico, ella sería la primera persona de quien prescindirían.

Cuando entró en su despacho, notó que Bart parecía más triste de lo habitual. Eso era mala señal.

—Siéntate, por favor —dijo él.

Ella cerró la puerta y se sentó.

—Voy a subirte el sueldo —continuó el sin rodeos.

—Vaya —acertó a decir, asombrada—. Muchas gracias, Bart. Es muy amable por tu parte.

—Ah, y a partir de ahora trabajarás en equipo con Candy Jacobsen. Seréis como Danny DeVito y Arnold Schwarzenegger. Ella saldrá a buscar las historias y tú te encargarás de escribirlas. Por tanto, empezarás a cobrar lo mismo que tu amiga.

Blythe no podía creer lo que estaba escuchando.

—Sin embargo, solo será algo transitorio —continuó Bart—, hasta que te encontremos un puesto en la sección de cultura.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, pero no des ninguna fiesta todavía. Habrá que esperar a que surja una vacante.

—No sé qué decir. Me siento tan honrada… Te prometo que no haré nada que pueda avergonzarte.

Bart se limitó a murmurar algo ininteligible.

—¿Se lo has dicho ya a Candy? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y le ha parecido bien?

—Sí, por supuesto —respondió, como si fuera lo más natural del mundo.

Ella sonrió, asombrada por su buena suerte, y se marchó. Pero al cabo de un rato, tuvo que levantarse para llevar unas correcciones a otra sección y pasó por delante del despacho de Bart. Como la puerta estaba abierta, pudo oír una frase que la dejó muy preocupada:

—Acabo de hablar con Padgett, Max. Será mejor que estés en lo cierto.

Aquello bastó para que adivinara la verdad. Obviamente, Max había presionado a Bart para que le concediera un ascenso; y en opinión de Blythe, eso solo podía significar que quería que ascendiera profesionalmente y que ganara más dinero antes de comprometerse más con ella.

Derrotada, volvió a su mesa y empezó a llorar. Se sentía profundamente dolida. Sí Max estaba buscando una mujer independiente, una profesional centrada en su trabajo, la única manera de estar con él era renunciar a su sueño de ser madre y de tener una familia. Ahora estaba obligada a elegir. Tenía que decidir si Max merecía que renunciara a todo lo que había deseado.

—Me alegro mucho de verte —dijo Candy, cuando Blythe entró en el piso—. Venga, vámonos.

—¿Adónde? ¿Por qué?

—A trabajar, claro está. Me encanta que vayamos a formar un equipo, de verdad. Pero ahora tenemos que marcharnos al Bronx… Los Yankees piensan zurrar a los Mets y tenemos que estar allí para cubrir la historia.

—¿Vamos a un partido de béisbol?

—¿Cómo vamos a ir a un partido? Son las once de la noche… No, no se trata de los equipos de béisbol, sino de dos bandas callejeras que llevan sus nombres y que están enemistadas. Hace varias semanas que estoy trabajando en esa historia. Y ahora que estás conmigo, terminaremos enseguida.

Minutos más tarde, las dos mujeres estaban en el metro. Y al cabo de un rato, habían llegado a un barrio que parecía estar en zona de guerra.

Entonces, Candy se acercó a un jovencito y le preguntó:

—¿Qué tal te va?

—No es asunto tuyo. Lárgate de aquí, esfúmate. Éste no es lugar para una mujer.

—No soy una mujer, soy periodista —dijo Candy.

En ese momento, se oyó un disparo. Y casi al unísono, sonó el teléfono.

—¡Contesta! —ordenó Candy.

Blythe contestó la llamada, muerta de miedo.

—¿Blythe? ¿Dónde estás? ¿Se puede saber adónde te ha llevado Candy? Dios mío… ¿Eso que suena al fondo son disparos? ¿Qué estás haciendo, Blythe? ¿En qué diablos estabas pensando? ¿Es que no te importo? ¿Es que no te importa nuestro futuro?

Efectivamente, estaban sonando disparos. Pero a Blythe ya no le importaba. Solo le importaba la conversación con Max.

—¿Qué futuro? ¿No querías que fuera toda una profesional? Incluso has presionado a Bart para que me concediera un ascenso. Pues bien, ya lo has conseguido. Y ahora, déjame. Estoy cubriendo un tiroteo en el Bronx.

Blythe colgó y se dirigió al lugar donde se encontraba su amiga, que seguía de pie, contemplando la escena, como sí no estuviera asustada.

El teléfono volvió a sonar. Era Max, de nuevo.

—¿Dónde has dicho que estás?

—En algún lugar del Bronx.

—Dame ese teléfono ahora mismo —ordenó Candy.

Blythe obedeció y Candy le dio la dirección a Max.

—Ah, y si le dices a Garth dónde estoy, te aseguro que no volverás a escribir una columna para el *Telegraph*. ¿Entendido?

Max salió corriendo del edificio y tomó el primer taxi que pasó por la calle. Todavía estaba hablando por teléfono con Candy.

—Y si tú permites que le pase algo malo a Blythe…

—Esto no le estaría pasando si tú no fueras tan estúpido —espetó ella.

Cuando llegó a la dirección que le había dado Candy, vio que la reportera estaba entre los coches patrullas y ambulancias que se habían dado cita en el lugar. Blythe se encontraba a escasa distancia, sentada en la parte trasera de un coche patrulla.

—¿Qué haces ahí? —preguntó el.

—Estoy bajo protección policial.

—¿Se puede saber que ha pasado? Y no me refiero a este asunto,

sino a lo que ha pasado entre nosotros.

—No hay nosotros, Max. Tú necesitas una profesional, una mujer con una carrera y con dinero, y yo solo quiero…

—¿Qué has dicho sobre el dinero? —preguntó, incrédulo.

—Sé que estás viviendo por encima de tus posibilidades. Pero yo no puedo vivir así. Mi trabajo me gusta y sé que nunca tendré dinero suficiente para vivir de ese modo.

Max acababa de comprender que había cometido un error con ella, así que dijo:

—Este no es momento ni lugar para hablar. Tómate un par de días libres para relajarte un poco. Pero después, cuando los dos hayamos aclarado nuestras ideas, tenemos que hablar.

Ella se limitó a asentir.

Poco después, Candy subió a la parte delantera del vehículo y el coche patrulla se alejó.

Al parecer, había metido la pata hasta el fondo. Había dado por sentado demasiadas cosas y ni siquiera había permitido que Blythe le dijera lo que realmente quería hacer. Pero todavía podía arreglar las cosas. Y además, sabía cómo hacerlo.

Durante los días siguientes, trabajó a destajo. Escribió los textos que tenía que escribir, aprendió a lavar la ropa en la lavadora del sótano del edificio, quedó con Sacha y con Candy para contarles lo tonto que había sido en relación con Blythe y hasta le confesó a Bart que se había dedicado a sabotear los intentos de Blythe por encontrar casa; en una ocasión, había llegado a decirle a un casero que Blythe tocaba la batería a altas horas de la noche.

El resto de las cosas le llevaron bastante más tiempo. Pero, al llegar el viernes, ya estaba preparado.

Blythe estaba escribiendo la historia del tiroteo cuando sonó el teléfono. Era Max.

—¿Podemos hablar? —preguntó el.

—Supongo que sí, aunque no sé de qué quieres que hablemos.

—¿Qué te parece si paso a buscarte a las cinco? No voy a estar en el periódico, pero podríamos encontramos en la esquina con la calle 44.

—Muy bien, pero tendré que llevar mi maleta. Garth viene a Nueva York, así que tendré que marcharme después al apartamento de Sacha.

Un par de minutos después de las cinco, Blythe estaba en la esquina donde se habían citado. Max no había llegado todavía, pero se alegró porque necesitaba estar un rato a solas para tranquilizarse un

poco.

Apenas habían transcurrido unos segundos cuando un todoterreno de color blanco se detuvo junto a la acera. Ella miró el vehículo, pensó que era perfecto para una familia con muchos niños y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero la tristeza no le duró demasiado: cuando miró al interior, vio que el conductor era Max en persona.

Max salió del vehículo, metió la maleta en el asiento de atrás y la invitó a entrar. Acto seguido, se pusieron en marcha.

—¿Por qué has venido en coche?

—Porque quería enseñártelo. Acabo de comprármelo.

—Pensaba que querías comprarte un Mercedes…

—Sí, pero decidí que éste era más adecuado a mis necesidades. Y por cierto, creo que he encontrado una casa perfecta para ti.

—¿De verdad? —preguntó ella, con escepticismo—. Pensaba que estábamos de acuerdo en que a partir de ahora viviré mi vida a mi modo.

—Y lo harás, lo harás…

—Entonces, ¿se puede saber adónde vamos?

—Lo sabrás enseguida.

Cuando Max giró al llegar a Cross County Parkway, Blythe empezó a ponerse nerviosa.

—No quiero vivir tan lejos. Prefiero estar cerca del trabajo.

—Espera un momento, no saques conclusiones todavía. Por cierto, si quieres beber algo, echa un vistazo a la nevera del coche.

Blythe la abrió. Estaba llena de refrescos.

Varios minutos más tarde, llegaron a Greenwich, una de las zonas más caras de Nueva York.

—¿Estás loco? No podría permitirme vivir aquí. ¿Se puede saber adónde me llevas? ¿Qué es esto? ¿Un secuestro?

Max se limitó a detener el todoterreno delante de una casa preciosa. No era exactamente una mansión, pero sí bastante grande, y tenía un precioso jardín perfecto para que jugaran los niños.

—¿Esto es algún tipo de broma cruel? No lo entiendo. Sabes de sobra que no podría comprar esta casa.

—No saques conclusiones apresuradas. Verás: después de comprar el todoterreno, decidí que también necesitaba una casa. Todavía no estoy seguro de que esta sea la que más me gusta, pero no está mal.

—¿Vas a comprarla? ¿Y cómo piensas hacerlo?

—En primer lugar, tal vez deberías saber que mi abuelo no era precisamente un pequeño editor como mi padre. Llegó a ser propietario de sesenta periódicos. Además, la madre de mi madre heredó cientos de miles de dólares en los cincuenta y los invirtió en

acciones de IBM, así que mi familia es asquerosamente rica. Como ves, puedo permitirme el lujo de comprar el coche, la casa y casi todo lo que pueda desear.

Blythe no salía de su asombro.

—Pero tendrás que ayudarme con la casa —continuó el—. En cierta forma, te estoy ofreciendo un trabajo. Voy a necesitar a alguien que haga las veces de jardinera, cocinera, niñera, agente de viajes, ama de llaves y hasta de chófer para llevarme al tren de cercanías por las mañanas.

Blythe no supo qué decir. Se limitó mirarlo, boquiabierta, así que Max se inclinó sobre ella y decidió expresarse de otro modo: con un beso.

Cuando se apartó, preguntó:

—¿Y bien? ¿Quieres el trabajo?

—Primero me gustaría echar un vistazo al contrato. Y tal vez sería apropiado que pasáramos por un periodo de prueba —bromeó ella.

—No será necesario. Te conozco y sé que…

—No, no me refiero a mí, sino a ti. Estarás a prueba, y si pasas el examen, ya hablaremos después sobre el futuro.

Él la abrazó con tanta fuerza que la dejó sin aliento.

—Entonces, echemos un vistazo a la casa. Juntos.

Por supuesto, Sacha no se sorprendió en absoluto cuando Blythe la llamó para decirle que no pasaría con ella el fin de semana.

Al día siguiente, sábado, Max todavía no le había dicho lo que quería decir. Así que la abrazó y la cubrió de besos.

—He sido tan estúpido… estaba ante la mujer de mi vida y ni siquiera me di cuenta.

—Bueno, nadie espera que seas tan sensible como Garth —se burló.

Él le mordió el lóbulo de la oreja.

—Ja. Espera un poco y verás lo sensible que puedo llegar a ser. Haré que te tragues esas palabras…

En ese momento, sonó el móvil de Max.

—No pienso contestar —dijo él, en un susurro.

—Deberías hacerlo.

—Oh, no. Cada vez que suena el teléfono, las cosas se complican. Ahora le tengo tanta manía, que no pienso instalar ni un teléfono en la casa.

—Venga, contesta de una vez. Además, ya me ha desconcentrado por completo.

Max obedeció.

—¿Dígame?

Max permaneció en silencio durante tanto tiempo, que ella se preocupó.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo malo?

—¿Hoy? —preguntó el a su interlocutor.

Max cortó la comunicación y miró a Blythe.

—Eran de la compañía telefónica. Dicen que vendrán hoy de una a siete para instalar los teléfonos.

—¿En sábado? Pero si ya es la una de la tarde… Es increíble. Todo un mes esperando y llaman justo ahora, cuando estabas a punto de…

—A punto de decirte lo mucho que te amo —la interrumpió—. A punto de demostrarte que te adoro. A punto de darte el anillo de compromiso ahora mismo, en lugar de esperar al champán de la cena, como había imaginado.

—Vaya, la compañía telefónica ha destrozado el momento más importante de mi vida —bromeó.

—Bueno, ya sé lo que podemos hacer mientras esperamos… ¡Hacer listas! Haremos listas de todo lo necesario para la boda.

—¿Es que te has vuelto loco? —preguntó, mientras se sentaba sobre él, encantada—. Se me ocurren formas mucho más interesantes de matar el tiempo. Por ejemplo, esta…

Entonces, ella lo besó apasionadamente y él se dejó llevar con idéntica intensidad, abrazándola con fuerza.

Pero, como cabía esperar, los técnicos de la compañía telefónica llegaron poco después y los interrumpieron. De haberse tratado de una pareja común y corriente, seguramente no habrían aparecido hasta las siete de la tarde. Pero Blythe y Max nunca serían una pareja normal y corriente.

Al parecer, el segundo libro de Sacha iba a ser todo un éxito. A menos que lo prohibieran por indecente.

Fin